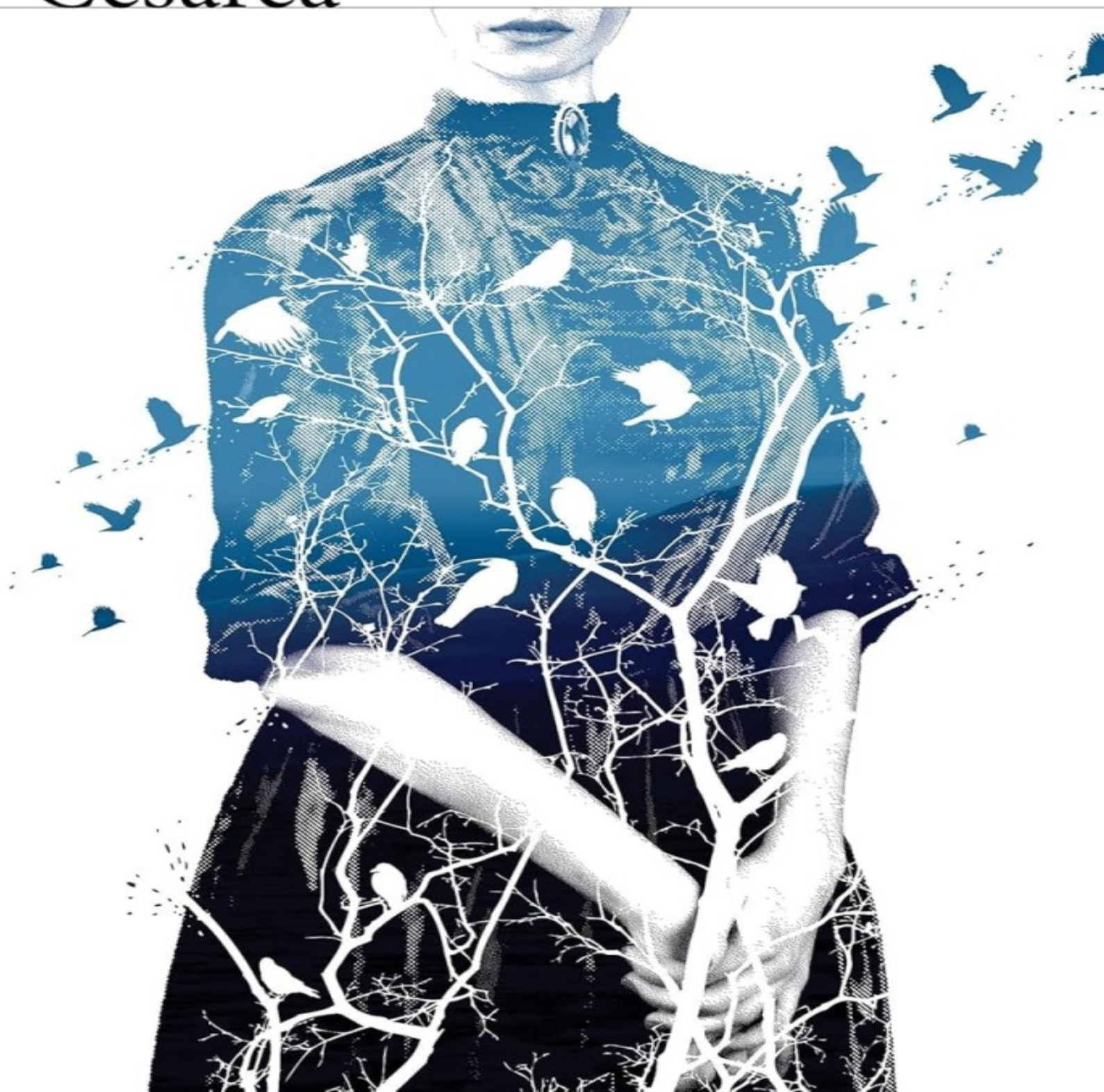


Hanna Nordenhök

Cesàrea



 Seix Barral

Hanna Nordenhök

Cesàrea



Índice

Cesárea

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

*You remind me of something
I just can't think of what it is*

R. Kelly

Fue la madrugada aquella con Bédan en el bosque cuando entendí que nunca podría irme de Liltuna y del gabinete del reloj de pared. Que ese reloj siempre me miraría con su ojo torcido. Que nunca sabría más del mundo de lo que había aprendido allí.

Ahora: nevada.

Duermo con el cuerpo pegado a la chimenea, he puesto todos los objetos donde pueda verlos. El frío hace que la madera del piso cruja. Al amanecer, los animales se acercan a la casa, buscando comida y calor. Primero se detienen en el lindero del bosque, caminan un rato en círculos antes de volverse atrevidos. Por las mañanas luce un sol brumoso.

Nevada.

También el lago parecía un ojo cuando Bédan y yo nos acercábamos al amanecer, después de esa noche que nos fuimos al bosque. Era como en el sueño, pero sin fuego. Fin del verano. El ojo del lago era gris e inmóvil, rodeado de espadaña y caña, una pupila flotante: tal vez nos había observado desde siempre. La vegetación de la otra orilla desprendía vapor hacia la luz grumosa. A lo lejos un zorro. Yo llevaba puestos los pantalones de sayal y tenía el Cetro en la mano, mis miembros ya estaban Fajados y Envueltos. En el aire matinal de agosto había un aroma de otoño. Bédan gimoteó. *Un poquito más*, le dije, ya rogándole. Le ofrecí la mano. Un pájaro ululó. Luego el cielo se abrió, y el ardiente disco solar surgió detrás de las copas de los pinos, disolviendo en luz sus ramajes. Habíamos llegado. Y a pesar de ello, no habíamos llegado a ningún lado. Fue ahí cuando lo entendí: que no habíamos llegado a ningún lado.

Y luego se hizo de día, y vinieron a buscarnos. Era mi duodécimo

cumpleaños.

Lo primero que conocí del mundo fue Liltuna, y Liltuna era del doctor Eldh.

El trazo de los cercados extendiéndose a lo largo de las ciénagas. El vuelo de las urracas sobre las copas de los árboles. El olor a nabo y a mierda de gato filtrándose desde el sótano.

Conocí los clavos de la pared del establo, conocí las articulaciones de mis propios dedos, conocí los charcos de luna flotando blancos sobre los tablones del suelo de mi recámara durante las noches claras de invierno. Conocí el antiguo piano de mesa: me sentaba en el taburete de tornillo con brocado de clavel, vestida con el traje amarillo de manga abullonada, y tocaba polcas y *Für Elise*. Las teclas ya estaban agrietadas y con venas como dedos de ancianos.

Conocí las teclas del mismo modo en que se memoriza el alfabeto, conocí el taburete de tornillo de brocado de clavel.

Los sábados, cuando me metían en la tina de agua caliente para el baño, siempre me quedaba quieta y en posición recta mientras me hacían las trenzas con el cabello aún mojado. Afuera: la infinitud de los anocheceres. Pájaros nocturnos enviándose mensajes unos a otros hasta que me quedaba dormida.

Lo primero y lo último que conocí del mundo fue Liltuna. Por las noches dormía, por las mañanas me levantaba, por las tardes jugaba con las muñecas. Afuera se alzaba el bosque. En ocasiones una luz peculiar descendía sobre el granero y los cercados, rayas amarillas sobre un fondo rosa salvaje, como para recordarnos que Liltuna era un lugar elegido y bendito. Cuando se me gastaban los juguetes sólo tenía que añadir nuevas columnas a la lista de deseos que guardaba en la cajita de mi mesa de noche, y borraba las viejas, antes de entregársela al doctor Eldh. Siempre me traía juguetes nuevos que sustituían los ya gastados.

Después de que fueron a buscarnos al lago aquella mañana me llevaron a mi recámara, me acostaron y me cubrieron con la vieja manta de lana. En mis rótulas sentía el roce de la burda tela a través de la sábana de lino, mi cuerpo olía a bosque y a manzanas podridas; me distraje contemplando las moscas que morían atrapadas entre los vidrios.

Al decimosexto día de estar en cama vino a visitarme el doctor Eldh.

Llegó de la ciudad en el carruaje de alquiler, se sentó en el sillón al pie de mi cama, juntó las yemas de los dedos de las manos unas contra las otras. El ratán de los braceros del sillón crujió levemente bajo sus enormes codos. El pulso de las delgadas venas en sus sienes, la tensión en las mandíbulas subyaciendo por entre las nubes espesas de sus patillas; lo examiné desde la cama con los ojos entrecerrados, sentía mis párpados reacios y pesados casi como si el aire del bosque temblara todavía con su extraña magia en torno a mi cara, tal como hacía aquella ardiente madrugada con Bédan, allí en la orilla del Todo. El doctor estaba decepcionado, eso estaba claro; intercambiaba repetidamente el peso sobre sus pies, la luz rojiza de la tarde se filtraba al interior cayendo sobre su frente alta e inocente. Me quedé escuchando la quietud, el abismo antecediendo sus palabras, el ventarrón haciendo batir las ramas del serbal contra el vidrio de la ventana. Nos alcanzó el olor del café de ama Fanny desde el piso inferior. Giré hacia la pared el rostro para dejarlo hablar.

Sus palabras fueron las de siempre, pero las saboreó como cautivándolas para que sonaran inesperadas y nuevas: era la historia habitual, la de mi Creación. La frente bañada de luz, el ligero crujido del sillón. Las palabras como un terrón de azúcar en espera de quebrarse contra su paladar. Luego, la historia de siempre: la de ella, la mujer que habría sido mi madre y que en su gran necesidad acudió a él por ayuda. Los carruajes de la ciudad aquella noche habían patinado y resbalado bajo la dorada lluvia de verano que

repiqueteaba contra las ventanas del hospital de maternidad. El tenso abdomen de la escuálida y mal vestida mujer había adquirido un tono azulado a la luz de la lámpara de aceite, debajo de la dilatada piel se entreveía una red de venitas: incluso más tarde cuando ya estaba muerta, su vientre tenía ese mismo tinte azul, como con una extraña masa fermentándose en el cadáver sobre la litera a plena luz del día, aunque para entonces ya lo habían abierto, vaciado y cerrado con fuertes puntadas de hilo de intestino de oveja.

Esa luz de lluvia, y el tintineo de instrumentos contra los cuencos de esmalte. Luego contó cómo me sacó de la oscuridad con la hoja de escalpelo, tal como se saca la perla brillante de una ostra.

Tiempo después me llevó a Liltuna.

Mi recámara de niña en Liltuna: una casa de muñecas de madera de pino, barnizada de azul y siempre cerrada, una cajita de rubí donde juntaba piñones y piedras, todo aquello que permanecería en su sitio incluso mucho tiempo después de que yo dejara de jugar. Mariposas de noche que se amontonaban sobre el hollinado vidrio de mi lámpara de mesa. Afuera, en las praderas, andaba Krantz, moviéndose entre los huesudos lomos de los animales, relucientes bajo la rosada luz crepuscular de Liltuna antes de que la oscuridad nocturna los devorara.

Me entretenía jugando a la rayuela en el empedrado debajo de los tilos en la parte trasera de la vivienda, evitaba las boñigas caminando en zancos por las praderas, tenía tres, seis, nueve años. Cada invierno patinaba por la pequeña pista de hielo que Krantz disponía para mí, vertiendo barriles de agua del deshielo sobre la gravilla junto al granero antes de que el recio frío regresara a congelarlo: siempre esperando que el doctor Eldh viniera de la ciudad a visitarme, a darme las clases en el escritorio de nogal de su biblioteca, ahí bajo el reloj de pared.

Dormía, jugaba, aprendía de memoria las letras del alfabeto, la etiqueta de mesa, los nombres de los países. A través de las paredes oía las voces de ama Fanny y las criadas, voces claras y afiladas como alas de urraca. El chasquido de los pasos de Krantz sobre la grava, los balidos y los mugidos de los animales. El olor de Fanny, cada vez más lejano. Afuera el súbito silencio de los pájaros, como si la campiña misma pudiera contener la respiración.

Iba añadiendo columnas a la lista de deseos, siempre tuve lo que pedí.

Al lado de mi ventana los ramajes del serbal se cubrían de nieve.

Luego el serbal en flor, o vestido con colores de otoño. Apuntaba las cifras en mi cuadernito, perfeccionaba mi ortografía sentada al pupitre en mi recámara, me peinaban el cabello en trenzas colgantes o como roscas y me ponían los vestidos con delantal. Ya para entonces era una Incurable. Aunque todavía no lo sabía. De eso no me daría cuenta hasta mucho más tarde: y me convertí en una Fajada.

Los crepúsculos se volvieron amaneceres. Rendijas de luz se acercaban y desaparecían.

Habríamos podido seguir caminando, Bédan y yo, aquella mañana, incluso más allá hasta ese ojo gris que más adelante se abrió entre los árboles y que de cierta manera nos vigilaba. Habríamos podido muy bien alcanzar la otra orilla, llegar allá donde terminan los dominios de Liltuna, avanzar hacia el interior del bosque, y vivir allí, alimentándonos de vinagrera blanca y del agua del arroyo.

Cosa que no hicimos, pues nos detuvimos, nos quedamos en la orilla: hasta que la luz del día se hizo fuerte y nítida, y de repente apareció Krantz por la arboleda de abetos que bordea el agua. Entonces finalmente solté a Bédan, para que nos llevaran de vuelta a Liltuna.

Y tal vez fue cierto que el tejón se hubiera puesto a gritar en lugar de Bédan durante ese verano. Aunque, por alguna razón, esa última noche, la de nuestro escape, se quedó callado. Tal vez era cierto que nada de lo que pasaría después del invierno en que llegó a Liltuna el hombre al que le decían el maestro Valdemar – tal vez nada de eso habría ocurrido si no me hubiera dado cuenta de la enfermedad de mis miembros, que había brotado en un lugar del cuerpo, y luego se había ido dispersando, hasta que entendí que debía contenerla con fajas firmemente apretadas.

Tras su llegada, el hombre que se hacía llamar maestro Valdemar

se había echado a dormir. Durmió todo febrero, con su cara lisa enmarcada de bucles rubios, tumbado allí dentro de la biblioteca del doctor tras la puerta cerrada y debajo del reloj de pared, donde se instaló la cama de invitados para que descansara su debilitado cuerpo al calor de las pieles y el cobertor. Sus ojos verdosos todavía escondidos tras de párpados finamente cincelados. Fue el mismo doctor Eldh quien lo había traído a Liltuna.

Edredón de nieve sobre el sembrado y la pradera. Las afiladas puntas de los abetos contra un cielo gris.

Y después llegó la primavera, y el maestro salió de su pesado sueño, se levantó de la cama que le había preparado ama Fanny siguiendo las órdenes del doctor.

El verano vino y se fue.

Y con el sol de agosto brillaron los arándanos rojos, y el maestro Valdemar dejó de dormir.

El doctor Henry Alexius Eldh me extrajo a punta de cuchilla del vientre de la escuálida. Luego me llevó a Liltuna. Tal vez soñaba con un lugar donde trabajar sin interrupciones, con un gabinete remoto donde estar en paz, o recibir una especie de perdón, pues, al fin y al cabo, era un pescador de perlas.

Llegarían a ser muchas las cosas que me contó. Desde que tengo memoria me veo sentada junto al escritorio escuchando las historias del doctor Eldh, historias que yo recibía como si fuera un pozo de aquellos donde se lanzan monedas para verlas refulgiendo un ratito debajo de la superficie: como un agujero donde lo dicho descendía a la oscuridad.

La biblioteca estaba parcamente amueblada, con estanterías en las paredes que el doctor nunca llenó totalmente. Había momentos en que parecía distraerse mientras me contaba sus cosas y me daba la sensación de que se olvidaba de mí. Pero luego volvía a mirarme siempre con esa especie de gratitud y una cara como de acabar de despertar, mientras la luz del atardecer caía en rayas desde las altas ventanas tiñendo toda la sala y su ancho rostro de color rojizo.

Llegarían a ser muchas las cosas que me contó el doctor.

Como la de aquel día, en la ciudad, en la sala de operaciones, cuando él parado junto a la camilla donde yacía la escuálida, observaba su cuerpo inmóvil iluminado por un furioso sol que se filtraba desde el exterior. Él se había encargado de todo: de que le dieran enema de manzanilla y luego el cloroformo y el polvo sedante al momento de despertar, pero sin embargo, pese a sus esfuerzos, al día siguiente se había quedado rígida, muerta, su cuerpo desnudo sobre la camilla con ese tono azulado a la luz diurna. Para entonces ya había dejado de llover.

La historia de cómo llegué a este mundo me la contó el doctor Eldh muchas veces. Me la contaba en mis cumpleaños, me la contaba en la Navidad, y yo guardaba sus palabras en mi cabeza o las anotaba en los cuadernitos que me traía de la ciudad. Le gustaba regresar a ciertos detalles, como ése de que la escuálida, recién llegada al hospital, sentada en la litera durante el examen inicial la víspera de la operación, se había puesto a temblaquear. Sus ojos eran de un color azul muy claro, casi aguado, salpicado de pequeñas manchas amarillas alrededor de la dilatada pupila. Durante casi todo el examen estuvo callada y cuando intentaba responder le salían bufidos. Fue el resultado del mucho gritar durante días cuando intentó inútilmente traerme al mundo. Había perdido la voz. La lluvia seguía repiqueteando contra las ventanas del hospital. La mujer era pequeña de estatura y tenía además una malformación pélvica; ya al comienzo del proceso hubo que descartar la idea inicial de extraer la criatura con tenazas, la incisión se veía inevitable. Como el doctor Eldh no tenía experiencia en la operación, había consultado los libros; ordenó que hirvieran las esponjas y que dispusieran pedazos de hielo, mandó al recadero a la Facultad de Medicina en busca de colegas y estudiantes interesados. Luego informó a la paciente de las medidas de las que disponía ante el problema que la pelvis le presentaba; operación, o disección del feto con instrumentos afilados. La mirada de la escuálida se deslizó sobre las paredes de la sala y el creciente grupo de espectadores reunidos. Amarillo filtrado en agua. Aceptó la incisión. Aún anestesiada no cesaba de tambalearse, moviéndose de un lado a otro, cosa que dificultaba la abertura del vientre, aunque finalmente se pudo controlar el útero y contener la caída de los intestinos con una sujeción firme por parte de dos estudiantes de medicina que asistieron al doctor.

Luego, el doctor separó el útero ya visible, con varios cortes pequeños, de los que inmediatamente salieron chorritos de sangre del calibre de un lápiz pluma. En ese momento la anestesiada sufrió una violenta contracción de la matriz, y los asistentes tuvieron que

presionar las esponjas contra su interior para cerrar el paso a la sangre, que ahora brotaba en abundancia del cuerpo: al cesar las contracciones el doctor logró cortar el útero, y la criatura, inmóvil y cubierta de la grasa blanca de recién nacido, fue liberada del cuerpo madre para luego ser reavivada mediante respiración boca a boca, y envolturas de lino frío mojado.

Durante las primeras horas del siguiente día la escuálida permaneció totalmente despierta en su cama con el intestino abierto. Le dieron tres dosis de cornezuelo de centeno y después un caldo de aguardiente, le insertaron una solución de cloruro férrico en la raíz de la placenta y le colocaron un bloque de hielo para ayudar a cerrar la matriz. La mirada azul agua resbalaba de nuevo por las paredes de la sala: me llevaron a su lado para que me conociera, pero la escuálida dio una impresión desdeñosa e incomprensiva. Otra dosis de cornezuelo. Cerraron la abertura con fuertes suturas. Sin embargo, durante el día le dieron crecientes trastornos estomacales, supuestamente a causa del cloroformo o las emociones.

Era un agosto llegando a septiembre, brucas lluvias de verano cayeron casi sin pausa durante días: entre los edificios de color melocotón fuera del hospital brillaba dorado el chaparrón. El doctor Eldh tenía su escritorio debajo de una de las ventanas que daba a la calle, en la superficie de la mesa estaban colocados los tres retratos ovalados de sus hijas y su difunta mujer: todas sonreían con los labios cerrados bajo unos sombreros de paja, copa baja y alas bordadas de seda negra.

Tiempo después se los traería a Liltuna, cada uno de los tres retratos, junto con algunas cositas de la oficina que necesitaba cerca: los colocó en el aparador del gabinete, debajo del reloj, y desde allí me mirarían esos rostros tras de sus vidrios combados. Pero antes de eso, escribiría en su escritorio en el despacho del hospital la historia clínica de la operación, y luego el informe al Cuerpo Docente Real de la Salud. Ya se había encargado de que

llevaran a la muerta a la obducción, y también después se ocupó de que su hueso pélvico medido, pesado y limpio, fuese clasificado e inserto en la colección de esqueletos patológicos de la universidad: ese trocito de hueso del bajo vientre lo llevaría también consigo a Liltuna, junto con los retratos ovalados. Me dijo que lo había sacado de la colección, para contemplarlo de cerca mientras estaba trabajando con algún comunicado importante, y luego nunca lo devolvió: el trocito se quedó en Liltuna, encerrado con llave dentro del cajón derecho de su escritorio de nogal, en su estuche de papel y una etiqueta marcada con el número 38.

De vez en cuando me imaginaba su cara joven aquel día posterior a mi llegada a este mundo, ahí frente al espejito que tenía colgado en la pared de su despacho. La cara era grande y ancha, con una expresión inocente, un toque infantil. De las cesáreas anteriormente ejecutadas y documentadas, y de las otras de las que él sólo había oído hablar, habría de dedicar mucho tiempo en busca de confirmaciones de que mi parto era uno de los más extraordinarios. Tal vez se acariciaba la coronilla, ahí frente al espejo, ya para entonces un poquito calvo. Tal vez notó en el cuello de la camisa una manchita de sangre, apenas visible, restos de la operación de la noche anterior: pero como la camisa por lo demás estaba bien planchada y limpia la dejó; se puso la chistera y salió del edificio, para caminar los pocos pasos que lo separaban de la residencia Eldh, o a la Sociedad Científica unas calles más allá.

Pensaba con frecuencia en cómo sería la vida del doctor en la ciudad. Me imaginaba cómo mudaría de aspecto el cielo por encima de los tejados mientras él iba de la casa al trabajo en el hospital de maternidad, o a las reuniones de la Sociedad. Imaginaba cómo se movían sus dos hijas en sus recámaras, tras las paredes y las ventanas y tapicerías de la residencia, pensaba en cómo serían sus rostros, de qué color serían sus ojos y sus cabellos. Aprendí temprano qué se podía preguntar y qué no; si le planteaba al doctor la pregunta correcta, él siempre me respondía.

¿Para qué sirve el esqueleto del ser humano, doctor Eldh?, pregunté.

El esqueleto es la sólida construcción que nos mantiene rectos y erguidos, respondió.

¿Como duermen y comen en la ciudad? , seguí preguntando.

Duermen en camas estrechas y comen mal, en viviendas apiladas como cajas , respondió.

Pero ¿cómo es posible que el cuerpo humano pueda abrirse y luego cerrarse de nuevo?

Con la ayuda de instrumentos elaborados para el servicio de la exactitud científica.

Llegarían a ser muchas las cosas que me contó, aunque muchas veces me contaba lo mismo, con pequeñas variaciones y nuevos énfasis. Como cuando les cerró el paso a los del orfelinato que se presentaron en el hospital el día después de la operación, para llevarse al bebé que yo era; y como les dijo que me iba a tomar bajo su protección, y que se encargaría muy bien de mí y de mi educación. Por eso compró una residencia de veraneo donde la niña (yo) estuviera bien cuidada y recibiera una enseñanza adecuada; era una casa grande de yeso blanco bajo la fronda de un álamo inmenso, había tilos, avellanos y serbales. Bajando un poco había un sembrado y un parque inglés con bóvedas y veredas empedradas, y un pequeño cenador hexagonal de tejado de cobre, incrustado en un verdor de cerezos, alisos y perales. Mas allá había graneros, casetas, un pozo, la cabaña del gañán y el cobertizo para la vieja calandria; los árboles del parque crecían muy rápido y todo se cubría pronto de maleza hasta que la vegetación se hacía ingobernable. Me contó que se había enamorado al instante de esa casa encalada en yeso, que en los crepúsculos se teñía de un color naranja, al anochecer solía sentarse en el cenador cubriéndose con mantas y leía mientras los corzos se movían en grupitos por el jardín. Arriba, en la recámara

infantil, dormía la cría (yo) con sus pequeños párpados temblorosos, en el interno refugio de su propio sueño. La residencia quedaba aislada, se alzaba detrás de húmedas praderas que ahuecaban el paisaje hasta donde empezaba el bosque. La pequeña carretera privada serpenteaba un trecho a lo largo del sembrado antes de terminar súbitamente en el tope de la colina. Desde la casa principal no se veían las empinadas cuestas al otro lado de la cima, con sus escasas fincas y otros labrantíos y carreteras que atravesaban los campos hacia ciudades y pueblos lejanos. Bajando un trecho de bosque había un lago donde nadie iba nunca, pese a tener un muelle para lavar ropa y una canoa de remos hundida, pero todavía atada a uno de los pilotes; en la otra orilla terminaban los dominios de Liltuna, y un nuevo bosque se extendía más allá en la comarca.

La residencia quedaba a dos horas de distancia en carruaje desde la ciudad; el doctor se sentaba en el interior y dejaba la capota del coche plegada mientras se dedicaba a escribir las historias clínicas de sus pacientes y las alocuciones de miembro para las reuniones de la Sociedad. Afuera pasaban ya bosques, ya praderas, una débil luz rosácea. Contrató una ama de llaves para el mantenimiento de la casa y para mi cuidado, así como un gañán para las labores del campo e incluso más adelante algunas criadas que iban y venían o se sentaban en la cocina con la papilla y lo observaban bajo las capuchas de trabajo con ojos diluidos como agua. Esas miradas invasivas y el cotilleo que luego se escuchaba en la ciudad lo harían más cuidadoso en la elección de las criadas, además tenían que ser pocas. Sin embargo, la granja tenía que ser autosostenible, y debía tener vacas, ovejas y gallinas, por eso necesitaba manos eficaces que la trabajaran. Mínimas compras en la ciudad para no despertar curiosidad. Al bajar del carruaje ante la puerta principal lo esperaban siempre el ama y la niña, que de inmediato, andando como un patito, iba a darle la bienvenida.

Tenía los ojos amarillo pardo, un cabello café como arcilla sedosa, mis palmas abiertas eran de un color rosa pálido. Quizás él

simplemente había deseado un lugar donde poder guardar una perla. ¿Y, además, acaso no era cierto que había salvado a la cría de una vida en las callejuelas? Sí, eso es lo que había hecho. Y afuera el mundo era oscuro y torcido. Y los hospicios estaban llenos, y las muchachas morían de hambre y se volvían feas, incautas y sosas a causa del estropicio callejero. Había querido que yo estuviera protegida, dijo. Así que se quedó conmigo.

Tres nombres recibí: Henrietta Alexia Cesárea. Los primeros por él, y el último por la incisión a través de la cual me arrancó de la oscuridad.

Y luego iba y me escapaba al bosque, era una gran decepción.

De niña me preguntaba con frecuencia por qué el doctor Eldh me tenía guardada en Liltuna. Él siempre hizo sus mejores esfuerzos para explicármelo, pero ahora ya no pregunto más.

Durante sus visitas acostumbraba a llevarme en el carruaje por los alrededores, decía que para tomar aire fresco. Se ajustaba los pequeños quevedos dorados sobre la nariz y me leía *La Flora* en voz alta para que yo aprendiera a reconocer las plantas y los animales. Los cocheros que el doctor traía de la ciudad siempre eran distintos y nunca volvían la cabeza para mirarme. Yo estudiaba el movimiento de sus hombros bajo los gabanes o las camisas mientras controlaban las riendas: los cielos de verano eran azules, rojizos o blancos. El doctor se sentaba en el asiento a mi lado con el libro abierto sobre las rodillas, un sol candente sobre su ancha cara hacía que las patillas de color gris helado echaran sombras semejantes a garras sobre el cuello de su gabán; habría podido fácilmente estirar mi mano para tocar esa frente alta y cándida. Repetía los nombres de las plantas y sus diferentes partes, examinaba las ilustraciones del libro cuando el doctor dormitaba bajo la chistera, dejaba que el viento soplara en mi cara. Del bosque al otro lado de la cuneta venía el olor dulce de corzos muertos y florecencia podrida. En ocasiones veíamos gente a distancia, niños encima de las cercas de piedra, carretas de heno. Entonces el doctor siempre daba unos golpecitos en el pescante con su bastón, y dábamos la vuelta.

Supongo que el doctor Eldh pensaba que nada cambiaría nunca en Liltuna. Esas nubes que corrían por encima de los cerezos, las vacas en el pastizal y los corderos en el corral; y la niña durmiendo o jugando en la casa de yeso blanco, dentro de la recámara que él mismo se había encargado de amueblar.

Iba y volvía con regularidad, colocaba el gabán en el respaldo de la butaca y tomaba asiento frente a mí en el escritorio de nogal bajo el reloj de péndulo, con los libros de enseñanza esparcidos sobre la superficie de la mesa. A veces permitía que me echara sobre la alfombra persa para que me pusiera a dibujar con el carboncillo sobre los papeles de rosas que me traía de la ciudad, en tanto que él se ponía a trabajar a la luz de la lámpara de mesa hasta el anochecer cuando la pequeña llama tras el verdoso vidrio cilíndrico empezaba a agitarse hasta que se apagaba.

Muchas veces le pregunté por todas esas cosas que nunca había visto.

¿Qué es un adoquín, doctor Eldh?, le pregunté.

Es una piedra que se coloca como apoyo para los carruajes, los animales de tiro y los pies de los hombres , contestaba.

¿Cómo brillan los faroles en la ciudad, doctor?, seguí preguntando.

Como las luciérnagas en la oscuridad , respondía.

Yo iba anotando los nombres desconocidos en los cuadernos de notas que me traía de la ciudad, escribía cada palabra nueva, y cuando ya la había repetido suficientes veces para fijarla en mi memoria y los conocimientos proporcionados por el doctor se habían integrado en mí, las borraba una tras otra. Tomaba asiento a la mesa frente al doctor: yo era una perla o un pozo, un tesoro, un abismo.

Podía ocurrir que escuchara su voz por las noches, cuando estaba en mi cama, me llegaba como desde dentro, y se mezclaba con la de ama Fanny cuando para hacerme dormir me leía sobre nuestro señor Jesucristo: la voz que sonaba en mi cabeza era clara y penetrante, como de un lugar remoto, era la dicción del doctor Eldh.

Y aun así, el lago no me pareció muy distante aquella noche de verano con Bédan en el bosque. Criaturas y animalitos se movían al alrededor nuestro en la oscuridad con sus pelajes de olores acres,

silbaban delante de nuestros pies en la maleza. Ya para entonces me había convertido en una Fajada, mantenía el Cetro en la mano durante todo el camino, aunque una vez casi lo perdí. Fue en ese pantano al terminar la pendiente, donde se cayó Bédan, se quedó echada sobre la tierra, sin quererse levantar, y tuve que agarrarla y jalarla de los brazos y la ropa para obligarla a que me siguiera. Y fue entonces que repetí la última instrucción:

Pues la señal que apareció en el cielo fue una mujer vestida del sol, gritando de dolores de parto. Y vino el dragón, y con su cola de fuego arrastró la mitad de las estrellas del cielo, y se paró frente a la mujer que iba a dar a luz, con el fin de devorar a su hijo tan pronto naciese. Y el dragón escarlata era ése al que le dicen Diablo, el que despista al mundo. Y lo combatirán los ángeles, y vendrá el niño para apacentar la manada con su cetro de oro, y luego será llevado al trono de los cielos.

Las noches de Liltuna cuando era una niña: las sombras espasmódicas del techo cuando los insectos pululaban en el vidrio de mi lámpara de mesa. Los mugidos de las vacas en el establo durante las noches de luna. Me incorporaba en la cama y llamaba a ama Fanny, sentada en la cabecera masticaba el camisón mojándome las mangas hasta el codo, o andaba en círculos por la recámara gritando su nombre; no me callaba hasta que la oía subir las escaleras con su cabello gris moteado metido dentro de la capucha de dormir. La cara delgada y arrugada por el sueño se veía pálida a la luz de la linterna, sus dedos estaban hollinados por la parafina cuando me tomaba en sus brazos para volverme a acostar. De su capucha yo sacaba un mechón de cabello y me lo enrollaba en un dedo, descansaba mi frente contra su pecho que olía a nuez, a piel, a nabo y a lavanda. Eso fue antes de que ella empezara a tardar cuando la llamaba, y cuando al fin subía, se sentaba allá lejos en el sillón de ratán y si yo saltaba de la cama para correr a abrazarla como solía, me cerraba el paso y me metía en la cama de nuevo. Una vez bajo la manta le rogaba que me tomara de la mano hasta que me durmiera, pero me hacía mala cara desde el sillón mientras seguía leyendo en voz alta las Sagradas Escrituras para sofocar mi voz. Escogía especialmente los pasajes de la Bestia, y las señales de las trompetas y el cordero de Dios, y el lago de fuego y azufre donde la compañía de los ángeles destruirá al Tentador.

Dejé de rogar, dejé de llamar, dejé de esperar que los pasos subieran las escaleras.

Una vez bajé y me acosté apoyada contra su puerta en el pasillo de la cocina hasta la madrugada que la oí trajar con sus cosas dentro del cuarto. Con todo el peso de mi cuerpo había bloqueado la

puerta y a pesar de que ella intentó abrirla, no lo logró; entonces llamó a Krantz para que me sacara de allí. La luz de la luna paseaba sobre la recámara, las vacas estaban calladas. Había noches en que la oscuridad oprimía mis párpados como una seda de carboncillo maligno y yo guiñaba y parpadeaba para no darle paso a la negrura. A veces tenía la repentina sensación de que podía cortar la oscuridad con tijeras, pero esa sensación también me causaba miedo. Y el miedo me hacía crear imágenes surgiendo de la oscuridad, formas y criaturas de bordes y contornos recortados por mi propia mano, y que luego yo misma no podía detener. Luego esos seres recortados por mí lanzarían sus largos miembros, y me envolverían, como si fueran brazos humanos o extraños jirones de pura oscuridad.

Cerraba los ojos apretando los párpados, ya no llamaba a ama Fanny. Y al final siempre amanecía, y la estrecha franja de luz iluminaba la recámara, cerrando el paso a la noche. Y por las mañanas ella me vestía con faldas de lana como siempre, y me hacía las trenzas con un rosetón; luego bajaba a la sala para sentarme frente al piano. Tocaba siempre para ella, tocaba el salmo del nombre consolador de Jesucristo y la canción del muchachito carbonero, y volvía la noche otra vez. Ya no volví a pensar en el olor de piel y de lavanda. Me entretenía contemplando los álamos de afuera de mi recámara ya arqueados bajo el peso de la capa de nieve, o contaba la mierda de las moscas entre los cristales de la ventana en tanto que el crudo sol primaveral inundaba el cuarto. En el momento que abajo se escuchaba llegar el carruaje salía corriendo por toda la casa, calzada con los zapatos blancos de verano, para darle al doctor Eldh la bienvenida.

Con frecuencia me leía en voz alta fragmentos de su obra:

Si bien desde los tiempos más remotos la matriz ha sido considerada como el punto de salida de un conjunto de vagas en

fermedades y múltiples manifestaciones de actividades neurales perturbadas, más bien conocidas bajo el nombre hysterie, el órgano mismo sigue siendo en muchos sentidos un misterio. Su influencia en el resto del organismo y sus morbosas mutaciones todavía siguen desafiando, en cierto grado, hasta las más agudas investigaciones...

Se sentaba en el escritorio de nogal bajo el reloj de pared, con una humeante taza de manzanilla y el plato con pretzels azucarados que ama Fanny nos había preparado. Su amplia cara se iluminaba o ensombrecía dependiendo de si lo escrito le satisfacía o no. Cuando terminábamos las clases siempre me daba una breve palmadita en la coronilla, o un jalón cariñoso de la trenza, o sacaba un caramelo de la pequeña bolsa de papel que guardaba en el bolsillo del chalequillo. A veces, sentada frente a él mientras escribía en los blocs de notas que me había regalado, recorría con la mirada las curvaturas de la talla dorada del reloj y del pequeño péndulo dentro del vidrio: en el centro de la esfera se veía el punto negro del infinito. Afuera de la ventana se deslizaban los cocheros que transportaban al doctor hasta Liltuna bajo los árboles, nuevos cada vez. En momentos me imaginaba que nuestras miradas se encontrarían a través de las altas ventanas, pero como el sol era fuerte nunca me veían en la penumbra del gabinete, escondida ahí adentro detrás de los vidrios negros.

Mis primeros años en Liltuna: me sentaba en el descuidado bosque del parque para comer las bayas que agarraba directamente de los arbustos hasta que mis vestidos y mis manos se oscurecían con el jugo rojo. Muy pronto aprendí a caminar, me caía, gateaba, corría, me ataban a una larga cuerda cuyo cuidado intercambiaban Krantz y ama Fanny para que no me extraviara por el parque. Entre los arcos y los pequeños adoquines cubiertos de musgo crecían árboles frutales que nadie podaba, sus ramas se volvían cada vez más pesadas y nudosas. Me subía al techo del cenador sin usar escaleras, veía correr las nubes y el cielo abriéndose, dejaba que la cuerda se arrastrara tras de mí en la maleza, sacaba la lengua hacia la reluciente lluvia de color nácar hasta que las gotas me dolían en la cara y las cintas del cabello se soltaban.

Krantz siempre me rescataba del techo, me llevaba de vuelta desde todos los rincones o los senderos del parque donde me escondía. A veces la cuerda se enredaba en los matorrales y me quedaba dormida bajo los álamos: luego, de vuelta en casa, siempre extendía mis manos para que Fanny me aleccionara a golpes con la pequeña caña que acostumbraba a llevar en el cinturón.

Después del castigo me sentaba en el porche con la leche caliente en una jarra en frente mientras veía llegar el anochecer. Azul claro volviéndose rojizo, volviéndose negrura. Del parque surgía un olor de mirto y albaricoque putrefacto. En la noche acostada en la cama seguía con la mirada la mancha de humedad que se dibujaba sobre la tapicería de orquídeas de la pared como si fuera un mapa; mientras Fanny leía en voz alta desde el sillón sus historias de los ángeles y el Cordero y los dragones de fuego. Me hacía la dormida cuando se levantaba del sillón, la escuchaba abrir el orinal del

armario para llevarse el contenido de la bacinica y la luz del crepúsculo se hacía más y más fina en el horizonte hasta que el sueño me envolvía.

El primer signo de la enfermedad que habitaba mis miembros lo descubrí en verano. Después de darle la bienvenida al doctor Eldh en la escalinata con Fanny le sonreí con los labios cerrados para que el olor de lo nuevo no se revelara. El doctor tenía buen semblante al salir del coche, las mejillas sonrosadas. Tenía muchas cosas que contarme, traía los brazos llenos de juguetes y un nuevo vestido de imitación de seda azul para mis actuaciones de piano. Me dirigió una mirada vagamente inquisitiva y me subí el cuello marinero de la blusa que me apretaba la piel caliente; me dejó en la escalinata y entró al gabinete para ponerse a trabajar debajo del reloj.

Me hizo llamar en la noche. Entré al gabinete y se reclinó en la butaca, examinándome desde el borde de sus quevedos. Luego me leyó en voz alta:

Durante la extravasación mensual se hincha la matriz, poniéndose de textura jugosa y porosa sin que ocurra cultivo alguno de elementos de tejido. La membrana mucosa se ensancha, en ocasiones puede medir incluso entre 2-3 " de diámetro: se vuelve blanda y esponjosa, empero en forma de rosca y en posición arrugada. Las glándulas, que se abren y expanden, secretan una flema mucosa y abundante. Los tejidos epiteliales en el corpus uteri se emiten exuberantemente, hasta que la membrana pierde su apariencia resbaladiza y se pone rasposa y abollada. Los vasos sanguíneos se ensanchan y se hinchan de sangre y súbitamente aparecen pequeños escapes, de manera que la mucosidad derramada queda rojiza. Luego aumenta la afluencia de sangre y aparece un exceso de rupturas en los vasos, de tal forma que puede acaecer un sangrado considerable: así la mujer encarna un

organismo eternamente arremetiendo contra sí misma. Es decir, se constituye en su propia invasión, de la cual es urgente que la medicina la salve y la alivie, de la misma manera que las actividades musicales y la estética alivian una mente ensombrecida...

El doctor siempre me traía golosinas en cada visita. Del bolsillo del abrigo extraía un terrón ambarino de azúcar que guardaba en una bolsita de papel, otras veces me traía ciruelas pasas o bombones de mazapán. Apretaba la pluma con mis dedos pegajosos de azúcar y la lengua se me entumecía con los dulces, me lamía los dientes ásperos mientras iba escribiendo en los cuadernillos.

Cuando llegaba a Liltuna solía bajar del carruaje con la chistera apretada bajo el brazo mientras yo corría la escalinata para saludarlo: su cara siempre se iluminaba al verme. La bolsita café crujía en el bolsillo cuando me acariciaba la cabeza. Las patillas como nubes alrededor de su cara. Al entrar se sentaba siempre bajo el reloj, tiraba el abrigo a la butaca y se desataba las botas, liberaba la camisa del chaleco y se reclinaba. En las estanterías había gruesos legajos de papeles y manuscritos. Él venía para darme mis clases, o para sumergirse en su trabajo por un par de días y leerme apuntes y ensayos que escribía para el futuro. A veces solamente venía a dormitar echado en la otomana del gabinete, acompañado del gorjeo de los mirlos y del susurro del viento que corría en los avellanos bruños afuera de la ventana. Los rayos de sol ondeaban sobre su cara dormida. A la hora del almuerzo Fanny nos avisaba con la pequeña campanilla de plata que guardaba en la repisa de la cocina que hacía sonar sólo cuando el doctor estaba de visita; nos servía la comida en la sala. Esas ocasiones eran las únicas en que me permitían comer allí. En cuanto el doctor dejaba Liltuna me hacían regresar a la cocina para comer con Fanny y Krantz y las criadas. Y cada vez que venía el doctor en el carruaje, de nuevo me daba el terrón de azúcar, y me sentaba otra vez en el gabinete, o bien me tendía sobre la enorme alfombra para dibujar caballos en

los papeles perfumados que me traía de la ciudad; y después comíamos juntos, sentados a la vieja mesa agrietada de la sala. El doctor desabotonaba su chaleco de seda amarillo y pasaba los manos por su aceitado peinado de león. Luego se servía trozos de pollo o nabo o ternera en silencio mientras caía el crepúsculo. Cuando dejaba los cubiertos a un lado en la mesa, era mi turno. Yo me sentaba en el taburete de tornillo del piano, pues los muebles eran insuficientes; Liltuna estaba parcamente amueblada, la mayor parte de las cosas que había en las salas y en las habitaciones quedaron como herencia del propietario anterior que la había vendido por una vida insensata. Primero vendió grandes partes de sus dominios y luego objetos y muebles y al final Liltuna entera. El reloj de pared de las Indias era una falsificación, y quedó en su sitio. Sobre el empapelado de la primera planta todavía resplandecían las hormas vacías de los cuadros vendidos. A veces me imaginaba paisajes sobre ellos, retratos de gente que no conocía o lugares que nunca había visto. Siempre me guardaba un trocito de azúcar en el bolsillo del delantal después de las visitas del doctor. Cuando él ya no estaba lo volvía a sacar, le quitaba la pelusa del bolsillo con la lengua y sentada en la ventana de la recámara levantaba el trocito hacia la luz para contemplar con los ojos entornados esas pequeñas burbujas e irregularidades dentro de la cristalizada masa amarilla.

Había ocasiones en que el doctor había avisado que estaba en camino, entonces Fanny llegaba corriendo al granero a buscarme, o al parque o a donde fuera que yo estuviera, para lavarme. Si no había tiempo suficiente se contentaba con meterme en la tina de agua fría en la cocina mientras Krantz entraba y salía con los cubos que iba llenando del pozo moviéndose en sus botas pesadamente. Fanny me fregaba con el cepillo de lavar a lo largo del cuello y por las orejas, tomaba los pañuelos de lino que había mojado y me hurgaba en los hoyuelos y los pliegues de la cara, me presionaba

ligeramente los párpados con el dedo y sacaba el polvo y la mugre de las comisuras de los ojos. Levantaba el labio de arriba e introducía el dobladillo del pañuelo por entre los dientes. Yo le ayudaba levantando el labio para que alcanzara bien con el trapo, alzaba el mentón para que me limpiara bien la cavidad de la garganta, dejaba las manos quietas metidas en el agua el tiempo suficiente para que la suciedad de las cutículas se disolviera. A veces se rozaba las mejillas con el dorso de la mano mientras me hacía la ablución, como secándose invisibles lágrimas de la cara.

En cambio, en ausencia del doctor, Fanny me dejaba ir descalza por los pastizales o con los pies metidos en las zapatillas de madera, aunque si me descuidaba las manos me castigaba con la caña. Otras veces, cuando sin previo aviso se avistaba desde la cima de la colina el carruaje, Fanny llegaba apresurada por el parque con unas calcetas y los zapatos de charol en la mano, en los cuales me hacía meter mis pies sucios; luego me los ataba con dos duros nudos antes de salir corriendo, tomadas de la mano, hasta la escalinata de la casa principal. Mientras el carruaje hacía el giro hacia el patio yo la miraba de soslayo para estudiar esa otra cara que mostraba: era la cara para al doctor Eldh.

En mis cumpleaños el doctor me solía leer fragmentos del viejo y trillado informe al Real Cuerpo Docente de Salud, en voz alta:

Aunque a la fecha yo había ejecutado mis primeras dos ovariectomías, no estaba pues del todo deshabituado respecto a operaciones del abdomen, debo confesar empero que no era sin preocupaciones que yo emprendería la arriesgada intervención, de la cual solamente tenía conocimiento por los libros. La mujer, una criada jornalera escuálida y de pobre crianza, pero con una constitución ósea sin defectos a primera vista aparte de una pelvis malformada, declaró haber tenido ininterrumpida y buena salud y que los movimientos del feto habían empezado a principios de abril. El pulso estaba uniforme, unos 80 latidos por minuto. ¿Cómo

explicar pues el sangramiento persistente en el punto de anclaje de la placenta sumado a la producción de gases, que tras la intervención de safiaban todos nuestros esfuerzos, y que aumentaba sin pausa, hasta que el vientre se hinchara como un balón y la presión causara la muerte? En cierto momento tuve la tentación de perforarle el estómago, sobre el que se percibían los extendidos remolinos de los intestinos. Supuestamente sigue todavía abierta la pregunta de cómo las flatulencias pueden aparecer en estados similares: de dónde llegó la hinchazón al hipocondrio y los gases sonoros de la mujer histriónica, y cuál es la causa de que ciertos efectos de la mente sean acompañados de la producción de gas.

Treinta horas después de la incisión, la conciencia de la paciente se nubló, y la criada pereció asfixiada a las 4 de la mañana. El feto era una cría bien madurada que tras su salida fue separada del cordón umbilical con una disección y acto seguido bautizada: parecía sana, aunque extremadamente pequeña, de miembros finos y de aspecto llamativamente parecido al de la madre.

Cuando Bédan apareció en Liltuna, el hombre a quien llamaban maestro Valdemar había dormido varios meses debajo del reloj de pared. Había llegado en invierno, cuando fue instalado en la biblioteca del doctor Eldh, que era el cuarto más caliente de la casa; lo habían sacado del trineo de tiro el doctor y Krantz y llevado hasta la cama de invitados que habían dispuesto junto a la chimenea. Luego el maestro dormiría al otro lado de la puerta de la biblioteca cerrada, hasta que pasaron tres ventiscas. Afuera andaba Krantz con la pala por los pastizales cubiertos de nieve, cada vez más lejos. La breve luz amarilla durante los días del invierno. Los largos dedos negros de los árboles. Se acercaba la primavera, irreversiblemente, y luego iba a venir el verano: aquel verano con maestro Valdemar en Liltuna.

Tardaría un buen tiempo antes de que él notara la presencia de Bédan, pues había tenido otras cosas con las cuales ocuparse y disipar los malos pensamientos que tenía. Pero un día que el maestro estaba sentado junto con el doctor en el jardín, recibiendo el temprano sol de verano y sorbiendo su té, la descubrió. Ella iba caminando por el otro lado de la loma llevando agua para los animales. La cara del maestro se perfiló entre sus bucles rubios, se veía un poco malgastada. Al verla se incorporó por un segundo con la taza de té.

Cuando yo era niña podía ocurrir que ama Fanny y Krantz me llevaran al pequeño lago del bosque para que me bañara. Krantz me subía a la carretilla e íbamos en tropa a través del bosque por las veredas pedregosas. Fue antes de que hubiesen empleado a Hulda y Gustava, en el tiempo en que las hermanas pelinegras de Estocolmo

todavía trabajaban con Fanny en la cocina y en las madrugadas ayudaban a Krantz con el ordeño, cuando el día aún era una pequeña punta gris por encima de las copas de los árboles. Ambas eran cojas, pero cada una en la pierna opuesta, se parecían demasiado, aunque una de ellas se vestía con un delantal café y la otra con uno azul. A veces se cambiaban de ropa para confundir a Fanny. Otras veces se sentaban debajo de los tilos de la parte trasera de la casa y se mimaban la una a la otra, entrelazando sus cabellos en una sola trenza; luego me permitían tocar esa culebra larga y negra mientras caía y serpenteaba en la hierba. Nunca supe sus nombres.

Fanny simplemente las llamaba la Una y la Otra, o Ellas. De vez en cuando pienso que, si me hubiera quedado allá en la ciudad desde el comienzo, si el doctor Eldh no me hubiera llevado a Liltuna, si no me hubiera dado sus propios nombres, más el nombre de la cortadura por la cual fui rescatada a mi vida, tal vez tendría un nombre parecido a los de ellas. Frida o Gunn. Carlotta o Elin.

Las pelinegras me visitaban a veces por la noche en mi recámara. A pesar de la cojera subían sigilosamente las escaleras, sin despertar a Fanny en su cuarto. La puerta chirriaba levemente, se sentaban en la cama junto a mí, me consolaban besando las lágrimas que resbalaban por mis mejillas y permitían que reclinara la cabeza en sus regazos, mientras me acariciaban el cabello con sus dedos hollinados hasta que me dormía. Cuando amanecía ya no estaban, y al bajar a la cocina las encontraba trabajando como de costumbre, con la masa del pan o la limpieza del pescado, y me sonreían con sus caras pecosas de trazos de ceniza y mugre.

También a las pelinegras les gustaba el lago, caminaban junto a la carretilla con su modo de andar peculiar, cada una con una cesta de excursión en la mano, tarareando canciones que yo no reconocía. Las avispas reptaban por las botellas de jugo de saúco en las cestas. Llevaba la chaqueta de paseo y el sombrero de forma campana y color turquesa que me había regalado el doctor Eldh en el

cumpleaños, los cordones del sombrero me raspaban la barbilla y el aire era espeso, lleno de las blancas pelusillas de los álamos que revoloteaban con el viento hasta finales de junio. Habían puesto una sombrilla amarilla en la carreta para protegerme del sol. Ya en el lago jugaba con las ranas del agua pardusca que se escurría entre los cañaverales bajo las hojas podridas y el polen que flotaban en la superficie; capturaba cochinillas y las juntaba en un tarro de cristal al lado del muelle. Escalaba las rocas y vadeaba directamente en el agua vestida con mis mamelucos, hasta que la cuerda me apretaba el cuerpo y me jalaban otra vez. Arriba en la pendiente estaba Fanny, sentada, masticando tabaco bajo el sombrero de paja y mi cuerda atada al cinturón de las llaves. Eso fue antes de que me empezaran a poner la cuerda sobre todo por guardar las apariencias; allá en el lago todavía la llevaba bien atada al cinturón. Yo dejaba que el agua me alcanzara hasta la barbilla y que la boca se llenara de su sabor dulce y frío, flotaba boca arriba mientras las pelinegras me agarraban con las manos debajo del cuello y los tobillos, y los mamelucos se llenaban como balones alrededor de mis piernas. Relámpagos de sol entre las copas de los pinos. Al salir del agua me envolvían en las mantas de franela que tenían preparadas, y me quedaba tiritando junto a las hermanas, bajo los alisos blancos, mientras que ellas arrancaban las hojas de las flores que habían recogido por la vereda, y recitaban las cancioncillas que llevaban consigo de la ciudad. Más allá de los cañaverales y los lindes de bosque, en la otra orilla, quedaba ese mundo que ya no era Liltuna, ciénagas y pastizales escondidos detrás de densas tierras arboladas. Fácilmente habría podido levantarme y arrastrar la canoa del fango, y remar más allá hasta el confín del Todo, y si el barco se hundía en el camino por lo menos habría rozado el límite, como un insecto moribundo al llegar el invierno. Las pelinegras entrecerraban los ojos hacia el candente sol y se reían a hurtadillas y me rozaban los párpados con las puntas de los dedos, y me cosquilleaban la frente con las belloritas y las ranúnculas. Nunca logré memorizar sus

cantinelas y juegos.

Y así era la cosa con las pelinegras, hasta el día en que desaparecieron, después de haber chachareado en la ciudad, a donde de vez en cuando iban de compras con Krantz. Después de que el doctor hubiera oído hablar de sus chismes y afirmaciones sobre Liltuna y sobre mí, allá en los callejones, y ama Fanny le contara, cuando la llamó a la biblioteca mientras yo me quedé debajo del piano, escuchando afuera con la puerta entreabierta, que sí, que ella había sospechado aquello, lo había presentido desde el principio, y que muchachas como las pelinegras no eran gente de fiar, y no había intentado decirle justamente eso al doctor, pero incluso hoy había pensado que tenían que haber sido las pelinegras las que en el verano habían atraído a unos harapientos vagabundos, tan sucios como ellas, allá abajo por los lados del lago, pues Fanny tenía la seguridad de que alguien se había movido a hurtadillas por ahí en el bosque durante nuestro baño, seguramente observándonos.

Después de eso ya no me volvieron a llevar al lago.

Y al volver de las compras en la ciudad estaba Krantz solito en el carruaje, sin las pelinegras, con las cestas llenas de fruta y harina y queroseno. La cama extensible del cuarto de las criadas permaneció vacía, hasta tiempo después cuando llegó Gustava y luego Hulda con el doctor Eldh en el carruaje para sustituir a las pelinegras. Ya entonces era duro el invierno en Liltuna. La amarillenta capa de nieve volvía más pesados los ramajes bajo un sol neblinoso que sólo hacia el mediodía rompía el edredón del cielo, para luego ser de nuevo adelgazado por la luz, antes de desaparecer por completo en la oscuridad del atardecer.

Más tarde, a veces, se me ocurría pensar en el agua pardusca del lago en verano, en las arañas pescadoras y el frío dulzor llenándome la boca, en la ligereza de mi cuerpo bajo la superficie y en el tarro con las cochinillas, que luego botaron. Al llegar de nuevo el verano, cuando estaba sentada con los libros en el porche mientras Gustava

abajo trabajaba en la mantequillera sobre el banco, veía a Krantz acercarse por la vereda con la caña de pescar en la mano, y los pantalones mojados, y dos paquetes de pequeños lucios colgados al cinturón. Ya no volví a preguntar por el lago, jamás crucé el lindero del parque. No pensaba más en lo que había más allá de Liltuna. Afuera los vallados dividían el paisaje, y las palomas zurita volaban por encima de las praderas. Me instalaba en la larga mesa de cocina entre Gustava y Hulda para la cena, y comíamos los nabos y la sopa de huevo, y el pescado frito que Krantz había sacado del agua pardusca; la sal de la carne blanca me picaba en el paladar. Hubiera podido bajar al parque, con la cuerda arrastrándose detrás de mí sobre la hierba, y tomar el atajo a la pradera hacia el sendero que iba en dirección del lago. Hubiera podido vadear hasta la otra orilla, y luego atravesar el sembrado hasta la carretera, y llamar a las carretas y a los niños que jugaban en grupitos afuera de las granjas que estaban más allá. El enmarañado muro de cerezo, aliso y espino blanco que rodeaba los dominios del doctor Eldh nunca se podaba. Con el tiempo Fanny me dejaba quedar durante horas en el parque, o detrás del granero donde jugaba con las muñecas y el caballito de madera, regalo de cumpleaños del doctor. Al notar que no me escapaba me dejó quedar cada vez más tarde. La cuerda se ajaba colgando de mi cintura, se enfangaba por la humedad de la tierra, a veces Fanny tardaba horas en ordenarle a Krantz que fuera a buscarme, segura como estaba de que siempre regresaría antes de que cayera la oscuridad.

Durante mucho tiempo me pregunté la razón por la cual el doctor me mantenía en Liltuna, por qué me escondía de las carretas que pasaban a lo lejos, y de los niños que jugaban en los cercados; cosas como éstas ya no me pregunto más. Tambaleantes típulas sobre el verde vidrio de la lámpara. El ojo redondo del reloj ensimismado en su propia eternidad. Tenía el cabello café y las palmas de niña abiertas, llevaba el vestido de lana rojo, amarillo o verde bosque cuando tocaba el piano en las noches, me enganchaba con la cuerda entre la enmarañada maleza del parque. El sol encima de Liltuna pintaba la casona de púrpura y ambarino. Enjambres de mosquitos volando alrededor de los animales en la dehesa.

Hubo ocasiones en que el doctor ya estaba de mal humor al apearse del carruaje, entonces me daba unas palmaditas fugaces e indiferentes en la coronilla cuando yo lo esperaba en la escalinata y luego se encerraba en su gabinete. Yo pegaba mi oído a la puerta cerrada para escuchar cuando regulaba el reloj ahí dentro, cosa que hacía invariablemente en cada visita: abría la pequeña contraventana de la esfera, y luego la cerraba con un chasquido. Me figuraba que era ahí, en la biblioteca, donde se originaba el tiempo mismo, empezaba en el exacto momento en que el doctor ajustaba las manecillas para que los resortes se pusieran en marcha. Del mismo modo me figuraba que con su ausencia se disolvían las horas y los lapsos del tiempo, y nuevamente estaba yo en la infinidad del parque, bajo los árboles, con las muñecas hechas jirones, ahí donde todos los acontecimientos se prolongaban en un solo largo instante.

De vez en cuando el doctor se mostraba irritado incluso durante mis clases, se quedaba quieto durante un largo rato con la mirada fija en un punto indeterminado fuera de la ventana, y yo seguía

escribiendo en el cuaderno para no llamar su atención. El sonido del lápiz carraspeando sobre el papel llenaba el cuarto hasta que de pronto se incorporara de la silla, se ponía a andar impacientemente en círculos por el cuarto, inmerso en sus pensamientos, hablando y gesticulando, como discutiendo con alguien sólo visible para él: *ese maldito advenedizo de mierda, exclamaba, qué se cree, o cosas como el puñetero adulón aquel piensa que sabe del prolapso uterino, o simplemente gritaba icanalla!*

En el parque me entretenía lamiéndome los brazos para degustar la sal del cuerpo, me mordía los dedos y luego observaba las hendiduras oscuras de mis mordiscos, nunca captaba las interconexiones de los cuerpos, de cómo una cosa se entrelazaba con la otra. Me dedicaba a esperar al doctor, y cuando volvía yo leía su cara y sus gestos como si estudiara una corriente de agua imprevisible. Tenía la costumbre de poner a prueba lo que había escrito leyéndolo en voz alta, al tiempo que me lanzaba miradas desde su lado del escritorio para calibrar mis reacciones, y yo sonreía para contentarlo. Entonces le brillaba la mirada de satisfacción bajo los quevedos, y continuaba:

Sin un mínimo de exageración podemos suponer que ya en los tiempos de Trautman en 1610 se realizó la primera cesárea, es decir, la primera intervención científicamente aprobada, y que por lo menos en 2000 ocasiones se haya cumplido esta operación: es decir, cada vez que un representante de nuestro terreno de competencia ha observado que la liberación de un feto del cuerpo maternal, tanto en estado vivo como muerto y descuartizado, sea inconcebible, y en consecuencia ha tenido el coraje de sacar el escalpelo de disección. Durante mi primera incisión, al descubrir que el feto quedaba aprisionado, como a ciegas en un saco, en el rincón superior derecho de la cavidad de la matriz, el hecho de

que fui capaz de, en el momento crítico y con la mano bajo el vientre fetal, sacarlo de la cortadura, boca abajo, fue más bien a causa de instinto que de premeditación: el feto salió doblado y sobrevivió, aunque lamentablemente, al mismo tiempo, entró a la orfandad. En nuestro terreno a menudo observamos la pesadez y los milagros de la existencia: me atrevo decirles que el reverso nacimiento virginal, del cual se constituye la incisión cesárea, no cabe dentro de las menores maravillas. Así pues, puede el operador afortunado hacerse a sí mismo autor tanto del parto como de la liberación humanos par excellence, algo que anteriormente ha sido reservado a la mujer.

Desde que tengo memoria me veo sentada en la biblioteca para escuchar al doctor cuando me leía sus anotaciones, y los discursos de diputado para las reuniones de la Sociedad; después siempre me sonreía con esa especie de gratitud, como si se hubiese liberado de algo que yo nunca supe qué era. Alguna que otra vez rompía a llorar súbitamente, escondiendo su ancha cara en los brazos, mojando la camisa; y supe en seguida que lo que quería era que yo estirara la mano por encima de la mesa para acariciar su enorme coronilla. *Que me perdonas*, murmuraba, *dime que me perdonas, gatita mía.*

Cuando acababan los sollozos me miraba con los ojos enrojecidos diciendo mi nombre. Las pestañas lacias por tantas lágrimas y las mejillas manchadas y rosadas como las de un niño. En tales ocasiones de nuevo me contaba la historia de mi Creación, de cómo él me había rescatado de los callejones, dándome un nombre. Solía decir que yo le recordaba algo que nunca alcanzaba a entender qué era: la memoria de un sabor en la lengua, cielos de tormenta de la infancia. El olor de madera y piel en la cama que en los veranos él compartía con sus hermanitos. Los sonidos extraños de los animales mientras se movían por el bosque en el exterior de la casona donde creció; le volvía siempre la sensación de que lo estaban llamando.

Coloqué la mano en la coronilla como quería, y le dije:

¿Cómo hacen dormir a los nenes de la ciudad, doctor Eldh? Me miró con los ojos dulcificados por el llanto y respondió:

Se los pone a dormir en la oscuridad del mundo, niña, en su espantosa frialdad.

El primer signo de enfermedad fue la ampolla derecha que descubrí después del baño del sábado.

Grietas en el cielo estival, nocturnas nubes inquietas. En la oscuridad, los árboles del parque parecían dedos quemados. Era una niña, aprendí a adormecerme con el sonido del ramaje del serbal contra mi ventana; las estaciones llegaban y pasaban. A veces me entretenía contando los chasquidos y crujidos de la casa que crecían y se acercaban en la oscuridad hasta que todos esos pequeños ruidos de Liltuna se transformaban en una especie de claridad secreta dentro de mis sueños; imágenes luminosas que luego, al despertar, nunca recordaba. En las noches que no lograba dormir me sentaba en la ventana de mi cuarto a mirar al exterior hacia las dehesas. Ahí abajo flotaban las sombras morosas de los animales sobre las colinas de hierba donde pastaban de noche, formaciones oscuras que se juntaban y se dispersaban sobre la titilante superficie grisácea.

Envuelta en la sábana me inspeccionaba frente al espejo, el sudor hacía que las trenzas gotearan sobre la espalda; el primer signo apareció justo encima de las costillas. Era una mancha rosada sobre la piel con una verruga abultándose en el centro, una pequeña ciruela pugnaba hacia afuera desde lo que antes sólo había sido un círculo liso de color carne. Ahora era más bien como una ampolla que se fermentaba y combaba la piel, como si mi propio cuerpo ya no pudiera mantenerse dentro; la verruga del centro tenía el aspecto de un mordisco. Se me había afectado solamente el lado derecho, lo cual daba una impresión distorsionada y asimétrica.

Iba así con la ampolla por un buen tiempo, mientras me seguía

vistiendo como si nada. Comía la sopa de avena de Fanny, cumplía mis tareas sin mencionar el signo de enfermedad; luego empezó todo de nuevo al otro lado, el izquierdo. Esta nueva ampolla era peor que la primera, y de ahí en adelante empecé a fajarme las dos. El mismo proceso siguió en otras partes, prominencias laterales que crecieron el doble; por las noches sentía el olor de pescado subiendo desde la pequeña herida ahí abajo entre mis piernas, esa llaga con su formación dispar y sus bolsillos de piel, que sobresalían entre las colinas ahora cubiertas por una pelusilla dispersa y suave igual que el pelaje de los cachorros recién nacidos. El olor desconocido y el cielo estival nocturno me mantenían despierta. Al final ocurrió el sangrado.

Dejé de lavarme para no rozar con el cepillo de limpieza los lugares afectados para que la herida pudiera cerrarse de nuevo y dejar de sangrar. Descubrí enrojecimientos en el cuello y en la frente y nuevas inflamaciones: me fajé, esperando que el proceso se detuviera. Tenía un olor picante del sudor rancio y de ese líquido agrio que salía de la hendidura; mis brazos estaban pálidos como si las inflamaciones les estuvieran chupando vida. Arriba en el porche Fanny me seguía con la mirada mientras yo caminaba entre los árboles del parque. Sentía la humedad brotando de las axilas y el rostro que se me encendía con cualquier emoción. Era mi cuerpo empujando hacia afuera, disparándose y saliendo de mí en cualquier ocasión: mientras jugaba al solitario sentada en el sofá al lado de Fanny, o cuando trabajaba el bordado o practicaba al piano. En las noches me deshacía de los mamelucos manchados y los tiraba a escondidas en el armario del orinal; al despertar estaba el armario siempre vacío, y la bacinilla limpia en su lugar. En la tina de la cocina donde Fanny ya me dejaba sola para el baño, fingía lavarme revolviendo el agua sin sumergirme; me mojaba el cabello y me lavaba la cara con esmero. Luego envolvía el cuerpo todavía sucio en la franela, y salía de la cocina, con los mechones húmedos sobre los hombros; afuera de la puerta me esperaba Fanny con una mirada

taladrante. Me extendía el pequeño paño de algodón que ella había doblado y aplanchado, y me lo hacía poner dentro de la ropa, entre los muslos, anudaba con firmeza los cordones a las caderas.

Me hacía yo misma las trenzas, sacaba el aire del cuerpo y me apretaba las ampollas.

Todavía no tenía el Cetro que luego recogería para dominar a la Bestia, ese monstruo con aliento Ardiente y sus siete Cabezas, ese último verano con el maestro.

Me vestía con los nuevos mamelucos que me dejaban en la cama, no tocaba la grieta abajo, con sus labios hinchados que sobresalían del edredón de pelo; obligaba al cuerpo a regresar a sus cuencos. Esperaba que el doctor Eldh volviera para curarme.

A mis nueve años el doctor Eldh empezó a entrenarme con dictados de escritura cuando venía de visita. Nos sentábamos como de costumbre en la biblioteca, el escritorio de nogal despejado a excepción del lápiz y el papel en blanco. Desde el aparador, tras sus vidrios ovalados, me miraban fijamente los retratos de sus hijas: arriba la negra pupila del reloj. Aprendí a agarrar el lápiz correctamente, aprendí la grafía, el doctor me permitía usar la pluma de acero y la tinta más fina. Sostenía la pluma con firmeza entre el índice y el pulgar, pulí mi letra imitando el estilo en arabesco del doctor, hasta que no podían distinguirse de los suyos; me volví rápida con los papeles de secar cuando los tinteros se derramaban.

El doctor Eldh disertaba siempre de memoria en nuestras sesiones, caminaba por entre los estantes medio vacíos y hablaba directo al aire, como para nadie en especial. En cuanto callaba y se hundía en los pensamientos, yo inclinaba la pluma contra la esquina y la dejaba gotear mientras esperaba y observaba su rostro: las líneas finas, la cándida expresión, las arrugas meditativas de la frente. Habría muy bien podido acercarme, mientras estaba él estaba de pie buscando las palabras, habría podido inclinar mi frente hacia su pecho enchalecado. En ciertas ocasiones me adormecía esperando, y empezaba a chapucear con la pluma y el papel secante. Una vez se me volcó el tintero sobre la superficie blanca. Entonces el doctor me miró decepcionado, y me obligó a empezar de nuevo. En el parque se alzaban los álamos, con sus ramales anormalmente altos bajo el quebradizo gris del cielo. A veces Krantz nos lanzaba una mirada desde afuera cuando pasaba con el alazán frente a la ventana, o cuando se apresuraba a mostrarle a alguno de los cocheros la cama de huéspedes en la casa de labranza; sus ojos eran extraños y

ciegos, y comprendí que el negro espejo de los vidrios de las ventanas me hacían invisible a su mirada.

Alguna que otra vez el doctor sacó del cajón del escritorio la pelvis de la escuálida, sosteniéndola a la luz vespertina para que yo pudiera examinar su arco óseo. En una ocasión incluso me permitió tocarla cuidadosamente con el índice; la superficie gris blanca estaba lavada y brillante como una piel emulsionada y muy manoseada. En el reporte a la Facultad de Salud bajo una ilustración al carboncillo había escrito lo siguiente:

El objeto muestra una pelvis de constricción general de tipo femenino, aunque sin ninguna otra anomalía en la textura. Se pueden observar las siguientes desviaciones: las paredes laterales tienen un curso más directo de lo debido y chocan en la caja pélvica bajo un ángulo inferior al caso normal, el hueso sacro muestra un desvío significativo tanto en la forma como en la ubicación. Tiene una anchura normal entre el ilíaco y el sacro, pero está aplastado por arriba y por debajo, de tal modo que su superficie frontal hace un medio círculo casi completo, en cada lado en cuyo alrededor los hoyos esquineros hacen bahías anchas y profundas que retroceden con fuerza.

De vez en cuando ocurría que me sentía desanimada en las clases, o cuando iba sola al parque, y una especie de zumbido indescriptible se aglomeraba detrás de los ojos. Me ponía los dedos sobre los párpados para que se aquietara el movimiento ahí dentro, me ensalivaba las palmas de las manos y me las pasaba por el cabello hacia la raíz de las trenzas desde los lados de la raya; Fanny siempre me hacía unas rayas increíblemente rectas. Ponía el peine en el cráneo y separaba la ondulación de un solo golpe, después el surco brillaba rojo y furioso. En ocasiones, cuando el doctor había regresado a la ciudad, Fanny se quedaba llorando en su recámara

con un sollozo peculiar que le ponía los ojos hinchados hasta el día siguiente. Nunca supe por qué. Y el doctor Eldh volvía siempre. Tan pronto como la carroza se divisaba en la carretera, Fanny me jalaba hacia ella y se me venía encima de nuevo con el trapo, o llegaba corriendo con los zapatos de charol en la mano. Luego se paraba en la escalinata, con las manos en copa sobre mis hombros; en ese momento se había puesto ya el rostro que le solía mostrar al doctor cuando llegaba, el que sonreía y entrecerraba los ojos: por debajo se escondían la resequedad y el extraño miedo de su otro rostro.

Después de darle la bienvenida el doctor me invitaba a sentarme junto al escritorio de la biblioteca para transcribir el dictado. Me volví más y más rápida, cada vez hacía mi tarea con mayor destreza. Por momentos me imaginaba las caricias de elogio del doctor Eldh mientras me esmeraba con la pluma, me las imaginaba como migajas que uno lame de una mesa después de la cena de otros. Por lo general el doctor nunca me tocaba, a excepción del aprobatorio jaloncito de trenza cuando terminaba el dictado, o la leve caricia en la coronilla al llegar. Algunas veces se chocaban nuestros dedos un instante cuando me sacaba las cositas ricas de la bolsa café. La única vez que me tocaba de verdad era durante el control anual, en presencia de Fanny, me ponía sus grandes manos encima y doblaba y apretaba mis miembros para inspeccionar mi desarrollo, me hacía cosquillas debajo del pie para controlar mis reflejos y me metía el instrumento plateado en la boca para examinar mi saliva; mientras Fanny se mantenía alerta y cerca, en caso de que yo armara lío.

De todas maneras, nunca puse problema, me quedaba quieta encaramada en la mesa de trabajo y me dejaba inspeccionar. Las manos del doctor eran tibias, casi inhumanamente secas. Yo abría la boca hacia el instrumento, me levantaba la falda y me arremangaba los mamelucos hasta el muslo para que él pudiera golpearme en las rótulas con el martillito de madera amarilla.

Primero tuve las pelinegras, luego a Bédan.

Tengo todavía su imagen yendo en la tartana, allá lejos en la cumbre, el día después de que fuéramos recogidas en el lago cuando se la llevaron de Liltuna: se dio la vuelta para el último adiós. El blanco óvalo de su rostro dentro del manto fuertemente anudado, y el carruaje remontando la cima hasta desaparecer.

Luego de que me privaron de las pelinegras, solía sentarme encima de la carretilla que estaba volteada contra la pared en el patio. Me ponía una brizna de hierba en la boca y observaba a Krantz y a Fanny cuidando los animales. En realidad, no era tarea de ella, pero después de que se llevaran las pelinegras y todavía esperábamos las nuevas, no había nadie más en casa para ayudarle a Krantz con el ordeño. A veces me despertaba al despuntar el alba con sus movimientos en el patio, y bajaba corriendo con el abrigo de piel de carnero echado sobre la túnica, para ver. Fanny me dejaba mirar mientras ella entrelazaba las manos en torno a las grandes tetas manchadas, y jalaba. El sonido de orinar cuando la leche chocaba con el esmalte. Las vacas tenían siempre las ubres a punto de estallar y bramaban en los establos cuando entrábamos, pero Fanny no se afanaba por ellas. Krantz me ofrecía una tacita de madera que había metido en el cubo lleno de leche y vapor, y me hacía beber. El líquido amarillo y caliente se posaba contra el paladar con una capa resbalosa.

Sentada en la carreta con la brizna de hierba, escurridiza por los restos de leche de la boca, me adormecía de nuevo y Krantz y Fanny iban y venían por el establo. Eso fue antes de que Hulda y Gustava llegaran a Liltuna y empezaran a ayudar a Krantz con las vacas

mientras Fanny descansaba. Entonces ya no me permitieron volver allí en la madrugada, pero aún así, algunas veces corría escaleras abajo en mi abrigo hasta el primer piso; ahí estaba Fanny siempre al final de la escalera y me dirigía esa mirada que me obligaba a subir de nuevo. Desde la cama oía a Krantz, Hulda y Gustava, sus pasos crujiendo en la nieve, la voz baja gorjeante de Hulda, ese exasperante canto de pájaro que no paraba antes de que la puerta del patio se cerrara. Pensaba en las pelinegras, en sus cantigas, su pelo trenzado como culebra y sus manos alrededor de mi nuca allá por el lago. En la leñera de la cocina mordisqueaba los bordes de pan viejo en el desayuno, con mis ojos clavados en el ajetreo de Hulda y Gustava, cuchicheaban sin parar cuando movían el caldero o sacaban los huevos de la canasta, y las pequeñas plumas de pollo se pegaban en sus delantales; pero en cuanto Fanny aparecía en la puerta con la caña chasqueando del cinturón, guardaban silencio.

Hulda siempre acostumbraba a susurrar al oído de Gustava, contándole sus pequeñas historias tontas con esa boca ancha y roja, un cotorreo que siempre le encendía la cara a Gustava bajo la capucha, por cierto picada de viruelas, pero Hulda no le hacía caso, sino que seguía trinando y jugueteando con esa voz de pajarito, abriendo y cerrando su inmensa boca con todos sus secretos.

Eso fue antes de que yo empezara a aplanarme las ampollas para que se devolvieran a sus cuencos, y a deambular sin plan a hurtadillas por el terreno; fue allá afuera, en el parque, donde las descubrí, por accidente. Las habían mandado a recoger frambuesas para la mermelada, creían que nadie las veía y esa vez no me hice notar, sino que me senté en cuclillas, escondida detrás del seto, dejándolas hacer lo que hacían en su imaginada soledad. Hulda, rodeada de frambuesos, se comportaba como de costumbre, con el cotorreo de siempre al oído de Gustava que, a su vez, se enrojecía de nuevo debajo de la capucha. Entonces, súbitamente, paró de hablar, y miró fijamente a Gustava con esa sonrisa ancha dibujada en el rostro, y le tomó las manos, y las apretó contra su propio

cuerpo. En ese momento Gustava exhaló un gemidito, y se puso en seguida a manosear torpemente las carnes de Hulda, esas carnes dulces que se hinchaban debajo de su ropa, todo mientras Hulda reiniciaba aquel gorjeo de pajarito. Y se pavoneaba, y soltaba su caliente aliento sobre el cuello de Gustava, que a su turno seguía palpando y manoseando, dejándose llevar y seducir por Hulda. Y de repente Hulda se había desabotonado la blusa, mostrándole a Gustava esos dos botones de carne que tenía, temblorosos a la luz del sol que se filtraba a través del follaje: no se parecían nada a las ampollas que yo fajaba por las noches; sobre la piel blanca invernal de Hulda se apilaban unos círculos de un color rojo fresa suave, y en medio de ellos estaban las puntitas tiesas, levemente más oscuras. Gustava gimió, con las manos en el talle de Hulda, y se tambaleó como si hubiera bebido el vino de grosellas negras que guardaba en el armario el doctor, o como si caminara dormida. Pero aún así se mantuvo Hulda en la misma posición, con sus botones a la luz, ofrecidos a Gustava, y le hablaba y la atraía con la voz, tomándola del rostro con las manos, y lo apretó contra su propia piel desnuda que se entreveía en la rendija de la blusa abierta. Y mientras ese gorjeo de pajarito que no paraba, a la vez que sonreía estúpidamente con aquel pedazo de boca que tenía, provocándola y dejándose frotar los botones. Y de golpe se subió la falda hasta el estómago, y se dejó manosear ahí abajo, por Gustava, que volvió a gemir, salivando y cayéndose de rodillas entre los frambuesos: y con sus dedos sonámbulos toqueteaba a lo largo de los pliegues y orificios de Hulda. La herida rosada le brillaba entre las piernas como una rebanada de cerdo crudo, arrojada entre montículos de cabello castaño. Sólo entonces detuvo el gorjeo, y se quedó en silencio un rato con los ojos cerrados, dejando caer la cabeza hacia atrás contra el tronco del árbol, y lo único que se oía era el gemido de Gustava, más el leve chapoteo de la humedad de las manos sobando la hendidura. Y así seguían, hasta que Hulda, súbitamente y sin avisar, abrió los ojos de nuevo mientras le entraba una especie de temblor,

y por algunos segundos dejaba vagar la mirada de un modo extraño entre los árboles; sólo para luego, al instante, bajarse la falda ante la cara de Gustava. Después de lo cual se apartó, y cerró la blusa, abotonándose hasta el cuello.

Al levantar el cubo de frambuesas, que se había volteado en la tierra, mostró de nuevo esa sonrisita de pajarraco, antes de desaparecer entre las malezas.

Gustava se quedó sentada en la tierra, como desconcertada, todavía con la cara y las manos relucientes por la humedad de la hendidura de Hulda. Ya no gemía. Se quitó la capucha, las trenzas en la nuca estaban en desorden, y se limpió la humedad con la tela tan fuerte que la cara se puso fea y jaspeada. Entonces me incorporé allí donde me había quedado detrás del ciruelo, y me alejé. Manchas de sol que se disparaban por los ramales flotaban y temblaban sobre mis vestidos.

En la tarde reposando en mi recámara escuchaba la lechuza; y dormí con la faja apretada y la boca abierta a la oscuridad, llenándola con la imagen que guardaba de los botones rojos. En el sueño eran salados y agradables, taimadamente blandos, como viejas frutas deterioradas. Desperté al amanecer por el ruido de los pasos abajo sobre la grava del patio; se armaba el gorjeo un ratito, antes de que la puerta del establo se cerrara.

Lo primero que conocí del mundo fue Liltuna, y Liltuna era del doctor Eldh. Él venía y luego regresaba donde sus hijas en la ciudad, pero siempre estaba de vuelta después de algunas semanas. Sólo una vez se demoró más tiempo del acostumbrado. Fue cuando hizo un largo viaje al continente. Partió antecitos del verano y no volvió sino cuando ya la nieve remolineaba sobre Liltuna. Entonces no regresó solo, sino que trajo al maestro en la carroza. El hombre estaba desfallecido, lo tenían que sostener de ambos lados al sacarlo del compartimento del carruaje trineo esa tarde invernal, el sobretodo lo tenía manchado con grandes copos de nieve.

La esforzada luz diurna de enero. Un zorro extraviado que se resbaló con la escarcha nocturna del patio.

Antes de partir, el doctor había venido una última vez para despedirse, y darme clase. Era principios de junio. Llegaba con un estado de ánimo hilarante y las patillas pulidas; la melena aceitada y peinada lo hacía ver como un león reluciente en camino hacia los campos. Se sentó en la biblioteca con el pecho falso por encima del chaleco como un babero, con los cofres abiertos alrededor. Durante la clase se veía distraído, pero de cuando en cuando sacaba dulces para mí, como para compensar. Empacó cuidadosamente los documentos y el tintero en sus compartimentos y estuches en la tapa del cofre, me explicó que pensaba estar lejos hasta antes de Navidad. El próximo día se fue. No vendría de vuelta hasta después del Año Nuevo.

El oblicuo sol del verano chisporroteaba entre los ramales del olmedo.

Julio pasó, agosto. En ausencia del doctor corría descalza por el

parque, me acostaba boca abajo en las escalas de la cocina destripando hormigas con la uña del pulgar.

A menudo me sentaba junto al seto que crecía alrededor de Liltuna, jugaba con los soldados de plomo y la princesa de porcelana que me había regalado el doctor, construía castillos con piñones y ramitas. Comía acedera y masticaba raíces de regaliz del bosque, pintaba letras y animales en mis muslos y brazos con las yemas de los dedos untados de lodo. A veces escuchaba las carretas que pasaban afuera, tan cerca pasaban que algunas veces podía percibir la raspadura de los cabestros contra la mordedura de los animales de tiro. Voces y chillidos de niños.

Dejaba correr los dedos sobre el espeso follaje de los espinos sin avisar mi presencia al otro lado del seto; regresaba siempre a la casa antes del anochecer. Los prolongados crepúsculos que envolvían a Liltuna estaban manchados de nubes.

Podía ocurrir, después de ir a la cama, cuando la oscuridad se espesaba y Fanny se había ido a su dormitorio, que reapareciera la imagen de la tijera, y la oscuridad se convertía nuevamente en un terciopelo oscuro que se podía cortar en extrañas criaturas. Y las criaturas cortadas por mi propia mano surgían de las sombras, zumbando alrededor mío con sus tiras o dedos, y lo único que me ayudaba era repetir lo mejor que podía las historias sobre Jesucristo que me había contado Fanny. Las criaturas se movían mudas a mi alrededor, callaban igual que la oscuridad de la cual venían, con sus extraños rostros sin bocas y ojos: parecían querer algo que nunca supe qué era, aunque había sido yo misma quien los había sacado de la oscuridad, como muñecos de cartón. En la cama repetía las palabras sobre el rugido de las trompetas, y la Vara del Ungido que combatiría la Bestia, entonces se suavizaban un poco las criaturas y conseguía dormirme. Pero en el adormecimiento llegaban sueños, al comienzo luminosos, ligeros, y surgía un lago como aquel donde nos habíamos bañado en verano en aquellos tiempos, días de calor. Y me venía la imagen de las pelinegras, que súbitamente aparecían en la

otra orilla del lago, levantando las manos como saludando o tranquilizándome, o para indicarme que, si sólo me atreviera atravesar esa agua café, ellas me esperarían. Pero entonces la imagen cambiaba, y ya no distinguía si soñaba o estaba despierta, y el lago se transformaba, y ardía y crujía, y se levantaba de sus orillas como lava, como un fuego líquido. Y comprendí que me habían tentado, que me habían llevado a una trampa, y que el monstruo que tenía que ser conducido al lago ardiente ése era yo. Y luego la cabeza me repiqueteaba, y abría los ojos, y luchaba por salir de esa duermevela que no era ni sueño ni vigilia; y el olor de la papilla del desayuno de Fanny penetraba el tinglado desde la cocina abajo.

Pasó agosto.

Llegó septiembre.

Los otoños en Liltuna siempre arrastraban consigo el olor de tejos muertos y frutas caídas. Andaba descalza sobre las agujillas de los abetos, no me volví a meter en los zapatos después de haber corrido y caminado sin ellos durante todo el verano, dejaba que las hormigas subieran por mis pantorrillas. Esperaba al doctor Eldh, que regresara para liberarme. Recibí una carta suya con sello del continente:

5 de octubre

¡Corazón!

Llegamos al hospital de la rue Jacob en el tibio anochecer, don de Dr. Beaufeu nos dio la bienvenida con brazos abiertos, des pués de lo cual nos llevaron al teatro de operaciones de la Escuela de Ginecología a la que tantas almas adoloridas actualmente se dirigen para poner sus vidas en manos del honorable cirujano, buscando remedio para todo tipo de enfermeda des relacionadas con el sistema sexual femenino: la mast urbación, la ninfomanía, la

ovaritis, la retroflexión del útero, etcétera. Sufrimientos tan frecuentes aquí como en el continente y que, de modo notable, aquí parecen haber sido librados de todos sus secretos. Muchas son las personas que en estos tiempos buscan curación en los hospitales modernos, donde tienen la oportunidad de confiar en las tijeras y los escalpelos, las sondas, los anillos, los espejos y las clavijas de doctores prominentes. Con tales herramientas no sólo serán objetos de exámenes, quemaduras, corrosiones e incisiones, sino también sus quistes, ovarios y tumores serán extirpados. A las ocho de la tarde se levantó el telón del teatro de operaciones, mostrando a una nerviosa joven sollozante con una intermitente respiración, la cual permitía al Dr. Beaufeu penetrarla con la mano hasta el fondo del cuerpo sin ninguna resistencia: después de este examen meticuloso fue anestesiada. Luego, desde los mejores asientos de la sala, contemplamos en directo la más excelente incisión de ovario nunca vista por ninguno de nuestro grupo.

Por las mañanas me despierto con el ruido de los niños jugando fuera del hotel, disfruto del té en el balconcito debajo del cual una rica vida callejera campea, carruajes apresurados, los negocios incesantes de las boutiques, y los caballeros y las señoritas desayunando afuera de las pequeñas pastelerías. Los árboles de este lugar son hermosos e insólitos, extienden sus ramas cada vez mas cerca del cielo en tanto que sus follajes susurran a la brisa. Las manchas de sol sobre la pared de arriba de mi cama me hacen pensar en mi hábil gatita allá en Liltuna. Bien: ¿como le está yendo? Espero que sea una buena muchacha con Fanny y los demás.

Saludos afectuosos, Dr. E.

El cielo era liviano y amarillo, irreal. Yerba de invierno. El sol me quemaba el dorso de las manos mientras jugaba en el parque. De nuevo nevazón. Cielos que crecían y se diluían como leche aguada.

En las clases con el doctor siempre llevaba vestidos blancos o marineros; después de las sesiones subía a mi recámara, y para la noche me cambiaba las sencillas indumentarias por variantes más lujosas que el doctor me compraba a la medida en las ciudades que visitaba. Una vez vestida, bajaba y me sentaba en el taburete delante del piano de mesa, y allí esperaba a que el doctor y Fanny se acomodaran bien en el sofá del salón azul a mis espaldas. Buscaba el punto firme en el pequeño orificio del centro del cuadrado descolorido en la pared arriba del piano, allí donde una vez quedaba uno de los cuadros del dueño anterior, hacía la corta pausa de introducción con los dedos descansando levemente sobre el teclado, y luego tocaba. Desde el vientre del instrumento me alcanzaban los ásperos ruidos de la invisible mecánica interior, la tensión de las cuerdas, el chirrido de las cajas de resonancia. El piano era viejo, atrofiado por la humedad debido a la negligencia del dueño anterior. A veces los tonos sonaban tan inseguros y discordantes que el doctor se incorporaba del sofá, venía hasta mí y ponía su mano sobre mis dedos para impedirme continuar. En la siguiente visita traía consigo el afinador desde la ciudad.

A diferencia de los cocheros, el afinador era siempre el mismo, y siempre llevaba un abrigo azul oscuro. Podía escucharlo probando tonos a través de la casa hasta dentro de mi recámara: ora impacientes, ora meditativos. Me lo imaginaba arrastrando el dedo a lo largo de los clavos de afinación y las grietas de las teclas o las almohadillas de fieltro debajo de los pequeños martillos, luego oía el

tintineo del juego de porcelana que los dueños anteriores habían dejado en Liltuna, cuando concluido el trabajo, el afinador tomaba té de sauco en el salón, junto al doctor Eldh.

Cuando el afinador nos había visitado en Liltuna con la suficiente frecuencia como para merecer confianza, también yo fui invitada al té y el doctor me pidió tocar alguna melodía alegre. Tocaba marchas o cancioncillas o sonatas, a veces se sentaba el doctor a mi lado y tocábamos a cuatro manos. Cuando me daba la vuelta el afinador aplaudía desde el sofá, tenía unas manos pequeñas y nudosas con bordes de suciedad en las uñas y unos ojos que refulgían como si contemplara un animal exótico. Siempre me miraba del mismo modo cuando venía de visita, a veces el doctor le concedía que me tomara la mano en la despedida cuando la carroza esperaba en frente, y me permití hacer una profunda y larga reverencia. Noté que al doctor no le gustaba cuando el afinador se quedaba mirándome con fijeza durante las sesiones de piano, entonces me hacía subir a mi cuarto y no me permitía despedirme en la escalinata. La siguiente ocasión de su visita tardó bastante. Pero cuando el piano traqueteaba y los tonos se volvieron oscilantes, el doctor trajo finalmente al afinador de nuevo.

El afinador venía a veces con pequeños regalos, una cajita azul con un collar de perlas falsas, un pequeño perro mecánico con un traje de suave flequillo de piel que se podía girar con una llavecita y hacer andar algunos pasos sobre la mesa antes de que cayera al piso de espaldas en el tapete del salón. Ahí se quedaba un momento, tanteando en el aire como una arañita gris indefensa, después de lo cual el afinador lo volvía a recoger con sus nudosos dedos y le daba cuerda de nuevo. A veces ocurrían cosas indefinibles entre el hombrecito en su abrigo azul oscuro y el doctor, nubes transparentes que se balanceaban y se movían en el aire entre ellos.

Pero al final el afinador siempre era perdonado por lo que fuera que hubiese enojado al doctor, y pronto llegaba la carroza de nuevo y él se apeaba en el patio con el pequeño cofre blanco donde

guardaba los instrumentos de afinación. Dependiendo del estado de ánimo del doctor podía sentarme al piano y tocaba con el afinador sentado en el sofá detrás de mí, sino es que me enviaba el doctor de nuevo a mi recámara, o me indicaba que fuera con él a la biblioteca y que cerrara la puerta mientras el afinador estuviera. Entonces ajustaba la pluma de acero negra entre los los dedos de una de mis manos y agarraba el papel secante con la otra, y de ahí en adelante el doctor Eldh empezaba el dictado.

Fue Fanny quien me enseñó piano. Decía que en una vida anterior fue poseedora del talento musical, eso aparte revelaba poco de lo que había hecho o lo que había sido antes de convertirse en el ama de Liltuna y aceptar la responsabilidad de mi crianza. Lo que más hacía era tocar salmos e himnos mientras yo seguía sus dedos sobre el instrumento del modo en que se escucha el impredecible trino del cucú en primavera. A veces ella iba con Krantz a la ciudad temprano en la mañana para comprarme cuadernos de notas, asegurándose en tales ocasiones de que Hulda y Gustava me vigilaran. Cuando Fanny no estaba, tomaron la costumbre de atarme con la cuerda y luego se sentaban a importunarme para que jugara al pony en la parte de atrás, debajo de los tilos. Para acabar con su incordio daba una vuelta por entre los troncos a cambio de alguna cosa valiosa: una horquilla para el cabello o una concha o alguna otra fruslería de las que guardaban en los abultados paquetes con los cuales habían llegado de la ciudad o de esos pueblos allá que yo no conocía. Entonces Hulda se reía con su ancha cara luminosa y Gustava le hacía eco. Cuando terminaba de correr me sentaba apoyando la espalda contra el más alejado de los tilos, con el lazo todavía tenso en torno a mi cintura, para dedicarme al objeto de cambio. Permanecían sentadas en las escalinatas de la cocina y pelaban rábanos o iban a recoger pollos de engorde, dejando la cuerda envuelta en un gancho de la pared, aunque ellas ya sabían que

jamás me escapaba. A veces pasaban el tiempo jugando con la gata cuando se ponía en celo, e iba por ahí acariciándose contra los nudos del patio. Una vez la agarraron de las patas traseras con los guantes de invierno de Krantz, la gata se sacudía y arañaba y aullaba hasta que se juntaron los gatos salvajes y se pusieron a llamarla en el lindero del bosque, entonces ellas la soltaron. Luego se oían durante horas los aullidos de la gata en todo el bosque mientras que los gatos salvajes se la turnaban ahí dentro bajo los árboles.

También podía ocurrir que Hulda y Gustava se aburrieran sentadas en las escalinatas de la cocina cuando me vigilaban, hasta que se adormecían. En esas ocasiones habría podido perfectamente desamarrarme e ir directo al parque y por la pradera y al cerco más allá de Liltuna. Pero en vez de eso me quedaba sentada recostada contra el tallo del tilo mientras ellas dormitaban, me raspaba el borde de las uñas con la horquilla, o acercaba la concha contra mi oído: nunca me desamarraba.

Cuando la carreta regresaba en el crepúsculo, si Fanny había tenido éxito en la ciudad, traía consigo el cuaderno de notas que había comprado barato en algún lugar, y los días siguientes nos dedicábamos a practicar al piano. Afuera se encorvaban los árboles del parque con el peso de las frutas que Krantz no alcanzaba a recolectar. Fanny instaló el sillón del salón junto al taburete, ponía las manos sobre el teclado haciendo esa pequeña pausa y luego dejaba correr los dedos con una expresión ensimismada mientras que la música se liberaba del instrumento. Cuando era mi turno y no lograba concentrarme en la lectura de las notas, ella golpeaba impacientemente con los nudos la tapa levantada. Entonces dejaba que las yemas de mis dedos tocaran la agrietada superficie de las teclas y escuchaba el toqueteo o los suspiros y zumbidos de Fanny cada vez que hacía un error o un golpe de tono, y corregía los énfasis y la velocidad con sus reacciones. A veces fingía que había leído mal y volvía a empezar. Entonces ella de nuevo ponía los nudos

en la tapa y se inclinaba, de vez en cuando estaba tan cerca que podía sentir su áspero aliento del tabaco de mascar contra mi cuello y la indefinida fragancia de su piel. Cada vez que me perdía o que no podía mantener el tono, me castigaba con algunos golpecitos sobre los dedos con el cuaderno de notas, después de lo cual yo siempre tocaba con una claridad bendita. Por los chasquidos satisfechos de Fanny a mi lado, percibía a través de los tonos como degustaba la elevación de la música.

El doctor Eldh me tomó a su cuidado, me mantuvo en Liltuna como se guarda una perla, quizás me mantuvo allí simplemente porque podía. Me visitaba con frecuencia para llevarme en el carruaje por los alrededores a respirar el aire fresco, para garantizar que no me quedara ignorante sobre los países, los árboles y los nombres de las constelaciones, las bellas letras y el arte del cálculo; me visitaba para que le acariciara la cabeza cuando lloraba. Finales del verano que iba convirtiéndose en otoño. La clara luz de septiembre que llenaba los pulmones, el olor de pinos. Los tordos que se arremolinaban en el serbal delante de mi ventana. Desde mi cama, por las noches, escuchaba a Fanny atareada ahí abajo en la recámara antes de irse a dormir, el sordo murmullo de sus oraciones nocturnas subía por la casa. Estrías de frío acercándose. En el lindero del bosque llamaban los zorros y al amanecer brotaban los primeros rayos del sol en mi cuarto. Los juguetes ya estaban cubiertos y yo le había dado vuelta al armario de los muñecos contra la pared. Practicaba la escritura rápida en el pupitre, jugaba a la rayuela en el patio trasero, aunque ya era demasiado grande para ello. Krantz se movía entre los chopos con la cortadora, o andaba a lo largo de los surcos, sacudiendo la tierra de las papas.

El alazán envejeció, compraron la yegua para la carreta nueva.

Me gustaba acostarme de espaldas encima del techo del cenador, esperaba las lluvias; lo que más miedo me daba eran los cielos vacíos, sin nubes. Me gustaba contar los cúmulus de neblina que pasaban flotando, volviendo jirones al azul infinito, me gustaban las lluvias; siempre permití que azotara mis vestidos, dejando la humedad penetrarme la ropa hasta la piel. A veces subía el humo desde las fogatas que Krantz hacía para ahuyentar los enjambres de

mosquitos alrededor de las vacas, grises columnas que se elevaban al cielo antes de disolverse y desaparecer. Me sentaba en la verja pintada de rojo mirando hacia las dehesas cuando por las noches Krantz encerraba los animales en el establo, y seguía con la mirada el humo subiendo hacia la nada.

A principios de otoño me dejaban ir al bosque con Krantz, Hulda y Gustava a recoger musgo para el ganado y dejarlo en pacas para el alimento de invierno de los animales; el mejor heno lo guardábamos para los toros jóvenes que Krantz traía de granjas lejanas para la monta de las vacas, a finales de primavera. Él me llevaba de la cuerda cuando cruzábamos los mojones, los hormigueros y los troncos caídos del bosque. Me había dado instrucciones de que me volviera a esconder entre los árboles en caso de que nos topáramos con alguien en el camino. Luego, ya entrando el invierno, Krantz me dejaba sentar en el banco del establo para que viera a Hulda y Gustava darles el musgo hervido a las vacas, lo habían mezclado con hojas y boñiga, no le dábamos nada del musgo a los corderos o los cerdos. Diciembre era una luz gris tenue a lo largo de los prados del horizonte. Krantz sentado a mi lado en el banco, vestido con un grueso abrigo de invierno que había forrado de heno por el frío, ocupado en untar de mantequilla de cabra los cabestros mientras las vacas devoraban su forraje. Después me miraba medio dormido a través del vapor de nuestros alientos, mis labios estaban tiesos de frío y Krantz se deshacía del abrigo para envolverme con él.

Krantz nunca me permitió estar en las montas de primavera, sino que siempre me encerraban con llave en mi cuarto. El año de mi décimo cumpleaños, al acercarse el tiempo de monta, Gustava durante la cena nos contó que uno de los niños jornaleros, en la hacienda donde ella había servido antes, había sido clavado a la pared del establo por un toro joven que se había soltado. Durante un buen rato ni los padres del muchacho, ni el dueño de la hacienda,

se habían atrevido a acercarse porque el toro embestía y destrozaba todo lo que alcanzaba. Así que nadie había podido contener el toro, que pisoteó y caminó encima del muchachito durante horas como si fuera un trapo, y lo arrastró por el piso del patio hasta que se le salieron los intestinos del estómago. Y nadie podía fijar al toro en el punto de mira del rifle, hasta que alguien por fin lo consiguió. Pero entonces ya el niño estaba casi partido en dos, muerto desde hacía horas.

Así que me encerraban bajo llave, y me sentaba a la ventana de mi habitación, observando el puntito allá lejos en la carretera que se hacía cada vez más grande hasta que se dividía en tres: el granjero vecino, Krantz, y el toro.

Lo que más miedo me daban eran los cielos despejados. Sentada en mi vestido marinero a la mesa de nogal, transcribía lo que el doctor Eldh me dictaba:

Recuerdos y notas del servicio: cuando recién graduado de médico estuve emplazado un tiempo en Malmö, me cayó por casualidad un caso memorable. Una mujer se había caído de un pony blanco en uno de los parques de diversión de la ciudad; mientras estaba montada al caballo de repente ladró un perro suelto, y el pony se desbocó. La mujer entonces cayó bruscamente del asustado animal y aterrizó con todo el peso de su cuerpo, que no era poco, directamente sobre la pelvis. La examiné más tarde en su casa, donde las sirvientas y un esposo afectado la habían acostado en una cama con edredones blandos. La paciente se quejaba de dolor en la zona lumbar, la pelvis y en el recto, y de inmediato comprendí de qué podría tratarse (aunque en aquella época, si había algo que detestaba, era examinar los órganos femeninos). Me armé de valor y palpé el abdomen y la zona lumbar, después de lo cual logré determinar la retroflexión del útero debido a la

desafortunada caída. Recordé entonces un consejo que recibí siendo estudiante de medicina de un mentor mayor, con respecto al útero dislocado: había que colocar a la paciente sobre los codos y las rodillas y luego introducir un dedo en el recto y otro en la vagina, y luego, con toda la fuerza, repetidamente empujar hacia arriba y hacia abajo - «¡si esta acción no hace que todo encaje en su lugar no habrá ninguna otra cosa que lo logre!», me había dicho el mentor. Le pedí a la mujer que tomara esa posición, inserté los dedos uno y dos en sus cavidades. Inmediatamente pude sentir el útero y comencé a apretar: y de repente nada se sentía dentro, sólo un vacío, como si estuviera metiendo los dedos en una chistera interminable, tanto sin paredes como sin fondo. Entonces la mujer me miró por encima del hombro y exclamó: «¡Querido doctor, estoy liberada!». Al sacar mi mano de ella hubo una poderosa explosión, de la cual la mujer se disculpó varias veces, en particular porque el suceso aéreo no provenía del recto sino del otro lugar. La comprensión me resultó asombrosa de cómo una presión de aire puede penetrar al cuerpo femenino y forzar a un órgano entero alterado fuera de posición. Me daba la sensación de que ese cuerpo era un gran instrumento en el que mis dedos pudieran moverse en una u otra dirección hasta que una música sorprendente saliera de sus fuelles. En el camino de regreso a mi residencia oficial, brillaba una verdosa luz helada sobre los edificios de la ciudad. Había logrado superar mi miedo juvenil a los órganos genitales femeninos.

Cielos plateados. La noche anterior a la monta acompañé a Krantz, Hulda y Gustava hasta el establo para verlos entrar en las cabinas y hacer cruces de brea sobre el lomo de las vacas, para que el toro no fuera demasiado bestia con ellas. La brea hacía que las vacas olieran menos y que el toro estuviera menos impaciente. Krantz tenía un

contrato con varias de las haciendas alrededor de Liltuna, los toros que le prestaban eran jóvenes, nacidos en primavera y bien alimentados por los campesinos durante todo el invierno para que pudieran montar de manera satisfactoria; en otoño ya eran sacrificados y acostumbábamos a comprar la carne que quedaba para las fiestas navideñas. Un año me dieron un pedazo de oreja de uno de los toros de monta para jugar, la oreja era castaña clara y lisa como de becerro. La puse en la caja de rubí rosa entre los piñones que había recogido en el parque. Si las vacas del doctor Eldh procreaban terneros, se vendían siempre a alguna granja vecina. Krantz no quería cuidar ninguna bestia, solía decir, además de todo lo otro que debía cuidar en Liltuna. Los cachorros eran recogidos pronto después de nacer, y se transportaban en carretas donde vacilaban con sus patas inestables sobre el suelo tembloroso del vagón: cuando le habían quitado su ternero, la vaca, parada junto a la verja, lo llamaba durante días. Ocurría también que las vacas se volvían complicadas al dar a luz, especialmente si se trataba de novillas. No se quedaban ahí adentro para parir, sino que se separaban de los otros y parían en soledad, y luego se volvían ariscas y salvajes y nadie podía acercárseles, mantenían apartado al recién nacido lejos de Krantz, quien tenía que hacerles la pelotilla un buen tiempo en el corral para poder atrapar al ternero; al final siempre conseguía engañar a la desobediente, y le quitaba el ternerito. Después durante días la vaca trotaba por el campo buscando y llamando a su crío.

Los toros de monta que traía Krantz de las granjas al llegar la temporada eran casi sin excepción la progenie de vacas distintas a la nuestras, rojos por completo o con calcetines y cabezas blancas, a veces tenían manchas negras y fuerte cornamenta, esos eran los más complicados para la monta.

Me instalaba junto a la ventana de mi cuarto, ya tenía diez años,

seguía con la mirada el carruaje allí lejos por la carretera. Krantz y el granjero habían colgado y atado un pedazo de tronco de abedul al cuello del toro para que el animal no se obstinara, me alcanzaba el sordo sonido de las patas delanteras al tropezar con el troncón, donde estaba sentada en la ventana detrás de la cortina de encaje de Fanny. El cielo era azul, sin nubes, una titilante infinitud, observaba los hombros tensos de Krantz cuando entraba al patio detrás del granjero y el toro de monta.

Gustava se veía pálida ahí abajo junto a la verja. Si se notaba en el granjero el más leve comportamiento inadecuado, si echaba una innecesaria mirada hacia las ventanas de Liltuna, no volvíamos a utilizar la misma granja al año siguiente. Todo lo que ocurría en Liltuna era debidamente informado al doctor Eldh por Fanny, que durante la monta se paraba en la colina del patio con el tabaco en la boca, inspeccionando el espectáculo. Este año el campesino se supo comportar, y no fue reemplazado. El toro a su vez no paró de causar problemas con el troncón que le habían puesto para amortiguarlo, hasta el momento que Krantz y el granjero lo desataron, poniéndose luego a salvo para dejar que el toro entrara en la dehesa. Junto a la pared de la casona caminaba Gustava dando vueltas ansiosas, con el rostro pálido debajo de la sucia capucha y sólo cuando ya habían soltado al toro y la verja se cerró, estaba suficientemente calmada para entrar de nuevo a la casa. Allí en el piso de abajo la escuché andar pesadamente hasta el cuarto de servicio, donde la esperaba Hulda para consolarla mientras lloriqueaba. Después subieron las escaleras y entraron en mi cuarto, cerraron la puerta y se sentaron a mi lado, yo tenía una mejor vista a la dehesa donde ocurriría la monta. En tales ocasiones siempre se ponían amables y complacientes, me traían huevos cocidos y mantequilla, todo para convencerme de que les diera un lugar con vista, y nos quedábamos observando al toro que entonces andaba entre las vacas. Y Hulda me apretaba contra su pecho, y suspiraba de pavor ante el avance del toro, contra mi espalda podía sentir sus frambuesas y el aliento

cálido con olor a leche agria y caldo de pescado, y los ojos de Gustava me fulminaban debajo de la capucha, mirándome desde la orilla de mi cama donde estaba. El toro caminaba feroz de un lado a otro en la dehesa, al comienzo, así como indolente o confundido, después se volvía insistente. Krantz y el granjero iban a lo largo de la valla de la dehesa, inspeccionando cómo marchaba la cosa ahí dentro. Siempre era la vaca de lomo más embreado la que el toro montaba más duro. Pero aún así, al año siguiente Krantz les haría la cruz de brea en el lomo para que el toro fuera más clemente con ellas. Y cada año sin embargo arrasaba el toro con fuerza, apretando los traseros embreados de las vacas con sus piernas delanteras, deslizándose sobre sus nudosas columnas, dejando caer de su estuche entre sus patas traseras el delgado músculo como un resbaloso cuchillo de carne, haciendo que las vacas mugieran allí debajo en la dehesa hasta entrada la noche. Lo mismo ocurrió también este año. Y Krantz llevó al granjero de vuelta en el carruaje a su granja, para que el toro pudiera hacer lo que había venido a hacer; nunca se invitaba al granjero a pasar la noche en Liltuna. Yo comía huevos con las manos engrasadas de mantequilla junto a Hulda y Gustava, y la tarde palidecía; en cuanto veían a Fanny volver a casa después de la inspección de la monta, ellas se lanzaron escaleras abajo. Y en la cena esa noche nos contaba Gustava otra vez la historia del muchachito que fue partido allá en la hacienda donde una vez le tocó servir, de cómo fue clavado el niño contra la pared del establo, y arrastrado de un lado a otro mientras los intestinos se le salían del estómago.

La dehesa se quedaba en silencio esa noche y el aire era tenso como antes de una tormenta. Me adormecía con el olor picante de la brea en la nariz, y no despertaba hasta que el sol estaba en lo alto. Para entonces el toro ya había sido atrapado de nuevo, y Krantz le había vuelto a poner el troncón de abedul para devolver al animal a la otra granja, y para las fiestas navideñas me darían otra vez el pedazo de oreja café de ternero. Sabor de huevos con mantequilla

en las paredes de la boca. Al sol del amanecer centelleaban las gotas del rocío de la yerba cuando las vacas se levantaban después de la larga noche con el toro. Ese invierno llegó el maestro Valdemar a Liltuna.

Habríamos podido ir más lejos, Bédan y yo, aquella noche de verano. Habríamos podido sobrevivir de hierba y coníferas, dormido entre las piedras, en hoyos que habríamos cavado debajo de los abetos, como los animales.

Entonces yo ya era la Fajada, fue la larga noche de La Escuálida. Y luego amaneció sobre el lago, y apareció Krantz entre los árboles, para llevarnos de vuelta.

En el banco de abajo, junto al porche, estaban Hulda y Gustava pelando papas ese día, observándonos llegar. Del dobladillo de la falda de Bédan goteaba agua, desde donde colgaba como un saco al borde de la carreta. Tan pronto llegamos a la casa sentí que las piernas se hicieron blandas, y me caí.

Entonces Krantz me cargó y me llevó escaleras arriba mientras Fanny nos seguía con la sábana de lino apretada contra el pecho.

Me acostaron, me dieron la sopa de avena, me liberaron del Cetro y de los pantalones de sayal, cerré los ojos mientras me lavaban el rostro y me quitaban el barro y me desfajaban. Me vistieron con un camisón de lino y los mamelucos. Moscas septembrinas moribundas entre los cristales, mis rodillas rozando la aspereza de la manta. Y luego: Bédan desaparecida, llevada lejos de Liltuna en el carruaje. Óvalo blanco.

En las mañanas, todavía en la cama medio dormida con la cara hacia la pared, escuchaba a Gustava cuando iba a vaciar la bacinica de mi cuarto; una vez se quedó quieta respirando a mis espaldas, como si me estuviera aguardando. *Cesárea*, dijo con voz bajita e implorante, pero yo no contesté ni me di la vuelta: estaba esperando a La Escuálida, a que volviera de su larga noche para darme sus nuevas instrucciones:

«Y el que tenga el cetro apagará el fuego del dragón y será llevado al trono de los cielos...».

Al sexto día llegó el doctor Eldh.

Rendijas entre vigilia y sueño. La nieve llegó temprano y fue copiosa ese invierno cuando llegó el maestro Valdemar a Liltuna. Costras de hielo. El frío crujía en las paredes. Me acostaba con tres mantas de lana, por las mañanas me dolía la punta de la nariz, se me ponía azul. En las noches más heladas subía Fanny a dormir conmigo espalda con espalda para conservar el calor, y si yo, en medio del sueño, me giraba hacia ella, siempre me daba la vuelta, lo cual me despertaba, pero no me importaba: cuando dormía con Fanny las recortadas siempre me dejaban en paz, y mi sueño era vacío, sin imágenes, cristalino. El canto de la escarcha nocturna sonaba en los cristales de la ventana. El metal del trencito de juguete y de las bailarinas de cuerda que me había regalado el doctor se volvía frío como el hielo. Él no vino en Navidad como había dicho. Cuando apareció Krantz en el pequeño trineo amarrado al sabino, después de las compras en la ciudad, trajo consigo una postal de Navidad, escrita apresuradamente y con sello de estrellas y rosas navideñas, que me entregó sin quitarse los guantes:

¡Feliz Navidad tenga mi gatita!

Pronto estaré con ustedes de nuevo, allá en Liltuna. Mientras tanto: que la gatita disfrute del jamón navideño de Fanny y que rece con devoción sus oraciones.

Que Dios la bendiga, Dr. E.

Cuando Fanny se cansó de subir a mi cuarto para calentarme, me permitió dormir con ella junto a la cocina, cerquita del fogón de leña. Por cuenta de Gustava y Hulda su cama había sido transportada

desde el dormitorio, así como el sofá banco para las criadas. No pasaba mucho tiempo para que la cocina se volviera sofocante y tiznada por el fuego. En las noches, antes de dormir, Fanny nos hacía arrodillar junto a la cama con las manos cruzadas para el rezo. El frío subía por las tablas del piso a través de las jarapas, se metía dentro de las rodillas, haciendo estremecer la piel y encalambrarse las piernas. Recitaba el Padre Nuestro y los fragmentos indicados de los Salmos; si por el frío me castañeteaban los dientes o si no me quedaba suficientemente quieta durante el rezo, Fanny me castigaba con la mano abierta sobre el trasero antes de dejarnos meter a la cama. Hulda y Gustava en el sofá banco, rosándose los pies, y yo en la cama de Fanny, quien cada noche antes de acostarse nos leía sobre Jesucristo y el lago de fuego, donde El Dragón Tentador habría de ser lanzado.

Por las mañanas me sentaba al borde de la cama con las piernas colgando, mientras Gustava me envolvía tobillos y pies con franjas de lana antes de ponerme las botas, forradas de paja, para poder ir a esquiar con Krantz entre los álamos del parque. Cuando esquiábamos él siempre me permitía ir delante sin la cuerda, trazando la pista. Una luz diamantina caía, atravesando los enormes gajos de hielo cristalizado que hacían pesar las ramas de los árboles. Krantz apestaba más de lo habitual ya que en invierno solía dormir con los animales, incluso los corderos y las gallinas se metían con él al establo. En el interior el aire se volvía bochornoso y húmedo, las ventanas mugrientas se empañaban y mientras él se calzaba yo me entretenía escribiendo mi nombre con el dedo en el vaho del vidrio. Su pelo estaba revuelto pese a que Fanny se lo cortaba durante las sesiones de limpieza de piojos, cosa que hacía con regularidad, igual que a nosotras. Si yo llegaba temprano al establo y lo sorprendía, siempre se levantaba de la cama con la misma cara culpable, y con los movimientos torpes se ponía los pantalones de sayal mientras me lanzaba una mirada huidiza; bajo la camisa tenía su delgado palo parado como un dedo indefenso, aunque lo intentaba ocultar.

Entonces me sentaba en el tronco de afuera a esperar que se vistiera y miraba el blanco paisaje hasta que él apareciera listo con las botas de esquí, y el gorro de piel, caminando pesadamente en la nieve. A ratos durante nuestras vueltas con los esquíes me empeñaba en entrar por los huecos más estrechos que se abrían entre los árboles, y cuando a Krantz le resultaba difícil seguirme solamente aceleraba, aunque al final siempre me alcanzaba: entonces hacía siempre el mismo giro y se detenía delante de mí, bloqueándome el camino, en la comisura de sus labios temblaba una sonrisita triunfante.

Ya no me preparaba la pequeña pista echándole agua como solía, porque los patines me quedaban pequeños y el doctor Eldh no me había comprado nuevos, por mucho que los había anotado en la lista de deseos. Me inquietaba que el doctor desde hacía un tiempo no me pedía ver la lista que guardaba en el cajón, y que tampoco me hubiese renovado ni los juguetes, ni la ropa. Me sentaba en el pupitre del cuarto y practicaba la caligrafía y la escritura rápida, me fajaba cada vez más fuerte el torso; cuando en la soledad de las noches me soltaba la faja, las ampollas se veían desiguales y plegadas al cuerpo como orejas de cordero. Anhelaba su retracción y su curación, confiaba en que mis progresos con la pluma y la caligrafía hicieran que el doctor volviera pronto. Cuando el frío era muy duro, la gata entraba a la cocina en busca de calor y Fanny le servía leche fresca en una bandeja despicada y me sentaba junto a ella mientras bebía: metía el dedo en el líquido espeso para que me lamiera el dedo con su áspera lengua, y sentía un calor peculiar y perturbador en la entrepierna.

Ese invierno, aunque dormía abajo con Fanny, empezaron a resurgir las recortadas de la oscuridad; a ratos lograba domarlas y controlar el sueño, evitando que me atacaran, forzándome a despertar. Ese procedimiento me dejaba sólo un alivio breve, hasta que otras imágenes aún más desagradables reemplazaban las primeras. Si no eran las recortadas, con sus lisos rostros

empecinados, podía aparecer el lago: al comienzo envuelto en una atmósfera protectora, acariciándome con su agua café claro, pero luego se convertía en un fuego voraz que me corroía los brazos y la cara. Otras veces el lago aparecía en forma de un ojo inmóvil que me miraba incesantemente, un agua indiferente, de la que emanaba un latido, como un compás de reloj, que primero se oía débil, pero después cada vez más fuerte, segundos inexorables que martillaban; nunca supe si lograría despertar y domar la imagen o si me caería dentro de ese ojo como en un abismo sin fondo.

En la víspera de la Navidad Krantz llevó a Fanny, a Hulda y a Gustava a la misa de medianoche en el pueblo de al lado, viajaron en el trineo grande. Fanny se había puesto el abrigo de noche, el negro. Parada junto a la ventana de mi cuarto la vi desaparecer detrás de la cumbre, me habían encerrado con llave antes de salir. Noche estrellada. El abeto podado en las escalinatas. El niño Jesús dormía en el pesebre de Navidad que me regaló el doctor, pero sin las pequeñas luces doradas que Fanny había quitado antes de irse para que no me fuera a quemar en su ausencia; incluso había cerrado la chimenea. Yo removía distraídamente los juguetes en la recámara, escuché al zorro aullando en el lindero del bosque, la brasa de la chimenea se fue apagando hasta que el cuarto quedó sumido en un frío áspero. Leí una y otra vez la postal de Navidad y la carta desde el continente que tenía guardadas en el cajón del escritorio. Me quedé dormida enrollada en la manta de lana sobre el piso cerquita de la chimenea.

De madrugada entró Krantz y me llevó a la cama de Fanny en la cocina, y allí dormí otra vez con el cuerpo pegado a su nudosa espalda caliente. Cuando se levantó para ir al baño, escuché a Hulda susurrar al oído de Gustava en el sofá. Le decía que al salir de misa había escuchado a la gente hablar de que el doctor Eldh ya había vuelto de su largo viaje del extranjero. Que había pasado la Navidad

en la ciudad, con las hijas, en la residencia familiar. Qué curioso, añadió Hulda, que el doctor aún no hubiese ido de visita a Liltuna. Aunque claro, era entendible que uno quisiera pasar la Navidad con sus parientes y amigos íntimos, después de un viaje tan largo; percibí el cuchicheo burlón en su voz, como si supiera que yo estaba escuchando.

Me dormí con el calor del fuego. Cada vez que Fanny me tomaba de los hombros para devolverme a mi lugar, me despertaba.

Llegó el Año Nuevo, llegó enero.

Seguía esperando al doctor Eldh.

Si no conseguía dormirme aquellas noches, después de que Fanny me diera vuelta, solía sentarme junto a la ventana envuelta en la manta de lana mientras los demás dormían. Veía al zorro deslizándose en el patio y al lince acercarse sigilosamente afuera del establo, excitado por los olores de las gallinas y los corderos al otro lado del cercado. Cielo negro salpicado de estrellas. Media luna, inmóvil, sobre las casetas cubiertas de nieve. A veces venteaba violentamente en el patio, pero también ocurría que todo estuviera totalmente quieto, en noches claras con el edredón de nieve resplandeciendo a la luz de la luna.

Fue una noche así que escuché el grito llamando desde afuera.

Llegaba del parque y sonaba como el llanto de un orco, miré a los otros, pero nadie se movía a pesar de que el quejido sonaba repetidamente, tuve miedo de que el sonido viniera del interior de mi cabeza. Pero luego hubo un silencio, antes de que la invisible criatura irrumpiera con un último grito breve, después del cual todo quedó callado.

Esperé un rato antes de ir al pasillo a ponerme las botas y el abrigo de Fanny, tomé una linterna y abrí la puerta trasera de la cocina. Iba caminando con la nieve hasta las rodillas por la vereda, cuando la puerta del patio del establo, que alguien había olvidado

cerrar, se cerró de nuevo súbitamente con el viento y me hizo detener. Entonces vi el rastro que iba desde el patio del establo por debajo del gran olmo hasta el comienzo del parque, y el fardo arrojado en la nieve, con su negra mortaja esparcida a su alrededor en el suelo. Cuando me acerqué con la linterna, vi que era Krona quien yacía junto al olmo, que se había desangrado formando un charco oscuro alrededor: estaba acostada de lado y su abultado estómago sobresalía debajo del rojo pelaje, del trasero le salía la cabeza peluda del becerro por nacer. La pequeña cabeza todavía entrecerraba los ojos, estaba cubierta por las membranas de Krona, la chueca lengua azulada le colgaba oblicua por debajo del hocico; el becerro había sido estrangulado al salir, si es que no había muerto ya en el interior en la oscuridad del cuerpo. Me quedé un rato ahí con la linterna, mirándolos, la luz hizo brillar la comisura de los ojos del cachorro, y vi que los ojos de Krona brillaron del mismo modo, como si las lágrimas pudieran salir de los muertos, y lloraran.

Me quedé sentada en la vereda, la linterna parpadeó y se apagó, y otra vez nevó, y después amaneció; hasta que Krona fue cubierta por entero por los grandes copos polvosos, como si el atuendo de un ángel la hubiese envuelto en su noche de muerte. Entonces se oyó un estrépito desde el interior del corral y la puerta se abrió de golpe. *¡Demonios!* , silbó Krantz, todavía aturdido, acercándose a zancadas hasta nosotros. La carita prematura del becerro, con sus párpados cerrados, ya oculta por el blanco cobertor.

Negó copiosamente sobre Krantz toda esa mañana mientras se esforzaba arrastrando el cuerpo de Krona debajo del olmo, empujándolo en la carreta y llevándolo de nuevo al interior del establo. Seguí mirándolo desde la ventana, sentada a la mesa de la cocina mientras comía mi sopa de avena y bebía leche caliente. La cabecita del becerro se bamboleaba ahí atrás sobresaliendo del cuerpo de Krona, y la oscuridad se cernió sobre Liltuna hasta que el rastro del cadáver arrastrado por Krantz desapareció bajo la nieve.

Me gustaba cuando relampagueaba sobre Liltuna. Me sentaba en el fardo de leña en el interior del cobertizo con los pies colgando. Mis pies estaban oscuros y tostados por el verano, le pedía prestada a Krantz la navaja de bolsillo y me raspaba la mugre de las uñas de los pies. Siempre presentía la llegada del doctor Eldh, escupía en el dobladillo de la falda del vestido y me miraba en el pedazo de espejo que Krantz tenía en el establo, me frotaba la suciedad de la cara y metía los pies en los zapatos de verano. Podía ocurrir que el doctor tardara, pero al fin llegaba. Hacía una corona con flores del campo y me la ponía sobre las trenzas, daba vueltas evitando los estercoleros de Krantz para que los vestidos no se impregnaran de olor, me acostaba boca abajo sobre el techo del mirador y con la vista fija en la carretera. Cuando veía venir la carroza a lo lejos en lo alto de la colina siempre bajaba del techo y corría a la entrada de la casa, junto a Fanny que estaba esperándome en la escalinata si es que ya no había salido a buscarme con las zapatillas de los domingos en la mano. Me entregaba a la paciencia mientras el doctor se apeaba y cerraba la puerta de la carroza de un golpe, le hacía una reverencia, recibía su caricia en la cabeza, iba a mi recámara y esperaba a que me pidiera bajar a las lecciones. El café de Fanny llenaba la casa con su aroma, y si me asomaba por la ventana del cuarto alcanzaba a escuchar el tintineo de la porcelana en la biblioteca cada vez que el doctor llevaba el pocillo hasta su labios, sentado en la otomana. Le gustaba dejar la ventana abierta de par en par, lo primero que hacía al llegar era dejar que el aire soplara en el interior después de tanto tiempo cerrado durante su ausencia. Ni siquiera a Fanny le permitía ir a desempolvar los estantes y los óvalos de cristal de las fotografías de sus hijas cuando él no estaba. Se sentaba junto a la ventana con

el café, sabía que yo escuchaba.

Después de un momento me llamaba. Dejaba la pluma de acero sobre el escritorio de nogal con un ruido seco. Yo la agarraba de inmediato y mojaba la punta en la tinta y la ponía sobre el papel, alzaba la mirada hacia el rostro del doctor, esperando sus palabras. Afuera fluía el apacible cielo de verano. Me llamaba su gatita o muchachita o corazoncito, sólo cuando se ponía a llorar decía mi verdadero nombre. El resplandor del relámpago, la demora del rayo antes de caer en el parque. Él dejaba las ventanas abiertas para que ventilaran incluso cuando la lluvia irrumpía en el salón haciendo vibrar los cristales. Yo armaba letras sobre el papel con la pluma mientras el agua se deslizaba por los marcos y hacía charcos en el piso como al comienzo de una inundación. Pensaba en la luz bendita encima de Liltuna, en los corzos corriendo en manadas por el parque en las tibias tardes, pensaba en el trocito de hueso de la escuálida que estaba guardado liso y manoseado en el cajón derecho del escritorio del doctor Eldh. Apretaba la pluma entre el índice y el pulgar, trazaba las letras en líneas derechas sobre los papeles que me traía de la ciudad, escribía:

Acerca del arte del examen médico: Con palpación a dos manos en una visita domiciliaria podrá utilizarse como camilla una mesa sencilla cubierta con una manta. La paciente debe acostarse boca arriba con las piernas dobladas a la altura de las rodillas y las caderas y pies colocados en el extremo inferior de la mesa. Con una almohada atravesada se puede levantar la cabeza y la parte superior de la espalda. Debe retirarse la pretina del corsé, desabotonar el vestido, desatar todas las cintas hasta que la ropa interior pueda sacarse por abajo y el vestido por arriba con el fin de que el abdomen quede accesible. Después de observar la forma del abdomen, se realiza una palpación general y percutiva sobre la superficie del cuerpo: si es necesario un examen interno, también

se pueden utilizar pinzas, un espejo uterino, unos alicates o una cuchara afilada. Téngase en cuenta que, a la pregunta inicial sobre la última regla, las pacientes por mala conciencia o por miedo a haberse contagiado de alguna enfermedad en el coito reciente o en la desfloración, a menudo dan respuestas que inducen a error y complican el examen. Existe, además, una odiosa variedad de pacientes, empero fácilmente reconocibles, entre las cuales, sin embargo, la persona experimentada ciertamente lidera el camino. Estos tipos son la locuaz, la modesta y la reacia. Las mujeres solteras son las que por lo general brindan mayor cantidad de información imprecisa pese a que saben que será refutada en el siguiente examen y aun en casos tan obvios como cuando se introducen objetos extraños en la vagina: un fenómeno de hecho asombrosamente habitual. En tales casos, una vez causadas heridas o fisuras pueden usarse cuchillos o alicates incandescentes. Los objetos hallados son numerosos y han sido introducidos para distintos fines y con diferentes razones, como la masturbación, la demencia o para inducir un aborto criminal. Se han encontrado horquillas, sondas, catéteres, hilos de hierro, frascos de pomada, partes de candelabros, trompeticas, rodillos, cabezales de pipa, cucharas, peines, estuches de tijeras, juguetes, bolas de ropa o de mantas, palos de madera, manijas de armario –

Cuando el frío golpeó el piso de la cocina y Fanny fue a remover las brasas, haciendo un estruendo con los platos y las calderas ahí junto a la estufa, Hulda se dio vuelta en el sofá-banco donde estaba con los pies a la inversa de Gustava, y me susurró que debería tener cuidado de no dormirme por si el espectro de algún crío muerto me raspara con sus uñas sangrientas recién nacidas desde su tumba secreta debajo del piso donde estaba mi cama. Luminosidad de invierno. Franjas azules contra el blanco granulado.

Crucé mis manos para la oración de noche, escuché a Fanny leyendo en voz alta sobre el lago en llamas. Pasó enero.

Fue esa noche, después de que Krantz entrara a zancadas para quitarse la nieve de las botas, al terminar la faena con Krona debajo del olmo, que Gustava desde el cobertizo a donde había ido por leña escuchó el trineo de caballos en el camino. Remolino de nieve, casi tormenta. Fanny lanzó una mirada a Gustava que estaba en el pasillo de la cocina con el rostro encendido y sin aliento, y luego miró a Krantz, que todavía tenía las botas puestas y que volvió a salir con el candil en la mano para averiguar. Sentí que el corazón me picaba en el pecho como un pajarito, una urraca hambrienta, dejé que los dedos se resbalaran por el borde de la faja, me arreglé la falda sobre el olor de pescado y muerte de la raja. Cuando el trineo se deslizó hasta al patio lleno de nieve me paré junto a la ventana con Hulda y Gustava para ver. Nuestras sombras se desprendieron en los cuadros de luz de la ventana afuera sobre el ventisquero, el cochero en el pescante tenía la espalda encorvada para protegerse del frío mientras sujetaba los caballos. La capota del coche se abrió y el doctor Eldh se apeó del trineo. Tenía las mejillas aún más redondas después del viaje tan largo y bajo la chistera las orejeras bajadas. La escarcha le había mordisqueado las cejas y la barba, no pude distinguir la expresión del rostro. Señaló con la mano a Krantz, quien dejó el candil en la escalinata y ambos se inclinaron hacia el interior del coche, los vimos de espaldas cuando empezaron a sacar y jalar algo ahí dentro.

Luego, en la nieve del patio y sostenido por los brazos de Krantz y el doctor, apareció ése que llamaban maestro Valdemar, con la cabeza desgonzada colgando bajo esos bucles de color oro. Los ojos ocultos aún por el cabello, no llevaba sombrero. Con gran dificultad avanzaron hacia la casa con el de bucles tambaleando y resbalando sobre la nieve polvosa. El hombre llevaba unos chanclos de fiesta con las polainas mugrientas en la parte superior. Cuando estuvieron más cerca escuché cómo el desconocido reía y lloriqueaba y hablaba

de modo extraño al oído de Krantz y el doctor, quienes no respondían, sino que miraban hacia el frente con los rostros contraídos, ligeramente encorvados bajo el peso del de bucles.

Cuando subieron algunas escalas el hombre levantó de repente la cabeza y su rostro bebido se hizo visible. Sonreía atontadamente y me miró directo a través de la ventana con sus verdes ojos vidriosos bajo esas pestañas rubias, sin que quedara claro si me miraba a mí o a través de mí: por un instante me devoró la oscura infinitud de la pupila. Cuando Fanny abrió la puerta cayó nieve en el pasillo; luego corrió delante agarrando sábanas y mantas del armario, en tanto que Krantz y el doctor entraban con el de bucles al pasillo de la cocina ordenó a Hulda y a Gustava que trajeran la cama y encendieran la estufa de azulejos de la biblioteca.

Mientras que calentaban el recinto de la biblioteca, el desconocido seguía acostado en la cama de Fanny en la cocina donde lo habían tirado. De espaldas con los brazos extendidos sobre los bordes de la cama y la boca abierta, durmiendo ya. Me senté en el banco junto a Krantz y el doctor Eldh, comí de la sopa de ternera de Fanny, los dedos del doctor estaban rojos y agrietados por el frío. La nube de la barba, el perfil impenetrable. Bebió el último sorbo de la sopa, no me había dado la caricia en la cabeza cuando llegó. Una vez terminada la comida, se acercó a Fanny, intercambiaron algunas palabras inaudibles de espaldas a mí, y me incliné más hacia la sopa, antes de que el doctor se alejara para acostarse en su recámara, ya calentada para la noche.

El hombre al que le decían maestro Valdemar seguía dormido en la cocina con las polainas mugrientas y los brazos extendidos en cruz. Observé la línea del mentón imberbe y las mejillas arreboladas por el frío; el sueño producía un movimiento irregular en los párpados cerrados de ese rostro finamente delineado. Después de haber terminado el plato de sopa, Krantz se incorporó y sacó de la cama de Fanny el cuerpo inanimado. Lo arrastró hasta la biblioteca, donde lo dejó caer sobre las sábanas limpias de Fanny, le retiró las polainas

húmedas y sucias y los chanclos de fiesta. Me paré junto a la puerta y estudié los pies, pálidos, cubiertos de pequeños remolinos de cabello, que brillaban áureos a la luz de los candelabros. Los dedos de los pies se veían largos y graciosos, casi como dedos de manos. Las uñas estaban recortadas. El de bucles resoplaba ligeramente en sueños, como un caballo o un párvulo. Cuando me acosté contra la espalda de Fanny en la cama al calor de la cocina, quedaba todavía en la colcha el olorcillo a brandy y a agua de rosas del desconocido. Sonido de ratones hurgando y corriendo en los armarios. Ésa fue la primera noche.

Los sueños que tuve en mi cuarto de niña nunca fueron los mismos, pero se parecían. A veces era el ojo de fuego donde latía el pulso del reloj hasta que el ruido me ensordecía, o eran las pelinegras saludando desde el otro lado del agua, o eran las descarnadas criaturas que lanzaban garras y pezuñas en torno a mí sin que pudiera defenderme, puesto que era yo quien las había sacado de la oscuridad como si fueran muñecos de tela o papel.

Incluso había otros, más tranquilos, pero igualmente recurrentes. En uno caminaba por la casa inexplicablemente sin muebles, y en medio del salón surgió desde el piso y de repente una extraña planta: era rosada y negra con grandes hojas aterciopeladas y en el mismo instante en que me incliné a recogerla se desmoronó en pedazos dejando mis dedos untados de una ceniza húmeda. En otro, estaba parada en medio del cultivo de papas cuando en el horizonte lejano apareció una figura humana, pero cuando empecé a seguirla desapareció y donde el cultivo acababa solamente había una blancura, un espeso vacío granuloso y cuando llevé la mano a lo blanco me desperté. En un tercero tenía un cuchillo de disección en la mano y estaba cortando un cuerpo indefinido, que tenía una fina piel sobre los huesos y las vísceras cuyos nudosos contornos se percibían vagamente. Cuando el corte que hice fue suficientemente grande metí la mano directo en el agujero y del interior del cuerpo recogí frío puro: en el mismo instante en que saqué la mano se había cubierto de escarcha y hielo y al doblarle un dedo se partió la mano entera, quebradiza como un delicado trozo de cristal.

El doctor Eldh se quedó solamente una noche después de haber traído al de bucles a Liltuna, antes de regresar al trabajo en la

ciudad y donde sus hijas. Calígene sobre el parque, dejó de nevar. En la mañana siguiente a su llegada se sentó en el salón donde le sirvieron el té de jazmín y los biscochos de Gustava con una mija de mantequilla y compota de membrillo, y llamó a Fanny y le dijo que cerrara la puerta tras de sí. Vestida con calcetines dobles me quedé en el pasillo, me senté un momento en el piso con *La Flora* y el cuaderno de notas mientras escuchaba las voces de Fanny y el doctor ahí dentro sin distinguir la palabras. El maestro Valdemar seguía durmiendo debajo del reloj, envuelto en las pieles de Fanny. Cuando me cansé de oír a hurtadillas salí de la casa. Hice tres muñecos con la nieve nocturna que quedó después de atenuarse el frío y luego los destruí a patadas uno tras otro, los carboneros se juntaron junto a las migas de pan que había usado para los ojos y la boca. En el interior bajo la lámpara de araña del salón se perfilaba el rostro de Fanny, ahí frente al doctor que daba la espalda a la ventana, sólo la parte trasera de su cabeza cubierta por la melena argentada se veía tras los cristales empañados. Me fui al establo, donde Krantz, que estaba sentado en el banco de afuera ya con las botas atadas; se le veía molesto o con un trazo de lástima en la cara, no distinguía bien cuál de los dos. Me alcanzó el par de esquís, un regalo de Navidad que me había traído el doctor el año anterior, luego arranqué por la pista en la nieve que se endureció rápidamente y se volvió lisa y suave y esquiamos toda la mañana de un lado a otro del parque. A la distancia vi cómo la lámpara verde alumbraba la penumbra de la biblioteca, y afuera en la banca debajo del porche el cochero recostado contra la pared, esperando al doctor; tras la nube de humo levantó la mano con la pequeña pipa para saludarnos cuando esquiamos de regreso a la casa. El sol se ocultó de nuevo entre las nubes mientras la nieve brillaba sosa y granulosa en el crepúsculo.

Luego en las escalinatas de la entrada recibí la caricia de despedida del doctor cuyas manos estaban enguantadas y distraídas. Ni siquiera me había pedido que me sentara en la

biblioteca o que tocara algo en el piano, no me había dicho que entrara y comiera con él en el salón. Sonrió rutinariamente y ausente mientras se acomodó en el trineo, *adiós, gatita*, dijo, y *nos veremos pronto* . Luego dejó caer la lona sobre la abertura del trineo, que hizo un giro en el patio y desapareció. Brecha de luz al borde del cielo antes de que la oscuridad arrojara a Liltuna. Por la noche ante la larga mesa, comí sin ganas la sopa de huevo mientras Fanny organizaba la bandeja con el plato de pezuñas de ternero, sirvió en una copa un chorrito de vino de grosella negra, para luego llevarlo cuidadosamente a la biblioteca; era la cena del de bucles. Me adormecí con el sonsonete de la sofocada conversación de Hulda y Gustava en el sofá, no pensé más en los nuevos esquís que el doctor había olvidado regalarme.

El de bucles durmió una semana en Liltuna antes de que Hulda y Krantz viajaran al pueblo en el pequeño trineo para hacer la compra. No hacía ningún ruido, la biblioteca permanecía en silencio, pero desde afuera podía verse por la ventana que la lámpara seguía ardiendo incluso durante el día. La luz del amanecer era brumosa y gris cuando Krantz cargó el trineo que había parqueado junto a las escalinatas de la cocina con las canastas y los sacos vacíos. Nieve endurecida. Hulda me miraba fijamente desde el pescante, el rostro se le veía blanco y redondo como una luna burlona asomándose por el grueso chal de invierno con el que se había dado varias vueltas alrededor de la cabeza.

Un poco más tarde y con los mitones puestos me senté al piano para practicar; el piano hacía ruido y pitaba desagradablemente, hacía mucho que el doctor había hecho venir al afinador. Fanny entraba y salía de la biblioteca con los platos llenos sobre la bandeja a las horas de las comidas, cada vez con el cuidado de cerrar la puerta y con la bandeja vacía cuando regresaba a la cocina. Al final de la tarde regresó el trineo, y me sentaba en las escalinatas de la

cocina para observar a Krantz descargando las canastas ya llenas, mientras Hulda se demoraba bajo el manto detrás de los sacos de harina como si estuviera chupando un caramelo invisible. Me lanzó una mirada con un gesto enigmático en tanto que Krantz la instó a que se pusiera en marcha de una buena vez, que saliera para ayudar: entonces supe que tenía algo importante que decirme, noticias traídas de la ciudad.

Más tarde en la cocina, cuando se había sentado en el banco junto a Gustava para desplumar los pollos y Fanny había ido donde el de bucles, dijo Hulda de repente que, por cierto, haciendo la compra allá en la ciudad, ella había oído unas cuantas cosas interesantes del de bucles. Luego hizo una pausa con el desplume, dejó caer los párpados mientras que una sonrisa socarrona le atravesó el rostro y los tirones de plumas se volvieron lentos y burlones. Me balanceaba con el coxis sobre la pila de leña donde estaba sentada junto a la puerta con las botas puestas, afuera estaba oscuro como boca de lobo y el tronco de madera ardía y crepitaba en la estufa.

¿Y qué era lo que Hulda había oído allá en la compra? , preguntó Gustava con los ojos levemente abiertos en el silencio que surgió, y después agregó que si la amable Hulda por favor sería tan buena de contarlo de una buena vez antes de que explotara.

Entonces Hulda pensativamente se pasó la punta de la lengua por una de las comisuras con cara de gato pendenciero, y arrastró las palabras como si saboreara y chupara algo dulce antes de decir, que al parecer el de bucles era un caballero distinguido e importante de Copenhague. Y que el otoño anterior había llegado de huésped extranjero a la ciudad. Y que este caballero que se hacía llamar maestro Valdemar era por cierto de una clase notable y peculiar. Pues según lo que Hulda había podido concluir después de escuchar a gente que conocía y con quienes estaba familiarizada en las compras, el invitado se había vuelto una celebridad casi inmediatamente después de haber llegado a la ciudad. Y que se había dado a conocer de todos y cada uno, tanto entre la gente

distinguida como la gente del común, sí —me lanzó una mirada a través de la cocina— muchos amigos y conocidos había conseguido el maestro, entre ellos el doctor Eldh. Que aparentemente, según lo que Hulda había llegado a comprender, había regresado de su largo viaje ya desde septiembre. Aunque por lo visto no había venido a Liltuna en seguida, sino que se había quedado en la ciudad el otoño entero con las hijas y con este maestro Valdemar, el nuevo amigo.

Miré de reojo a Hulda, pateé la leña con los talones. Ella descansó con las manos en torno al pecho de la gallina un minuto antes de decir que este maestro que ahora dormía en la biblioteca del doctor era, según los rumores, amigo y preferido de la corte de Copenhague, donde había obtenido un puesto como director de la Orquesta de la Ópera Real, o, era pintor de la corte —aquí las habladurías se dividían—. Gustava se acercó más.

Y Hulda contó que cuando iba por los puestos del mercado al lado de Krantz alguien le había dicho que nadie sabía con certeza si el de bucles se hospedaba en la ciudad para descansar de sus éxitos allá en la corte o, si como alguno otro decía, porque se había enemistado en Copenhague, y que entonces estaba huyendo o, como aun otros decían, no es que fuera amigo de la corte, sino un conde y franchute y además soltero, pero casi todo eran habladurías sueltas y sin confirmar. Los ojos de Hulda brillaron y chupó el caramelo. *¿Y entonces?* , exclamó Gustava, *pues*, dijo Hulda, *de todos modos, a finales del otoño y a través de conocidos que había hecho en la ciudad, este tal maestro Valdemar había conseguido que le instaran a dirigir un arreglo de orquesta de los mejores de la ciudad* – Hulda tragó saliva y se dispuso a continuar cuando un golpe de puerta se oyó desde el pasillo y después de un instante apareció Fanny.

La madera me sajava el trasero, afuera brillaban las estrellas y sentía un ardor picante bajo la piel al pensar en el de bucles y el doctor Eldh, oleadas de inquietud quemando y disparándose por mis miembros. Hulda dejó de hablar mientras Fanny se ocupaba en los

quehaceres de la cocina antes de ir a la cama. Me bebí la leche, me desvestí y me puse el camisón de dormir, metí las trenzas en la capucha. Acostada debajo del cobertor en la cama de Fanny sentía los ojos burlones de Hulda en la nuca, y cada vez que yo la miraba, ella me evadía con la sonrisita pegada a la cara.

Sólo cuando se acomodó bajo las mantas en el sofá-banco junto a Gustava, y Fanny se había ido para el retrete, siguió contando. La voz sonaba ronca y ansiosa mientras casi murmurando dijo que este de bucles de verdad parecía un señor singular e inusual en todos los sentidos. Pues cuando fue invitado a dirigir la orquesta en el salón musical de la baronesa Gyllenclou, que solían frecuentar los caballeros de la Sociedad de Ciencia haciéndose compañía y bebiendo ponche después de sus reuniones, nadie había levantado la ceja y tomaron todo por sentado: el de bucles mismo había dicho que era un destacado director de Copenhague, y llevaba consigo muchos diplomas y méritos.

Y después ocurrió lo siguiente: aquella noche, mientras las damas y los caballeros y miembros de la Sociedad llenaban el segundo piso y la orquesta en pleno afinaba los instrumentos, el de bucles iba de un lado a otro con la baronesa y recibía a los espectadores. Se paseaba a lo largo de los pasillos entre las sillas dispuestas en la sala con ambas manos enguantadas de blanco entrelazadas a su espalda, en tanto que inclinaba la cabeza hacia uno y otro de los llegados, casi como si fuera él anfitrión del evento. Al comienzo la baronesa lo había seguido con una mirada confusa por el comportamiento tan inusual, pero luego al parecer se resignó, y el de bucles seguía paseando por la sala como quien inspecciona el desarrollo de todo, quiénes estaban, si estaban cómodos en sus sillas y que la sala se completara a satisfacción. Después, al terminar sus deberes, el de bucles había avanzado con paso resuelto por el pasillo para instalarse delante de la orquesta de espaldas al público.

Allí se había quedado inmóvil, con las manos sueltas a lado y lado del cuerpo, sin batuta y con los párpados caídos. El cuchicheo del

auditorio iba bajando a espaldas del de bucles, que cada vez más parecía una estatua hasta que el murmullo y los carraspeos se desaparecieron por completo y en el salón se hizo el silencio salvo por el frufrú de los fracs y los miriñaques. Hulda pudo saber todo aquello en detalle porque una sirvienta conocida suya que servía esa noche y que en ese momento estaba parada con la bandeja llena de refrescos junto a una de las paredes, le contó que se había producido una atmósfera muy peculiar en el salón debido al extraño comportamiento del de bucles —el hecho de que permaneciera ahí en la misma posición tanto tiempo, con los ojos cerrados, dejando que el instante se alargara de tal modo que pareció interminable.

Los rostros de los músicos al comienzo se veían tensos y luego expectantes en tanto que dirigían la mirada al de bucles y se aprestaban con los instrumentos: al parecer el de bucles había rehusado ensayar durante el día, apelando a su integridad artística, y apareció en casa de la baronesa sólo unos minutos antes de que se iniciase la noche. Pero cuando el de bucles después de ese interminable momento y pese al silencio no se movía ni daba el menor indicio de tomar impulso, algunos de los músicos de la orquesta empezaron a mirar de un lado a otro, hubo uno que empezó una risita, pero la sofocó de nuevo y después durante un rato nada más ocurrió: el de bucles siguió ahí imperturbable entre el auditorio y la orquesta. Y los instrumentos habían rasgueado y sonado ligeramente y por accidente un arco había rozado las cuerdas de un violonchelo después de lo cual el violonchelista parecía aterrorizado, y durante un buen rato tan avergonzado que se quedó mirando sus chanclos. El silencio se había hecho denso e incómodo, y se oía el frufrú aquí y allá en el salón, y habían comenzado a correr escalofríos por la columna vertebral de la amiga de Hulda, no sólo por lo llamativo de la situación, sino porque los brazos le dolían terriblemente mientras continuaba ahí sosteniendo la bandeja. Entonces el de bucles, finalmente y como ante una señal invisible, empezó a levantar lentamente las manos en el aire,

abriéndolas como coronas o garras, y las dejó elevar sobre su cabeza casi como si llevara un bebé, había dicho la amiga, levantándolo hacia la luz del candelabro de cristal, como hacia un sol. El silencio era ya insoportable, porque nadie ni en la orquesta ni en el público había visto antes tal forma de dirigir, si es que era eso lo que el de bucles estaba haciendo. Y parecía un poco zafado, ¿no?, cotilleó la servidumbre más tarde en la cocina, y era un poco desquiciado aquello de las manos del tipo, ¿no?, alzándose con tal devoción al cielo como si sostuvieran un tesoro: sí, había algo demasiado ufano y casi como fingido allí en el salón de la baronesa, se interrogaban en la cocina, pero nadie sabía realmente qué. Porque mientras el de bucles estaba allí parado así de presumido, los señores estaban como hechizados en sus sillas, y algunos se quedaron boquiabiertos, y se abanicaban con las plumas, mientras seguían los movimientos del maestro del modo en que la gente fina hace cuando se ha esperado mucho lo sorpresivo y singular. Entonces el que estaba ante el piano con una expresión de miedo en el rostro y la mirada fija en el de bucles, pulsó repentinamente el primer tono. Y el resto de la orquesta lo siguió con cautela. Para entonces el de bucles aún con los ojos cerrados había empezado a pintar en el aire y a agitar las manos de una manera nunca vista: si esto representaba un gran arte u otra cosa distinta era una inútil pregunta. Pues a continuación se interpretó la pieza con una fuerza que hizo retumbar las paredes del salón Gyllenclou. Y los brazos de la amiga de Hulda le dolían espantosamente, y los aplausos parecían no querer terminar cuando el de bucles finalmente se dio la vuelta hacia el auditorio inclinándose a lado y lado en incontables reverencias. La amiga no había podido dormir en toda la noche debido a la emoción y al dolor en el hombro. Y detrás del maestro estaba la orquesta, con el sudor brillando en la raíz de los cabellos y una expresión de confusión en los rostros. Los suavemente cincelados rasgos del de bucles también brillaban bajo la lámpara de araña y los ojos verdes emitían destellos debajo del arremolinado

flequillo.

En la cena que prosiguió, cuando la amiga se apresuraba con los demás sirvientes entre las mesas atendiendo a todos, el de bucles se había instalado en una conversación animada y amistosa con los comensales y ella vio que había un aura fuera de lo común a su alrededor.

Un buen trecho entrado el invierno el maestro dirigió la orquesta en el salón Gyllenclou de la baronesa. Y cada vez la música era más hermosa. Y cada vez el de bucles rehusaba participar en los ensayos preliminares. Durante el día se le veía caminar por la ciudad con el sombrero de copa en la cabeza en compañía de alguno de los miembros de la Sociedad o algún otro caballero, inmersos en conversaciones bajo las nubes celestes, ya era noviembre deslizándose a diciembre. Llegaron las nevadas.

Y para la Navidad, la amiga de Hulda aceptó hacer un servicio extra para la fiesta de la mansión de los Eldh, y pudo encontrarse de cerca una vez más con el de bucles.

Había mucha conmoción y muchos invitados, y cuando ella iba con las bandejas y los platos por los salones a la hora del coñac después de la cena, había vislumbrado súbitamente al de bucles en medio de un enorme grupo, con el doctor Eldh y las dos hijas a su lado, contándoles sus experiencias allá en la corte o alguna otra cosa singular que decía haber experimentado en sus viajes al sur del continente. El hombre que se hacía llamar maestro Valdemar ejercía un encanto entre las jóvenes según pudo apreciar la amiga de Hulda. La compañía femenina se aglomeraba a su alrededor, lo que parecía agraderle mucho al doctor que bebía su ponche sentado en la gran butaca de piel, en un rincón del salón mientras escuchaba al de bucles, quien por su parte de tanto en tanto atravesaba el salón con sus ojos verdes y una sonrisa encantadora en pos de la mirada del doctor Eldh. Tenía el hombre una naturaleza tal, dijo la amiga, que si uno lo conocía quedaba como hechizado. En una ocasión yendo ella a las áreas de la cocina pasó cerca del doctor y el de

bucles, que conversaban y fumaban junto a la ventana abierta. Daban la impresión de divertirse y de complicidad. Y la amiga de paso había escuchado que el doctor decía algo como que los científicos y los compositores se parecían entre sí en varios aspectos, sobre todo en la búsqueda de lo desconocido a la que ambos habrían de someterse. Y que la diferencia entre el cuerpo humano y el instrumento fabricado no era tan grande como se podría pensar: ambos requieren el toque preciso y una gran agudeza mental de su liberador, para que sus mensajes puedan ser capturados y transmitidos al mundo como un conocimiento nuevo y extraño. El de bucles había dado unas rápidas caladas a su habano y había asentido con la cabeza detrás de la fumarada.

Después de aquello se lo había visto varias veces de visita en la mansión de los Eldh durante las vacaciones de Navidad, una y otra vez se sentaba con las hijas del doctor junto a la chimenea para jugar y contarse historias, se decía que se había convertido casi en un hijo allá en la casa de los Eldh.

Hulda hizo silencio.

Tragué saliva.

Ráfagas de viento atravesaron el patio haciendo que un postigo se levantara y golpeará, Fanny no había regresado todavía del retrete.

Hulda ya no susurraba al contar que luego algo de repente había ocurrido con el de bucles, un poco después del Año Nuevo. O al menos según lo que afirmó la amiga. Lo que ocurrió era que una noche no llegó como se lo esperaba a la mansión Gyllenclou. Y tampoco los días siguientes había regresado. Habían enviado varios recaderos al piso donde vivía que regresaron diciendo que las luces estaban apagadas y que nadie abrió la puerta. Y en las cocinas y en el mercado corrieron entonces otras habladurías, tales como que el de bucles tanto en el otoño como en el invierno, después de haberse vuelto tan popular en la ciudad y haber obtenido tales éxitos y haberse codeado con los caballeros más distinguidos, al mismo tiempo había empezado a moverse por su propia cuenta durante

esas noches del otoño que se convertía en invierno. Que se quedaba hasta altas horas en bares y posadas, que buscaba calor en las tabernas baratas hasta que muy pronto cualquier peón o jornalero sabía quién era el de bucles. Y se rumoraba que pasaba las noches en compañía de dudosos camaradas y chicas en el piso donde había sido instalado a costa de sus simpatizantes, pues con tales había tenido trato constante durante su estancia en la ciudad, uno de los cuales, se decía, era el doctor Eldh. Y que una vez un peón amigo de Hulda había pasado debajo de las ventanas del piso y oyó que pasaban cosas extrañas dentro, cosas de las que uno prefiere no hablar ni repetir. Pero el peón se había detenido y había mirado hacia arriba, pues los ruidos le hicieron pensar que quizás fuese alguien que necesitaba ayuda, y vio que una mano enguantada de blanco salía por la ventana para cerrarla, con lo cual los sonidos se habían ensordecido, pero aún así sonaban inquietantes: como si alguien allí dentro aullara, triste o suplicante o medio sofocado, o como si el de bucles tuviera animales en su piso de invitados.

Pero qué habría que decir de esto, aparte de la normal cadena de hablaurías en las cocinas y en los puestos del mercado. Y luego llegó esa noche entrado al nuevo año, cuando el de bucles no llegó y en adelante dejó de presentarse en las reuniones de la condesa, mientras que en el piso de huéspedes estaban las cortinas bajadas tanto mañana como tarde.

A partir de entonces nada más le contaron a Hulda ni la amiga ni el peón.

Pero dijo con una voz chillona y triunfante desde el sofá que no importaba, pues ella de todos modos logró saberlo por su cuenta y había hecho cálculos de cómo había transcurrido todo. Puesto que justamente el otro día, cuando el doctor había llegado con el maestro Valdemar a Liltuna, ella había metido un pretzel en su falda en la cocina para ofrecerlo al cochero, junto al cual se había sentado un rato en el banco, donde el mismo coche estaba estacionado, fumando su pipa mientras esperaba que el doctor le ordenara que lo

llevara de vuelta a la ciudad. Y así, mientras él comía el pretzel, pudieron hablar un poco, con lo cual ella pudo juntar una cosa con otra.

Daba la impresión de sonreírse allí en la oscuridad. Antes de continuar y decir que la noche en cuestión el doctor había contratado al mismo cochero ése, con muy poca antelación y con la promesa de un buen pago, para ponerle la cubierta al trineo y llevarlo desde la mansión de los Eldh directo a la vivienda del de bucles. La nieve de enero sobre la ciudad se había vuelto polvorosa y la nevada arreció como si se acercara una tormenta, y el cochero había estado esperando al doctor en el trineo en la calle fuera del piso de huéspedes. Primero el doctor había entrado por la puerta de la casa y sólo unos minutos después salió otra vez, cruzó la calle y llamó al cochero, quien lanzó algunas monedas a un par de críos que pasaban a cambio de que le echaran un ojo al trineo. Luego había corrido detrás del doctor subiendo las estrechas escalas hasta el piso del de bucles. Dentro estaba en tinieblas, todas las luces apagadas, al comienzo el cochero no veía nada, pero cuando los ojos se acostumbraron a la oscuridad logró distinguir que todo el apartamento estaba en desorden y vio al de bucles tirado en el piso de la sala. Parecía sucio, pero estaba vestido de fiesta de pies a cabeza, se reía ahogadamente y farfullaba para sí mismo. El doctor no había dicho ni una palabra salvo que le indicó al cochero que lo tomara de las axilas y lo arrastrara en posición vertical. Luego el propio doctor había enganchado el otro brazo y entre ambos lo bajaron a la calle. Allí lo metieron en el trineo lo mejor que pudieron y le echaron una piel encima para abrigarlo. El cochero vio que la cara del de bucles tenía un tono azulado y oscuro por el brandy o debido a alguna otra sombra que no sabía qué era.

Y luego el trineo se había deslizado por las callejuelas entre remolinos de copos blancos que atestaron el aire hasta que salieron de la ciudad. La oscuridad se apretaba espesa sobre la carretera y las farolas del trineo rebotaban y se lanzaban a cada giro y baches

del camino, y el amarillo resplandor caía sobre la nieve en grandes manchas espasmódicas.

Duermo con el cuerpo pegado a la chimenea, he sellado la ventana para impedir que entre el frío. Ciertos días, entra el sol invernal desde los tilos a través de los intersticios de las cortinas, haciendo brillar las partículas de polvo en su remolinear camino al piso, formando columnas de luz.

Aves nocturnas.

Cuando el doctor Eldh venía de visita, a veces me sentaba cerca de él y mirábamos los árboles y las dehesas a través de las ventanas abiertas de la biblioteca, tendría cinco años, seis, siete, ocho, nueve. Los pétalos de espondilo se sacudían con el viento en el parque inglés. Amarillo tras la luz turquesa del día.

Durante esas sesiones junto a la ventana el doctor se veía a menudo melancólico o pensativo. La dureza del banco me tallaba el trasero debajo de la falda, pero no me movía. Si el salón estaba en penumbra y la luz que entraba desde arriba era suficientemente fuerte podía girarme para ver el cristal del reloj de pared. El reflejo que surgía del cuadro de la ventana parecía una miniatura de Liltuna, un fresco minúsculo ligeramente torcido por la forma abombada del cristal, enmarcado en el estuche dorado de arabescos y conchas, pequeñas hojas puntiagudas y rosetones. El oro descamándose en los bordes de la madera por la humedad, el doctor nunca hizo venir artesano o relojero alguno de la ciudad para revisar el reloj, sino que lo dejó descascararse. Miré de reojo por encima de su rostro mientras él oteaba la dehesa y un trozo del campo a través de la ventana, siempre trataba de imaginar qué gestos o qué preguntas preferiría el doctor, y si me quería lejos o cerca de él.

¿Por qué caen las hojas del abedul en invierno, pero no las agujas

del abeto, doctor Eldh?, le pregunté.

Debido al paso del tiempo y la naturaleza distinta de las cosas y los entes del mundo, contestó evasivamente.

¿Cuándo deja el niño de ser un niño?, pregunté. Cuando el infinito se le escapa, respondió el doctor.

En esas ocasiones en que me tomaba de la mano y llamaba al cochero y le pedía que nos llevara a los parajes alrededor de Liltuna, siempre subía el capó del carruaje para que nadie me viera desde fuera. Ponía sobre mis rodillas el viejo libro de *La Flora* , para que pudiera comparar las ilustraciones del libro con las plantas que veíamos en las zanjas por las que pasábamos. Algunas veces le ordenó al cochero detenerse en algún prado y nos tendimos sobre el alto césped. Entonces me iba a recoger ramitos del prado que luego, al regresar de la excursión, ponía entre las páginas de los libros de las enciclopedias de medicina de la biblioteca del doctor Eldh. Las aplanchaba y las pegaba aplanadas en los cuadernos que el doctor me traía de la ciudad. El doctor se recostaba contra una roca envuelto en su abrigo y se adormecía sobre el prado mientras yo daba vueltas por ahí recogiendo yerbas; a la distancia estudiaba su ancho rostro dormido. El sueño del doctor solía ser inquieto, rápidos movimientos imprevisibles surcaban los grandes rasgos enarcados y hacían girar los globos oculares bajo la fina piel de los párpados. Un poco hacia abajo estaba Liltuna: los techos de teja de la casa principal resplandecían con el sol, el establo y las casetas y los estercoleros de Krantz, y el ganado lechero echado en la hierba en la dehesa.

Habría podido levantarme y llamar al cochero que dormitaba en el pescante con una brizna de hierba en la boca, le contaría algo sobre Liltuna y la biblioteca y el reloj de pared y mi Creación. Entonces tal vez se habría quedado boquiabierto del horror y me habría extendido la mano y me habría dicho que subiera y después me

llevaría en el coche lejos por los caminos mientras el doctor seguía acostado durmiendo sobre el prado. Seguía juntando y atando los pequeños ramos en el prado mientras el doctor dormía, me acomodaba bien el sombrero campana para evitar que la luz del sol cayera directa en los ojos, no fui donde el cochero. Esperé que el doctor abriera de nuevo los ojos, cuando él dormía siempre me daba la sensación de que el tiempo se detuviera. Cuando al fin despertó del sueñecito, me miró con una sonrisa adormilada y ladeada, como de un arrepentido, y susurró mi nombre con un tono sorprendido, como si la palabra le viniera del sueño a modo de un enigma recién resuelto. *¿Verdad que me perdona*, podía entonces decir con esa voz gangosa, *seguro que me perdona?*, *¿a que sí, gatita...?*

Lo miré como sin entender, con los ojos entrecerrados por el brillo del sol. Le sonreí y le tendí el ramo.

Entonces se mostró aliviado y de nuevo reanimado, dio un jaloncito a la trenza y se incorporó, se le habían arrugado los pantalones y el trasero se había manchado de tierra y pasto, y volvimos en la carroza a Liltuna. Al anochecer cuando él había vuelto donde las hijas dormí en la recámara con la cabeza llena de campanitas y margaritas, tréboles, espigas, rocío, sonajeros, claveles, cebollas, madreselvas, espondilios, clavos de olor, orquídeas, verónicas, orejas de ratón, nomeolvides, anémonas, gencianas, pirolas, ásteres, consueledas, linos vírgenes, cardos, menta, polígalas, dipsacus sativus, violetas –

El frío se atenuó. El doctor todavía no había vuelto después de la noche aquella en que trajo consigo al maestro Valdemar. El crepitante fogón de leña al estallar las ascuas. Afuera los surcos del arado tajaban la tierra como monótonos listones en una reja. Pliegues de nubes de tiza blanca sobre un cielo amarillo brillante. Me deslizaba en la última nieve sobre los trozos de madera de Krantz como en un pequeño trineo, los carámbanos cayeron del techo y

goteaba en el barril de lluvia, me ordenaron volver a dormir en mi propia cama en mi recámara del piso de arriba. A veces percibía movimientos en el interior de la biblioteca cuando me ocupaba de mis asuntos y pasaba cerca de la puerta cerrada, se oía algún objeto caer, pasos en el tapete; cuando me encontré con Fanny mientras salía con la bandeja me lanzó una mirada que me hizo volver a subir. La desnuda hierba invernal estaba enredada y gris por el peso de la capa de nieve que ahora se había derretido, los sauces calvos y negros en el parque. Recogí palitos de leña y los puse a secar en la estufa, construí un laberinto de ramitas en la colina, ya no me sentaba con el cuaderno de notas junto al pupitre, ni practicaba la caligrafía. Los vestidos que el doctor Eldh me había comprado en sus viajes estaban rotos, me apretaban la espalda cuando por las noches me sentaba al teclado por pedido de Fanny. Tocaba cancioncillas y valeses con los mitones puestos, todavía era crudo el frío en la casa, las teclas estaban heladas, pero se calentaban en cuanto más diestramente las tocaba. El piano gangueaba, el doctor no venía, menos aún el afinador. Los días pasaron. Fanny se afanaba yendo y viniendo por el pasillo con la bandeja cargada de piernas de cordero y estofado de papas, jamón y sopa de hígado, luego la taza de café con una pisca de ponche. En las cenas Hulda me contemplaba desde el otro lado de la mesa con su sonrisa de pájaro bailoteando en la comisura. Chapoteaba en la nieve blanda del parque, dejaba que la falda de lana se me mojara hasta la rodilla. La luz solar se derramaba en el patio y en mi recámara.

Llegó marzo.

Una tarde cuando iba de regreso desde el parque vi al debajo del porche. Estaba sentado en una de las sillas del jardín envuelto en una de las frazadas de Fanny y tenía una taza de té humeante en las manos. No lo había visto desde aquella noche invernal de su llegada. Los dedos de las manos eran largos como garras, iguales a los de los pies. Aparte de eso se veía demacrado y pálido, me siguió con sus verdes ojos mientras me acercaba maestro Valdemar en la cuesta a

la casa. *Toca maravillosamente* , dijo en el momento en que pasé suficientemente cerca, la voz sonó clara e inusual y las palabras luchaban con un indicio de acento. Me detuve e hice una leve reverencia en dirección al maestro antes de entrar por la sopa de avena. Cuando me senté a tocar el piano de nuevo esa noche, pude escuchar el compás del reloj de pared desde la biblioteca donde ahora la puerta estaba entornada, supe que el tiempo de nuevo se había puesto en marcha. El hombre que se hacía llamar maestro Valdemar caminaba en el interior de la habitación, parecía que hurgaba entre los paquetes de papeles del doctor, en los manuscritos y los estantes medio vacíos, leve tintineo de porcelana. Intenté imaginarme su rostro, la espalda estirándose ahí donde estaba, los bucles rodeando la frente, quizás se sentara por instantes en el banco donde me solían indicar sentarme para las lecciones. Pensé en cuando era yo la que estaba sentada junto al escritorio de nogal al frente del doctor Eldh, con la pluma de ganso y los perfumados papeles, pensé en el ojo torcido del reloj, vertido hacia su propia eternidad. Dejé descansar los dedos sobre las teclas del piano, me había quitado los mitones pese a que el frío de marzo todavía roía las paredes, y después toqué.

Cuando yo todavía era muy pequeña me regalaron un corderito. Fue en la época en que todavía me sentaba en el regazo de Fanny por las noches en el porche para que me diera de beber la leche caliente, y aún no había empezado a sacarme de su cama, o a leerme desde la mecedora al lado de mi cama sobre Nuestro Señor Jesucristo, para sofocar mis gritos. Todavía dormía envuelta en el olor espeso de tabaco y lavanda de la piel de Fanny. Andaba cerca cuando ella se dedicaba a alguna tarea, me prendía de su falda queriendo que me cargara: y Fanny me alzaba y me cargaba. Me sentaba con el conejo de trapo y la muñeca con miriñaque de seda junto a sus pies mientras ella se sumergía en el bordado, y cada vez que quería estar en sus brazos, ella dejaba de lado lo que tenía en la mano. Luego me regalaron el corderito. Fue Krantz quien llegó con esa pequeña criatura negra en los brazos una noche, preguntándole a Fanny qué hacer con ella. Era un corderito muy pequeño y curiosamente delgado que primero había sido rechazado por la madre, y luego por las otras ovejas del corral, que tenían críos. Fanny levantó el corderito que colgaba indolente del pliegue del brazo de Krantz mientras balaba débilmente, después me dijo que ahora éramos nosotras las que tendríamos que ser las nuevas mamás del pobre corderito. Tenía una lana oscura y brillante, casi azul, los crespos cubrían el huesudo cuerpo con un diseño adornado, regular y exquisitamente formado. Fanny me lo mostraba diciendo, vea niña cómo el Señor Dios crea todo lo bello y complejo de este mundo. Me sentaba con el cordero en el porche y le daba la leche que Fanny había vaciado en un pequeño frasco de vidrio donde había puesto un chupo en el extremo. El sol iba desapareciendo bajo el techo medio hundido de la leñera y la luz del crepúsculo caía

amarilla, tibia y extraña sobre el cordero y sobre mí ahí en el porche. Bebía la leche sólo por momentos, apartando de vez en cuando su desganada cabeza peluda, a veces mirando fijamente hacia el parque desde donde estaba sentado en mi regazo, como si esperara algo. Lo ponía en el piso del porche y el corderito daba unos pasos en el tapete, pero luego se quedaba echado sobre el trasero de nuevo y balaba y no quería moverse más. Cuatro noches me quedé durmiendo en la cocina con Fanny mientras el corderito dormía en un bulto de mantas que ella le había organizado junto a nosotras en el piso. Fanny dormía como un ceporro en la cama, pero yo despertaba cada vez que el corderito balaba o se movía ahí abajo, entonces tendía mi mano desde la cama y la ponía sobre el cuello torcido del corderito y lo acariciaba hasta que se callaba. Al quinto día cuando desperté vi que no estaba en la camita. Y Fanny me dio sopa de avena y me vistió con delantal y me hizo las trenzas mientras que yo le preguntaba qué había pasado con el corderito. Finalmente, con el rostro cerrado y distante, me dijo que todo lo bello que había en este mundo no siempre tenía el don de vivir, es triste, niña, pero ya no hagas más preguntas. No me contenté con la explicación, todo el día fui tras de las nalgas de Fanny y le pregunté por el corderito hasta que se cansó, y me mandó a sentar lejos, junto al fregadero de la cocina, pero entonces me eché a la alfombra arrugándome el vestido y grité durante un largo rato, llamando al corderito. A Fanny se le contrajo el rostro, dejó lo que tenía en la mano salvo la cuchara de palo, avanzó con tres grandes pasos y me dio una reprimenda. Por la noche en mi recámara, acostada, lloraba por el corderito y por Fanny que me encerró con llave y luego se fue a cenar con Krantz abajo en la cocina. Oí el picamaderos en el pino, grité hasta quedar ronca, finalmente me dormí sin quitarme el delantal que al amanecer estaba húmedo y pegajoso cuando Fanny regresó. Se sentó en la orilla de la cama de espaldas a mí, y ahí se quedó un momento, el sol matinal jugueteaba sobre su nuca y el moño deshecho donde unas mechas del cabello gris moteado se

habían soltado. Y se volvió hacia mí y me acarició un poco la frente y las mejillas y dijo *pobrecita, que esta vida no está hecha para una niñita* . Y me alzó de la cama, me quitó la ropa sucia, deshizo y recogió las sábanas pegajosas y me llevó escaleras abajo hasta la cocina y me metió en la tina de baño. Desató mis trenzas y me vertió el agua caliente con el cucharón. Había puesto la sopa de avena a fuego lento sobre la estufa esperándome. Afuera, el picamaderos comenzó a picotear los pinos de nuevo, y el sonido resonó y se mezcló de un modo extraño con el del agua que hervía a borbotones mientras el sol se movía lentamente sobre el piso. Luz coralina. Me limpiaron, me secaron, me dieron de comer: no pregunté más por el corderito.

Algún tiempo después, cuando Fanny ya había empezado a echarme de su cama para dejarme dormir sola arriba, el corderito de repente empezó a llamarme por las noches, desde el patio. Al comienzo me tapaba los oídos con las almohadas, pero afuera el corderito balaba alto y estridente y no había forma de callarlo. Al fin bajé en calcetines y camisa de dormir y buscaba y buscaba al corderito que me llamaba tan desesperado sin dejarse ver en esas noches de verano, hasta que llegué al establo. Ahí estaban las ovejas apretadas con la camada de corderos que ya se veían crecidos y feos, me miraban fijamente y sentí como si estuvieran escondiendo a mi corderito detrás de sus espaldas solamente con el fin de torturarme. Y abrí la puerta del corral y me metí por detrás de las ovejas para buscarlo, todo el rato balaba chillonamente en mis oídos, pero ahí detrás, el corral estaba vacío. Entonces se oyó ladrar el zorro en la orilla del bosque como si él también hubiese escuchado el llanto del corderito. Empecé a abrirme paso a codazos entre las ovejas y las empujé para que salieran al patio y las amenacé persiguiéndolas con una vieja pala de estiércol mientras salían a la noche con la camada, algunas se paraban y se quedaban pastando al borde del parque y ya no pude hacerles seguir adelante, pero logré que unas cuantas trotaran bosque arriba. Cuando ya no

pude más, volví a la casa y subí hasta mi habitación y me metí en la cama, escuché el ladrido del zorro que al final había conseguido callar al corderito. Antes del amanecer se oyó el estruendo de la puerta de la casita de Krantz, que salía corriendo por la grava. Sentada en la cocina comiendo gachas oía los maldiciones de Krantz yendo de un lado a otro del patio entre los restos de las ovejas destrozadas, y conduciendo de nuevo las otras al corral. Fanny estaba parada junto al fogón moviendo la caldera, sin decir palabra. Yo llevaba la cuchara a los labios una vez tras otra, dentro de mi cabeza cantó el silencio. El olor de vellón y carne quemada se elevó desde el fuego de Krantz en el prado bajo el remolinante cielo. Llegó la noche.

Mis primeras imágenes de Liltuna: brumosa luz colándose por una ventana con montantes, el olor de sábanas limpias. Tenía el cabello castaño, las palmas de mis manos eran suaves, en cuanto el doctor abrió la puerta de la carroza bajé por la escalinata andando como un patito. Y me levantaba en el aire, y me daba vueltas, antes de entrar a la biblioteca y abrir la ventana de par en par, y se paraba delante del reloj de pared para moverle cuidadosamente las entrañas y así poner el tiempo en marcha de nuevo. La ancha espalda del doctor escondía la esfera del reloj, pero me alcanzaban los chasquidos y golpecitos del estuche dorado mientras acomodaba la mecánica y luego las manecillas, después de lo cual cerraba la tapa de nuevo sin tocar el cristal suavemente combado.

Siempre que estaba trabajando me dejaba jugar en el tapete con el caballito que me había regalado en Navidad. Me acostaba boca abajo con el libro de mapas y memorizaba los nombres de los países, en el salón me sentaba frente a él a la hora de las comidas y me llevaba hábilmente el tenedor a la boca y comía el pudín de pescado. Afuera el crepúsculo rosa dividía la tarde. Cornejas o urracas silbando en los tilos del jardín trasero. Vestida en mi traje marinero me acomodaba en la silla con el cuaderno de matemáticas abierto y me consolaba, pues me daba miedo que el reloj continuara vigilándome desde la pared como un ojo ciego.

El doctor Eldh se paraba junto a la ventana a observar el cielo y los álamos inmensos fuera de la biblioteca. Yo seguía las dramáticas líneas de su perfil, sombreado a la luz vespertina, agarraba la pluma y me preparaba, y el doctor me dictaba:

Anotaciones: cuando era todavía un joven estudiante sólo con

aspiraciones a la profesión de médico, le tocó a mi clase realizar una autopsia a una mujer fallecida a causa de un tétano particularmente violento. Se trataba de una hospiciana de la región. En el momento de morir la mujer se había paralizado en forma de arco, debido al calambre, de la manera más desagradable. Tuvimos que forzar los brazos rígidos para acceder al abdomen de la hospiciana, hinchado por el hambre, y del que esperábamos adquirir al menos un par de órganos internos. El seno era enorme y las grandes mamas hinchadas se zarandeaban de un lado a otro mientras trabajábamos con el cadáver, dando una impresión execrable. Cuando por casualidad fijé mi mirada en el rostro de la muerta, de repente fue como si todo temblara a mi alrededor. En el instante en que los delgados labios, a causa de nuestros movimientos y empujones, se separaron, se vio ahí dentro una oscuridad tan profunda que no podía apartar mis ojos. Era como si hubiese mirado directo al infinito y ese abismo quisiera tragarme. No pude deshacerme de la imagen, ni de la horrible sensación, ni siquiera cuando ya iba de regreso a casa por los callejones esa misma tarde, y el cielo pesaba sobre mi joven cabeza como un enorme globo gris plata. En la noche había un pequeño baile al que fui en compañía de mis compañeros de estudios, todavía con el peso encima. Era la época en que solía sentarme en mi cuarto estudiantil, inmerso en mis estudios o a leer poesía, si no es que yo mismo me dedicaba a escribir algunos versos tristes. Desde niño en cualquier tipo de contacto con el sexo opuesto me embargaba una timidez severa, no encontraba placer en los bailes, en los eventos o en las visitas a los prostíbulos a donde me llevaban mis compañeros de estudio. Muchas veces le pagaba a la chica tan pronto como entraba en la habitación y luego me iba a casa con el asunto inacabado. Observaba las audaces conversaciones de mis compañeros en la fiesta y el baile

con esas coquetas, criaturas de ojos nocturnos a las que los mozos de mi edad se acercaban como gallos relucientes: mientras yo mismo me quedaba con la lengua atrapada, o acababa envuelto en disputas, extrañas peleas con las mujeres a las me había acercado para conversar, sobre todo si el brandy se me subía un poco a la cabeza o si la señorita tenía una lengua mordaz. Esta noche me animé, e invité a una de las visitantes a un valse, la muchacha era lo suficientemente mundana como para no rechazarme. Olía a pan de canela y a otra cosa, algo soso, pero todo fue agradable al principio. Luego, en medio del baile, de repente me sobrevino de nuevo la sensación de antes, y la imagen de las fauces abiertas de la hospiciaria, y en el momento en que la muchacha después del último tono del valse se inclinó hacia mí para decirme algo, con la boca medio abierta, me atacó un miedo impetuoso y salí sin previo aviso. Esa noche y las que siguieron soñé una y otra vez la misma cosa: que separo el rostro abismal y levanto el cuchillo de disección con el que hago la primera incisión en el vientre de la hospiciaria, luego de lo cual, desde la abertura, extraigo su útero, y lo sopeso en mis manos –

Un día el maestro Valdemar estaba sentado junto al piano cuando llegué al salón. No estaba tocando. Sobre la nuca su cabello ondulado, había crecido desordenadamente después de todos esos días y noches encerrado en la biblioteca. Tenía un vaso de ponche medio lleno encima de la tapa del piano. Contraluz. Afuera del salón, en la tarde penumbrosa miré a lo lejos las liebres huyendo hacia los linderos del bosque, todavía eran blancas y relucientes tras el invierno. *¿No piensa entrar?*, preguntó el maestro Valdemar sin darse vuelta, *quizás quiere tocar un poco* . El campo se extendía quieto y con manchas grises afuera, la nieve ya casi desaparecida, me quedé parada junto a la puerta con los calcetines, empapados después de mis juegos abúlicos en el parque. Hice una reverencia a

pesar de que el maestro no me veía. Entonces se incorporó del banco y se volvió hacia mí, se había puesto la bata del doctor y los pies estaban desnudos dentro de las chanclas sin cerrar. Su sonrisa fulguró y los ojos verdes relucieron debajo de la estría de luz que caía desde el candelabro de pared; se apartó, hizo un gesto vago con la mano hacia el piano. *Pues, veo que quiere*, dijo mientras con la otra mano tomó el vaso de ponche vaciado a medias. Dudé un instante antes de dar los pocos pasos por el salón hasta el taburete. No lo miré mientras me senté, en el atril había una partitura de las que Fanny había conseguido baratas en la ciudad, una polca. Pegué la mirada afuera en el campo que estaba a punto de desaparecer en la oscuridad de la tarde, puse los dedos sobre el teclado, el piano sonaba tan mal como antes. Después del último tono de la pieza quedó todo en silencio. Pero un momento después empezó a aplaudir, seis, siete lentos, demorados palmoteos. Cuando lo miré de soslayo estaba tendido en el sofá con los chanclos abiertos sobre el terciopelo y el cojín bordado de Fanny apoyado debajo de la nuca. *Es rápida sobre las teclas*, dijo con esa clara y extraña voz. Me levanté, hice una reverencia de nuevo antes de apresurarme por el salón hacia el pasillo de la cocina, y subí las escaleras a mi recámara. No le busqué la mirada desde el sofá a mi salida. El olor de la sopa de huevo inundaba la casa. El mirlo cantaba en el serbal afuera de mi ventana pese a que el campo ya se hallaba oscuro e invisible en la negrura. Dormí con la faja puesta, soñé con la flor negra que una y otra vez se despedazaba dejándome los dedos manchados y pegajosos.

Al amanecer me senté en las escalinatas de la cocina con la navaja y un trozo de corteza húmeda mientras Krantz ajustaba el caballo al trineo para ir a la ciudad; al volver en la tarde traía consigo al doctor Eldh. Yo estaba en el establo delante del pedazo de espejo de Krantz, cuando escuché el crujir de las ruedas de la carroza y al caballo entrar al patio, pateando el barro desnudo que había emergido de la nieve. La mugre se aposentaba en la raíz de mi

cabello, las mejillas se habían ahuecado y empalidecido por el invierno, mi cuerpo había crecido y tuve que ajustar el pedazo de espejo para verme la cara: escupí en el dobladillo de la falda y escarbaba la mugre de los oídos. La franja de luz temblaba en el cielo de la tarde. Junto a la tina con el baño preparado me esperaba Fanny, había puesto el vestido de imitación de seda en el banco de al lado y los mamelucos limpios, el doctor ya se había apeado del trineo y estaba sentado en el salón con el de bucles. Fanny me dejó bañar sola, había colgado la franela en la ventana de la cocina y había ordenado a Hulda y a Gustava que salieran, y luego se quedó afuera en el pasillo doblando el lino. Me quité la ropa y me desaté la faja del cuerpo, me metí en la tina, me froté los brazos y las piernas con el cepillo sin tocar la hendidura ni las ampollas. Me froté meticulosamente la raíz del cabello desde la frente. A través de la pared escuchaba al doctor y al maestro bromear y charlar en el salón mientras que me secaba, metí los pies en los mamelucos, luego anudé la cintura y me puse el vestido, las mangas se habían vuelto cortas, y tuve que contener la respiración para poder abotonarlo. Me peiné e hice solita las trenzas con el cabello húmedo, las amarré con las rosetas amarillas que Fanny me había preparado. Después me senté en el banco a esperar que me llamaran.

El doctor se quedó siete días en Liltuna. Paseaba en compañía del maestro a lo largo del vallado, y el crepúsculo hacía brillar el revoque de la casa como un oro rojo, se sentaba en el salón y fumaba y conversaba y bebía ponche o vino de endrino que Fanny les traía de la despensa del sótano. En las noches me pedían que fuera al piano y me acomodaba en el taburete: la noche afuera negra como alquitrán, vislumbraba el contorno de mi propia figura en el vidrio de la ventana enfrente mío. A mis espaldas se veían los rostros del doctor y el de bucles flotar como dos óvalos líquidos, nítidos e iluminados por la luz de la lámpara de araña: mi propio

rostro se veía negro y difuso con la luz en contra. La primera noche toqué una marcha breve, los tonos sonaban mal, pero detrás de mí, desde el sofá, el maestro Valdemar aplaudió del mismo modo que la vez anterior. Cuando me volví para hacer la reverencia me miró con los ojos entornados y una sonrisa que brillaba como esmeralda verde. Ante la pregunta del doctor de si él, con su experiencia, podría examinar el instrumento y tal vez hasta afinarlo, dijo, que desafortunadamente tenía que ser cuidadoso con las manos adoloridas después del frío y torturante invierno. *Por supuesto, dijo el doctor, que descanse bien y que recupere la salud con el aire del campo tanto como necesite .*

El de bucles bebió un sorbo del vino de endrino, los párpados estaban entreabiertos, noté que el contorno del labio superior se afilaba y arqueaba debajo del bigote rubio, como un trazo de lápiz cuidadosamente pintado.

A la mañana siguiente el doctor mandó a Krantz en busca del afinador. Me quedé arriba en mi recámara esperando vestida de traje mariner, la costura crujía como si estuviera a punto de estallar.

Cuando el afinador fue llevado de regreso a la ciudad, después de haber fijado bien el instrumento, me esperaba el pequeño obsequio en una cajita de regalo fuera de mi puerta. Contenía dos bandas de seda roja escarlata, como la sangre. Me las amarré a la raíz de la trenza, me pellizqué las mejillas para colorearlas, bajé al piano al anochecer cuando me hicieron llamar. El doctor me esperaba sentado en el sofá junto al maestro Valdemar con el chaleco desabrochado. Me dirigió una mirada velada de vino de endrinos.

Busqué de nuevo el punto fijo afuera en la oscuridad del campo, hice la pequeña pausa, y luego dejé que los dedos corrieran levemente sobre el instrumento, tocaba las melodías que más le gustaban al doctor del cuaderno de partituras de Fanny. Los tonos eran claros y suaves, el piano ya no gemía. Después ambos aplaudieron durante un buen rato desde el sofá, y el reflejo del vidrio enfrente mío mostraba un rostro de niña enmarcado de

trenzas bien atadas y se veía raso y oscuro como si hubiese sido borrado y reemplazado por alguna otra cosa que no sabía qué era. Las grandes manos del doctor aplaudían con entusiasmo creando un estruendoso repiqueteo, y mis miembros ardían por dentro de nuevo. Era todavía la Incurable, me levanté del taburete e hice la reverencia. El maestro Valdemar todavía llevaba la bata, pero ahora se había atado las chancas. Afuera en el vestíbulo de la cocina se amontonaban las botellas vacías, los fondos eran negros y coagulados por los endrinos.

Me di cuenta de que el maestro se distraía fácilmente mientras estaba en el sofá hablando con el doctor bajo la lámpara de araña, como si de cuando en cuando se ensimismara o perdiera interés. Entonces se notaba un nubarrón pasando detrás de los quevedos del doctor, que inseguro buscaba la mirada del otro y empezaba a hablar forzado o nervioso, intentando atraer la atención del maestro. Eso me hizo pensar en los invisibles, aquellos a quienes el doctor a veces tenía la costumbre de dirigirse en la biblioteca durante mi enseñanza, profiriendo insultos sobre esos enemigos secretos que repentinamente lo rodeaban: estaba claro que el maestro Valdemar no era uno ellos.

Uno de esos días en que el doctor y el maestro paseaban por los campos, miré al pasar la puerta de la biblioteca, que estaba entornada, hacia la penumbra ahí dentro. El escritorio de nogal estaba abarrotado de papeles y piezas y prendas extrañas, y encima de todo vi el reluciente sombrero de copa del maestro. Mas hacia adentro de la habitación sonaba el pulso del reloj en la pared, con sus hojas y ornamentos dorados que brillaban tenuemente a la luz que llegaba del exterior.

A veces me sentaba en la ventana de mi recámara y seguía con la mirada al doctor Eldh mientras caminaba en el campo con el maestro Valdemar. Llevaba su abrigo de invierno y la chaqueta de

punto por debajo, una humareda de pipa lo envolvía y luego subía al cielo echando nubes. Algunas veces se detenían y apoyaban las frentes uno contra el otro como si fueran padre e hijo o como dos dolientes antes de continuar andando en el anochecer. Traté de distinguir sus rostros desde lejos mientras iban a lo largo del vallado, notaba cómo se atraían el uno al otro y cómo se iluminaban en sus compañías. Pensé en las veces en que el doctor caminaba conmigo por las acequias mirando las flores de los prados que rodeaban a Liltuna durante nuestras excursiones, el recuerdo de su enorme mano reseca revoloteó dentro de mi cabeza como la última mariposa de verano.

A la hora de la cena, salió Hulda y los llamó, la vi precipitarse como una flecha hacia el lindero del parque, y luego pararse ahí y hacerse una tonta con melindres y remilgos y reverencias hacia al maestro: no se había puesto la capucha y el ventarrón de marzo hizo alborotar su cabello que volaba cautivadoramente alrededor del moño.

El maestro la observó pensativo y dio unas chupadas rápidas a la pipa.

El serbal crujía con el viento. Leve chasquido de los entresuelos de la casa.

En aquel tiempo justo después de que me fueran arrebatadas las pelinegras, desperté una madrugada al sentir que Fanny estaba inclinada sobre mi cama, tenía la cabeza envuelta en el chal y el abrigo puesto. Me incorporé en la cama y sin hacer preguntas dejé que Fanny me vistiera en silencio y con un gesto peculiar en el rostro, como disuelto. Me introdujo en la falda de lana, me puso la blusa, anudó mis botas meticulosamente y con fuerza, luego me sacó de la cama y me bajó cargada por la casa, en el patio me descargó y me tomó de la mano. Empezamos a andar atravesando el campo hacia la carretera. Cuando ya habíamos alcanzado la cima de la colina, se detuvo de repente y me pasó un pequeño bulto que sacó del chal; olía a recién horneado y sentí los bordes ásperos del pan debajo de la tela contra mis dedos. Empezó a clarear. En las granjas lejanas se encendieron las primeras luces, brillaron las ventanas y Fanny me miró con ese rostro disuelto y extraño antes de dar la vuelta y emprender el regreso hacia Liltuna. Me quedé parada en la cima con las fincas vecinas a mi espalda, escuché los perros ladrando a lo lejos y el golpe de una puerta que resonó en las colinas mientras observé el vaivén de la falda de Fanny al caminar hacia la casa, campo abajo. La falda subía y bajaba a cada paso y se veía negra en la parte inferior de la tela, por la humedad, pero hacia arriba brillaba como tiza blanca en contraste con la tierra. Permanecí allá arriba un rato, y luego empecé a correr titubeante colina abajo detrás de Fanny. Cuando la alcancé al comienzo no se volvió, sino que siguió mirando fijamente delante en la penumbra y vi que todavía tenía ese rostro peculiar, como una triste mueca: de repente sacó la caña del cinturón y empezó a amenazarme para que me apartara y volviera campo arriba, *pero ¿es que no tiene nada en la*

cabeza? , chilló, ahí tiene, corra ahora, y luego, más fuerte: pero iváyase de una buena vez, niña tonta! Y yo saltaba a un lado para que no me alcanzara con la caña, pero tan pronto ella empezaba a caminar otra vez, yo la seguía, y se volvía de nuevo y me golpeaba con furia y yo saltaba evitándola, y cada vez que ella emprendía la marcha hacia la casa, yo la seguía. Al final se dejó caer en el prado cerca del lindero del parque, con los brazos vencidos a lado y lado, débiles, a la luz grumosa que crecía desde el cielo arriba. Me quedé parada a unos metros, con el pan todavía apretado contra mi pecho, y la dejé sollozar y hipar un rato ahí sobre la tierra húmeda antes de acercarme y sentarme a su lado; y ella me tomó en brazos como antes, dejándome reposar con la cabeza metida debajo del abrigo hacia su costillar. Por el rabillo del ojo vi acercarse a Krantz, se quedó parado un rato observándonos desde el portón de su cabaña, y luego volvió a entrar con cuidado cerrando la puerta desde dentro, dejándonos tranquilas. *Niña tonta* , murmuró Fanny acariciándome el cabello antes de levantarnos y entrar. Y me hizo sentar en el banco largo y encendió el fuego de la chimenea y empezó a mover y hacer sonar las teteras. Partí el pan de la tela y le quité la dura cáscara y me comí a mendrugos la fresca entraña blanca mientras el frío se escurrió de la cocina. Afuera el globo solar invadió Liltuna con su ardor color cereza.

Llovizna. Húmedos tallos blancos de los abedules. Una noche, cuando fui llamada al piano esa primavera en que el maestro Valdemar llegó a Liltuna, encontré a Hulda, Gustava y Fanny paradas junto a la pared del salón. El doctor Eldh se veía encogido e incómodo en el sofá, era evidente que la ocurrencia no había sido su idea. El maestro Valdemar sonreía demostrativamente apoyado sobre el piano con uno de los codos, *pero entre por favor*, dijo y levantó el vaso en la otra mano como para un brindis, *se supone que la señorita Cesárea sabe que la música es para ser escuchada, ¿no?*

El doctor Eldh permanecía en el sofá, se retorció un poco, asintió con la cabeza y farfulló aprobando con una sonrisa forzada; Fanny había encendido el candelabro del techo y el salón estaba caliente y asfixiante. Noté que Hulda se había alisado y peinado el cabello sobre la frente y la raya brillaba como recién humedecida con agua o brillantina, las mejillas se veían sonrosadas como si se hubiera pellizcado, se había quitado el delantal, ahí parada junto a Gustava llevaba solamente el vestido de lana.

Me senté al piano y del cuaderno de notas toqué las melodías preferidas del doctor, me demoraba en los tonos permitiéndoles sonar nuevos y sorprendidos. Cuando me di vuelta vi a Hulda allí toda encendida junto a la pared con la mirada fija en el de bucles. Fanny y Gustava con la mirada fija en el piso. El de bucles parado en mitad del salón, imitando el aplauso con la parte superior de la larga mano como una garra contra la otra que seguía sosteniendo el vaso.

El doctor Eldh no me pidió ir a la biblioteca para el dictado, no tenía ningún juguete consigo. En la noche soñé de nuevo con la casa abandonada, la rosa que una y otra vez se hacía cenizas en mis manos. Los pequeños pétalos se veían añejos, sólo bastaba rozarlos para que se deshicieran.

Abril ahora.

La hilera de aves migratorias disparada por la blanca cúpula del cielo.

Abajo en la biblioteca andaba pesadamente el maestro Valdemar en los chanclos hasta la madrugada, después de sus sesiones en el salón con el doctor. Me acostaba en el piso de mi recámara sólo en ropa de dormir, a veces presionando mi oreja contra las tablas del piso, y el tintineo del cristal y el ruido del maestro Valdemar cuando se daba empujones contra los muebles subían directo hasta mi cráneo.

Entonces las criaturas se soltaban de nuevo de las sombras de los rincones, como derramándose del sueño a la vigilia, y apretaba los ojos para mantener los límites de lo soñado hasta que me salían

lágrimas. Y el terciopelo negro subía desde los rincones oscuros de mi recámara y se rasgaba en dos, y las criaturas me abrazaban con sus brazos largos hasta que tuviera que sentarme a sacudírmelas con todas mis fuerzas. Afuera de la ventana las noches se hacían más claras, llegaron lentas e inexorables y se tendían sobre la casa como enormes mantas húmedas después de que el crepúsculo se rompía como una cáscara de huevo, y se desangraba en deslumbrante luz rosácea. Ligeras lluvias en las noches antes de ser tragadas por la oscuridad.

La víspera de la despedida del doctor estuvo la noche animada ahí abajo en el salón. Lo escuché a través del entarimado hablando con el maestro Valdemar, las palabras se oían distorsionadas, como dentro de una lata, borrosas, sin bordes; cuando anocheció las voces se desvanecieron y se apagaron reemplazadas por el ronco sonido del sueño del doctor desde el sofá, donde debió haberse dormido. Al comienzo todo estaba tranquilo en la casa, pero después de un rato escuché un crujido desconocido desde fuera, debajo de mi ventana donde crecía el serbal, y me incorporé en el suelo en la oscuridad de la recámara. De repente la voz de pájaro de Hulda se soltó de la noche, seguida de otra voz, más sorda y silábica, extraña hasta que la pude reconocer. Al comienzo se oía el gorjeo de siempre, como ocurría cuando Hulda estaba de humor, pero luego llegó un nuevo tono en el pajareo, primero servil, o suplicante, después sollozante y lamentoso, y los movimientos cobraron vigor, y empezó un sordo forcejeo y un frotamiento, golpecitos apagados contra la pared. Entonces me acerqué en calcetines a la ventana y pegué el rostro contra el vidrio y dirigí la cabeza para ver qué pasaba junto a la pared, pero debajo del serbal estaba totalmente oscuro. Arriba el cielo se volvía gris hacia la medianoche, pero cuando el pequeño cuerpo se zafó repentinamente de la presión contra la pared, había aún suficiente luz como para distinguir el vestido de lana a rayas

atravesando velozmente el patio en dirección al parque. La cabeza y las manos no se veían, sólo el vestido brillando contra el fondo cada vez más oscuro, cuando se lanzaba de un lado a otro mientras el de bucles la perseguía entre los álamos. Su voz de pájaro continuó rogando mientras corría. Entreví vagamente la coronilla del de bucles y sus oscuras manos delgadas cuando finalmente agarraron a Hulda, y luego como el vestido se deslizó en la tierra húmeda, manchándose hasta que se hizo difícil de distinguir, entre tanto ella fue arrastrada hacia la pared y desapareció debajo del serbal. Y la voz suplicante calló, mientras el forcejeo y los golpecitos sordos empezaron de nuevo, y fueron creciendo, hasta quedar todo quieto. Volví al interior del cuarto, de abajo no salía ningún ruido salvo el tintineo de una correa o un cinturón. Luego escuché al de bucles chapoteando por el pantano de regreso a la casa, y la puerta de la cocina abriéndose y cerrándose tras él.

El doctor todavía roncaba en el salón, los chanclos del maestro Valdemar rechinaban mientras andaba por la casa, entrando en la biblioteca donde revolvió cosas y muebles antes de que todo quedara de nuevo en silencio. Nada se oyó desde el serbal. Volvió a llover.

Y por la mañana Hulda comía las gachas de avena sentada en la cocina junto a Gustava, tenía la capucha fuertemente anudada debajo de la quijada. Cuando Gustava le dio una patadita debajo de la mesa como era su costumbre, ella no se la devolvió, sino que se quedó con la vista clavada en las gachas. Se le veía la cara gris y extraña. Ninguna sonrisa guasona, ninguna mirada recorriendo su cabeza hacia una libertad inaccesible como aquella vez entre los frambuesos. Noté que se dejó la capucha puesta cuando más tarde Fanny le ordenó ir y avisar al doctor y al maestro Valdemar de la comida. Yo estaba sentada en el banco debajo del porche comiéndome una manzana y la vi ir dando un lento rodeo por el

patio. Se había metido el moño de la trenza debajo de la capucha y se detuvo un poco antes de la escalera del cenador donde el doctor y el maestro conversaban y fumaban, sin acabar de entrar. A través de la pequeña ventana vi como el rostro del de bucles se iluminaba y se ampliaba con la flama de la linterna que habían llevado consigo. Más hacia el interior se asomaban las grandes manos del doctor, el rostro estaba oculto, raspaba la pipa. Hulda hizo una reverencia desde donde estaba, no quitaba las manos del delantal. Entregó el recado de Fanny para que fueran a comer, sin levantar la mirada. Las mejillas se veían descoloridas bajo la granulosa luz del mediodía. La primavera casi encima.

Un poco más tarde ese mismo día Fanny y yo paradas en los escalones de la entrada vimos desaparecer la carroza del doctor en la cima de la colina. Y de nuevo pidió el maestro Valdemar que le llevaran la comida en la bandeja a la biblioteca. Los dos días que siguieron comió a puerta cerrada, después de lo cual cada vez abría la puerta del mismo modo y empujaba la bandeja en curva sobre el piso antes de volver a cerrar la puerta. Evité el piano, sentada en mi cuarto dibujaba caballos en la pizarra que me regaló el doctor el día de cumpleaños.

Y al llegar la noche regresó el sordo forcejeo desde abajo del serbal. Sin gorjeos, ni carreras del vestido de lana entre los árboles. Sólo por un momento sonó la débil súplica de Hulda, y luego el silencio y el frotamiento y los golpes sordos como de un cráneo contra el muro o como de un codo y luego otra vez silencio, y el tintineo de la correa, seguido por el chapoteo a lo largo del exterior de la casa hasta la escalinata de la cocina, cuya puerta se abría y se cerraba. Y cada mañana Hulda se le veía con la misma cara, gris y extraña, sentada frente a sus gachas mientras Gustava le dirigía miradas ansiosas del otro lado de la mesa, y Fanny permanecía de pie con la espalda tensa revolviendo la caldera con el vapor de la cocción a su alrededor. Afuera Krantz iba cada vez más lejos por la dehesa, inventaba inútiles tareas hasta la leñera y caminaba

sigilosamente entre los animales y se descuidó en venir por sus gachas. Los negros surcos de los prados volvieron mis botas pegajosas y manchadas de tierra.

Guardé en el baúl el vestido marinero y el de imitación de seda, seguí envolviéndome la faja.

A veces veía al maestro Valdemar sentado y bien arropado en el sillón del jardín en el crepúsculo, farfullando y rezongando a su modo, cuando yo venía del parque. Tenía la botella al lado incrustada en la hierba, la luz del atardecer refulgía en el cristal y la luz rosa pálido chisporroteó una última vez sobre las copas de los pinos. Cuando descendió la oscuridad salió Gustava con la antorcha y cambió la botella vaciada por una nueva, llevaba puestas las almadreñas y el chal de invierno a pesar de que había empezado a calentar. Los mirlos. De vez en cuando se quedaba dormido afuera y Krantz tenía que levantarlo y llevarlo casi cargado hasta la cama. Me senté sin ser vista en la oscuridad del salón, escuchando que Krantz daba tumbos por el pasillo bajo el peso del maestro Valdemar, antes de alcanzar el salón y la biblioteca y hacerlo entrar por la puerta. El cuadro de luz verde iluminaba el piso de la sala, vi en el interior el taburete volcado y las polainas del maestro colgando del brazo de la silla del doctor para que se secaran, parecían tiesas y abandonadas. El reloj de pared estaba otra vez quieto, el doctor había dejado de darle cuerda, evité mirar la pupila negra en el centro de la esfera. Luego la puerta se cerró de nuevo, y desapareció la luz.

Por aquel tiempo en que las pelinegras todavía vivían en el cuarto de la servidumbre, acostumbraba a ponerme a jugar en el pasillo fuera de la cocina esperando que terminaran sus labores y tuvieran un descanso, entonces salía corriendo y me sentaba un rato con ellas en la cuesta mientras comían la tajada de pan que Fanny les daba. El sol se desprendía de las nubes haciendo brillar sus negras trenzas. Una de ellas tenía una pequeña cicatriz en la comisura de la boca, fue por eso que Fanny poco a poco aprendió a distinguirlas cuando ellas todavía se obstinaban en intercambiar los delantales. Yo en cambio siempre sabía quien era quien, incluso desde lejos cuando venían caminando desde las dependencias o la dehesa, por su particular manera de andar, o cuando les oía las pequeñas diferencias de la risa, o por el olor del cabello vagamente distinto.

En el sueño están al otro lado del lago.

Las muchachas que con los años llevaban a trabajar a Liltuna siempre estaban andrajosas y desnutridas. Días después de llegar ya habían comido hasta saciarse. Si me hubiese quedado en la ciudad al nacer quizás habría tenido un nombre como los de ellas. Federica o Hanna, Valborg o Josefina. Se sentaban en el banco grande con los chales puestos y devoraban el caldo de carne y los biscochos de Fanny, después se les encendían los rostros y les resultaba difícil mantener los ojos abiertos con tan tremendos hartazgos.

Sólo las más zarrapastrosas y malnutridas eran las que se dejaban atraer de ir a trabajar con Fanny y conmigo en Liltuna, según pude entender. Las traían desde la ciudad en la carreta con Krantz o en la carroza con cocheros alquilados en compañía del doctor Eldh. Tenían siempre mala dentadura, faldas demasiado grandes o demasiado

pequeñas y camisas de trabajo, eran sucias y calladas o más parlanchinas de lo que Fanny podía soportar; siempre se mareaban de tanto comer los primeros días y se retorcían por los cólicos que seguían a la saciedad. Si estaban en muy mal estado no se quedaban mucho tiempo en Liltuna, tampoco debían hacer chismes o carecer del todo de inteligencia, tenían que saber comportarse y ser sufridas y resistentes con su trabajo sin hacer demasiadas preguntas.

Supongo que se había imaginado que nada llegaría a cambiar en Liltuna, el doctor, y así fue. Casi nunca pasaba gente por ahí, sólo el afinador y el campesino con los toros de monta, a veces pasaban tartanas y carretas traqueteando fuera del seto alrededor de la propiedad. Sólo una vez sucedió que una carreta se extravió y llegó hasta la casa.

Se trataba de un carromato cargado con un montón de escolares, Fanny lo descubrió demasiado tarde. Tampoco Krantz, que ya estaba lejos en el campo en el momento en que la carreta rodó hasta el patio, pudo detenerla. Fanny me envió de inmediato a la recámara y me encerró con llave. Desde arriba junto a la ventana la vi secarse las manos con el delantal mientras salió a la entrada para recibirlos. Fue ese otoño en que Krantz había llevado las pelinegras a la ciudad para que nunca volvieran y el doctor todavía no había encontrado criadas nuevas, sólo estábamos Fanny, Krantz y yo en Liltuna.

Una maestra en chaqueta de seda azul venía sentada en el pescante junto al joven cochero que mantenía las riendas. Le ofreció una amplia sonrisa a Fanny cuando el vagón frenó y pequeños mechones de color de fuego volaron alrededor del moño con que había atado el ondeado cabello sobre su cabeza. La seda de la chaqueta y los pequeños botones negros brillaban en el pecho a la luz del otoño temprano, las niñas ya habían empezado a descolgarse y a saltar sobre la grava como enjambres de saltamontes, pero Fanny levantó las manos para detenerlas al tiempo que ansiosamente dirigió la mirada hacia arriba y la ventana adonde yo

estaba, tras la cortina de encajes. Las niñas eran de diferentes estaturas, llevaban zapatos y trajes de algodón a rayas, tenían libros escolares anudados a los cinturones de cuero, y algunas llevaban el cabello trenzado en arco del mismo modo que yo, pero más holgados y desordenados y sin cintas de seda. El bronceado y las pecas del verano todavía eran visibles en sus mejillas, las miradas atrevidas y rápidas. Desde mi lugar detrás de las cortinas me imaginé esos despiertos ojos de color castaño, verde-gris, azul marino u oro.

Todo el día tuve que quedarme en la recámara porque la carreta tenía un problema con la rueda y Krantz tuvo que ayudar al cochero a mover y ajustar los radios mientras las niñas se movían inquietante e imprevisiblemente por Liltuna bajo la pálida luz del día. Se sentaban en la reja hacia la dehesa y daban de comer flores y heno a las vacas, dibujaban figuras y animales extraños en el pantano junto a los escalones de la entrada, se tiraban manzanas unas a otras, se jalaban el cabello y corrían debajo de los árboles del parque con sus chanclos empolvados. Fanny iba y venía, entrando y saliendo de la casa con café para la maestra y el cochero y manzanas para las niñas, no los hizo pasar al calor del interior, no dejó a nadie fuera de su vigilancia. La tarde llegó. El hambre me producía retortijones en el estómago y tenía la boca tiesa y amarga por la sed. Pero finalmente Krantz y el cochero terminaron su trabajo con la rueda y llegó la hora de despedirse. En la oscuridad creciente de la tarde pude ver cómo la maestra le dirigió a Fanny una larga y escrutadora mirada cuando ella casi los empujó hacia el pescante. La maestra arrugó la frente pensativamente y desvió la mirada hacia arriba de la casa, el cabello de fuego le acarició el redondo rostro y los ojos amables y atentos como un pequeño halo. A su alrededor volvieron a subirse los niños, empujándose unos a otros para encontrar un lugar; me aparté un poco de las cortinas hacia el interior del cuarto mientras el cochero chascaba con la lengua para poner en marcha a los caballos y la carreta voló.

Noche de septiembre.

Fue un corto tiempo después de que los escolares hubiesen estado en Liltuna que Fanny me sacó de la cama esa madrugada, y me puso arriba en la colina con el pedazo de pan recién horneado, pues quería que yo me fuera.

Me sentaba en la recámara encerrada con llave mirando a los niños corriendo y metiendo bulla ahí abajo con sus vestidos y libros y sus ojos brillantes como el agua.

Me paraba arriba en la cima de la colina en la penumbra del amanecer con mi pedazo de pan apretado contra el regazo, antes de bajar corriendo por el campo de nuevo, siempre volviendo a Liltuna.

Llegó mayo. Fanny iba y venía por el pasillo con las comidas del maestro Valdemar. Más y más veces la comida permanecía sin tocar cuando ella venía de regreso, pero el vaso de vino siempre estaba vacío. El doctor se mantuvo de nuevo en la ciudad, a la hora del crepúsculo viajaban nubes color carne por el cielo con una lentitud anormal, iluminadas desde abajo por el brillo solar. Me quemé con las ortigas en los antebrazos cuando atravesaba el parque. Llegaron los mosquitos, el olor de las flores de los serbales me alcanzó a través de las ventanas de la recámara y venía el hedor de las marismas más allá de Liltuna.

A la hora de la cena Hulda se sentó delante de mí con la sopa de ternera, donde las escamas de grasa flotando en la superficie parecían agujas de pino sobre un pantano. Todavía tenía los párpados caídos y ese brillo gris sobre el rostro. Se estremecía cada vez que llegaba un ruido de la biblioteca. Ya no se la oía gorjear. Hulda, suplicaba Gustava en voz baja cuando Fanny no estaba cerca, pero Hulda no contestaba, sino que se volvía hacia más adentro, hacia lo gris, y cada vez que Gustava le pateaba los dedos debajo de la mesa recogía los pies. A veces se esforzaba y le sonreía a Gustava como para consolarla un poco, pero la sonrisa era agotada y

apagada y noté cómo algo se desbocaba detrás de los ojos, y me venía de nuevo la imagen del vestido de lana que zigzagueaba y brillaba entre los árboles antes de que fuese apresado y arrastrado por la tierra húmeda hasta que se volvió negro y harapiento. *Ya, vamos Gustava, no es para tanto* , podía decir, con esa sonrisa gris. Entonces Gustava sollozaba como desesperada y el rostro lleno de picaduras se le retorció unos segundos sobre las gachas.

Mañanas que se encendían por una estrecha brecha de luz encima del contorno del bosque. La amarillosa luz diurna surgiendo y haciendo brillar el rocío del campo. El olor de primavera subiendo de la tierra. No volví a escribir las ecuaciones matemáticas en los cuadernos del doctor, no volví a abrir *La Flora* .

Un día estaba en mi recámara sin nada que hacer y me puse a recoger los juguetes que ya se veían gastados y sin brillo, y de repente sonó un estrépito de pasos afuera en la escalera, después de lo cual se abrió la puerta y apareció el de bucles abruptamente en el umbral. Supe enseguida que era él a pesar de que no era fácil reconocerlo: se había puesto el yelmo de caballero y el arnés que pertenecieron al anterior señor de la mansión, los había tomado del armario de abajo para disfrazarse. Debajo de la arnés todavía llevaba puesta la bata del doctor, pero iba descalzo, se le veían las uñas largas en los dedos delgados. Entre la visera y la mentonera se había aplastado un pequeño mechón de la barba, que le había crecido mucho. El mechón desapareció de nuevo hacia dentro del casco y me imaginé su rostro sonriendo ahí detrás de la lámina.

Se quedó quieto un momento como equilibrándose con los pies desnudos sobre las tablas del umbral, pude ver como le brillaban los ojos dentro de la mirilla y permanecí como congelada en el suelo, sentada en medio de los juguetes esparcidos. *Pues aquí lo pasa muy bien, ¿no?* , dijo de repente desde el yelmo, la voz sonó jadeante y encerrada. Recorrió un poco con sus dedos los bordes del arnés. *Aquí seguramente lo pasa bien, señorita Cesárea* , repitió.

No se me ocurrió levantarme del piso, todavía tenía el pequeño

sofá de terciopelo azul del armario de muñecas en la mano. Pájaros de primavera afuera. El de bucles dio un paso retrocediendo hacia la puerta, me dirigió una última mirada desde la lámina, luego tiró la puerta de nuevo desde afuera. Sordos, un poco vacilantes, golpecitos de sus pasos mientras bajaba las escaleras.

Esperé en mi recámara hasta que escuché a Fanny en el pasillo con el tintineo de la comida y la bandeja, luego fui al establo, busqué una de las palas viejas de Krantz que estaban guardadas contra la pared en el fondo, le quité la parte del extremo y me quedé con el palo. Más allá en la dehesa se movía Krantz entre las vacas, pude verlo a través de la sucia ventana del establo. Cuando se fue lo suficientemente lejos entré en su cabaña y agarré los pantalones de sayal, que estaban en el vestíbulo sin ser usados debajo de las tablas y la chatarra.

Ahí fue cuando me conseguí los pantalones y el Cetro de oro para combatir la Bestia de Fuego.

Después de aquella mañana en que Fanny me llevó a la cima de la colina para que me fuera, ella me ponía la cuerda con menos frecuencia. Era todavía una niña.

Muchas veces yo misma me acerqué a ella con la cuerda en la mano para que me la amarrara, ya me había acostumbrado a que la larga correa se arrastrara detrás de mí, mientras me dedicaba a mis juegos en el parque o mientras corría por las cabañas y casitas y barracas en Liltuna. Ella me miraba con ojos cansados, tomaba la cuerda, me la ataba alrededor de la cintura haciendo dos nudos extras para que no se cayera mientras jugaba. Me ocupaba en construir chocitas de ramitas y maleza debajo de los árboles más nudosos, ponía los caballos y los soldaditos de plomo en hilera junto al seto. Antes de que la oscuridad cayera me envolvía la cuerda en la muñeca y regresaba a la casa.

Rayas de nubes. Viento sacudiendo las cimas de los tilos. Explosión de flores.

En la época en que las pelinegras todavía trabajaban para Fanny, cuando todavía no las habían echado de Liltuna, si les tocaba acompañar a Krantz en la carreta para hacer las compras, al regreso subían a mi recámara con hallazgos y cositas que encontraban allá en la ciudad. Con un gesto confidencial sacaban una cosa tras otra del interior del chal, o del bolsillo de los delantales, cosas que habían agarrado cuando Krantz no las veía, bollos dulces mordisqueados, pequeñas y blandas ciruelas que luego compartíamos debajo de los árboles fuera de la mirada vigilante de Fanny, cucharas de latón que doblábamos haciendo figuras graciosas, un ojo de cristal partido sin el borde del monóculo. Una vez trajeron una pila de periódicos que

me entregaron con ojos refulgentes de expectativa, y se sentaron en la tierra y se recostaron al tronco de un peral mientras yo deletreaba cuadro tras cuadro de anuncios y notificaciones, artículos que leía en voz alta mientras ellas mordisqueaban las peras verdes arrancadas del árbol. El fuerte sol del verano caía a través del enredijo de ramales y nos quemaba el puente de las narices, pero eso no nos importaba, yo continuaba leyendo sobre los barcos de vapor y las oficinas de banco y de los estudios de fotografía, las escuelas de niños y las escuelas nocturnas para las doncellas y sirvientas. Leí sobre la distribución de la limosna a los mendigos en la comisaría y sobre las subastas de bienes raíces, el baile de mascarada de la primavera y el baile infantil organizado por la cofradía el Día de la Anunciación de María. Leí los anuncios de *Se vende*, que notificaban la venta de avena, centeno y semillas de heno, de estuches de sombrero, maletas, tejidos de lana, objetos de cobre, marcos para las ventanas, hilos de lana y naranjas y velocípedos, y la ciudad con sus murmullos y su muchedumbre borboteaba y quemaba dentro de mis sienes, ahí sentada con las páginas del periódico abiertas de par en par junto a las pelinegras debajo del peral. Todo el tiempo mientras leía pensaba en el doctor Eldh y en sus hijas en la villa que habitaban, y en las doncellas que las vestían y las peinaban todas las mañanas, y cómo ya arregladas esperaban a sus profesoras para las lecciones en el salón. Quizás alguna de las hijas bostezaba, y así medio adormilada miraba hacia la luz diurna que entraba por la ventana de la villa: afuera traqueteaban las carrozas y repiqueteaban los cascos de los animales de tiro, y encima de los marcos de las ventanas quizás se veía la parte superior de los sombreros y las sombrillas de los paseantes, bajo el cielo extendiéndose más de los caballetes de los tejados. Y todo se hacía tan extraño y singular mientras leía, y los pensamientos y las imágenes de la ciudad crecían dorados y se ensanchaban mientras las pelinegras seguían mordisqueando peras verdes y me instaban a leer. Pero de repente podía sobrevenir en medio de la lectura una

racha maligna y rara y de un momento a otro las imágenes se distorsionaban, se volvían amenazantes y era como si mancharan mi cabeza por dentro, y de nuevo pensaba en las palabras del doctor sobre la noche del mundo y los hoyos devoradores que siempre acechaban, y en los niños jugando en ese otro mundo que nunca había visto, como a la orilla de un gran y malvado sueño. Y las pelinegras me miraban interrogantes con sus rostros afilados y sus faldas con manchas de sol atravesando el ramaje.

Incluso después de que se llevaron a las pelinegras de Liltuna, en la soledad de mi recámara sacaba las hojas rotas del periódico del escondite, y leía al amanecer con la luz del pabilo de sebo que ponía junto a la cama. Y otra vez salieron las imágenes y los olores y los ruidos de las páginas, y el cielo reluciendo sobre los tejados de la ciudad: nunca supe si me atraían o me espantaban.

Bédan llegó temprano una mañana de primavera en la carreta desde la ciudad, con Krantz. Estaba sentada tras los canastos con la compra, con la cabeza descubierta y un chal de lana sobre los hombros, ya de lejos se veía que no estaba del todo bien de la mollera. Llevaba trenzado el cabello, pero parecía haber dormido mucho tiempo con las trenzas hechas porque se veían torcidas y enmarañadas ahí sobre el chal, cuando la carreta llegó dando bandazos hasta detenerse junto a las escalinatas.

Yo estaba arriba en mi recámara y me paré junto a la ventana, el doctor se había ido de nuevo, tenía agarrada la pala rota ahí detrás de la cortina de encaje. Vi que Fanny salió con el suéter encima de los hombros para recibir a la nueva, presumí que la habían llevado por mandato del doctor, para que reemplazara a Hulda, que ya se había vuelto demasiado lerda para el trabajo, todavía mostrando ese gesto extraño mientras comía sus gachas en la cocina, o más bien porque querían fortalecer el equipo de trabajo ahora que el maestro Valdemar necesitaba tanta atención.

El cielo de mayo era tenue y de un azul pálido, observé que la nueva tenía un rostro nudoso y un poco desigual, el labio superior estaba partido en una muesca hasta la nariz. El cráneo se veía grasoso y mugriento bajo el pelo color ratón, dividido por una raya descuidada. También era alta, y de porte encorvado, pero los movimientos eran cuidadosos y caminaba bien cuando al bajarse de la carreta subió las escalinatas detrás de Fanny, para entrar en la casa.

A la hora de la cena se sentó frente a mí y al lado de Hulda, a quien todavía no se habían echado de Liltuna; nunca le hacía preguntas a Fanny sobre las muchachas del servicio que iban y

venían a lo largo de los años, ni qué planes tenía para ellas. La nueva comía la sopa de papas a cucharadas con los párpados entrecerrados, sorbía desagradablemente a causa de la muesca del labio y vi que le faltaban dientes, aunque tenía cara de niña debajo de toda la mugre: podría tener un par de años más que yo. *¿No quisiera decir su nombre a los demás?*, dijo Fanny repentinamente con una voz penetrante. Hubo un silencio un momento y la nueva se detuvo con la cuchara. Extrajo del chal un pedazo de papel arrugado y lo alisó con una mano sobre la superficie de la mesa. Después empujó el papel sobre la madera hacia Fanny, quien se quedó mirándolo y sus grandes letras angulares. *¿Cesárea?*, me animó Fanny después de un rato de vacilación, y me estiré para leer desde donde estaba, las letras no eran fáciles de descifrar por las numerosas plegaduras que hicieron que el papel se ensombreciera a la débil luz del sebo. Beda Sköld, pude leer al fin; entonces la nueva murmuró algo inaudible desde esa boca partida y alcancé a ver que sus ojos eran cafés y retraídos y que bizqueaban levemente. *¿Ha dicho Bédan?*, preguntó Gustava y ella asintió y se estiró para recoger el papel y lo volvió a meter en el chal. Luego empezó zamparse la sopa a cucharadas de nuevo.

Después, ella misma arrastró el colchón de paja en el que Krantz dormía durante el invierno del establo, y por orden de Fanny lo colocó sobre el piso en el cuarto de la servidumbre, donde habían vuelto a instalar el sofá de Hulda y Gustava, para la primavera. Y al amanecer la nueva y las otras fueron a ordeñar las vacas con Krantz. En mi insomnio me había parado junto a la ventana recitando las palabras de Jesús para espantar las sombras del cuarto. Hacía rodar la pala entre las palmas de mis manos. Luego, detrás de la dehesa, la lámina solar atravesó las copas de la arboleda, y llegó el día.

En las noches el maestro Valdemar se sentaba de nuevo a beber en la butaca del jardín, o se acostaba en el interior de la biblioteca y

dormía debajo del reloj de pared. Parecía no darse cuenta de la nueva, sentado ahí afuera con la botella. Si se adormecía lo suficiente por el mucho beber y el sueño le sobrevénía todo permanecía en silencio bajo el serbal, ningún frotamiento o forcejeo, ningunos ruidos sordos. Pero aún así, Gustava seguía lanzando su miradas interrogantes a Hulda cuando comían las gachas del desayuno, y Hulda con ese rostro gris y con los sobresaltos cada vez que algún ruido desde la biblioteca atravesaba la pared: algún objeto que se estrellaba contra el piso, o los pasos que pesaban entre los tilos. Fanny de espaldas se ocupaba con las calderas y Krantz afuera con el ganado, o en la cuesta con el corte de leña, como dubitativo, con largas pausas entre los hachazos.

Las tardes se entibiaron y se ensancharon hacia la noche.

En las mañanas yo abría las ventanas, para dejar que entraran los primeros olores del verano, el estiércol y el néctar, la hierba del campo. Abajo andaba Krantz, con dos cubos esmaltados llenos de agua de lluvia para lavar el pasillo del establo. Por varios días no salió el maestro Valdemar de la biblioteca. El cielo era una lámina azul intacta. Caminaba sin calcetines en las almadreñas y si había sol también me deshacía de ellas y me sentaba sobre la hierba al final del parque con el rostro vuelto hacia el cielo, el sol era picante y me quemaba las mejillas y la frente: tiempo remolinante o totalmente quieto, o ningún tiempo. Sólo la infinitud del verano que se extendía más allá del paisaje enarcado con sus parches de cultivos y caminos, y que hacía que el bosque sudara su bochorno de coníferas y tierra ácida. Mariposas de col. Culebras deslizándose en la hierba entre los tallos retorcidos de los árboles.

Cuando regresaba de mis excursiones y vagabundeos en el parque, vi que la nueva estaba sentada en la cuesta enjuagando las papas o sacudiendo la tierra de los nabos que tenía en una palangana a su lado. Era muy eficaz en el trabajo y no ponía mucho problema, pero no contestaba más que con murmullos. Cuando le salían las palabras de la boca se oía un leve silbido del labio partido.

El ordeño se hacía más rápido, ahora con las tres ayudando a Krantz.

El doctor volvió una noche de junio, de repente y sin aviso. Venía con un nuevo cochero a quien Krantz le dirigió al cuarto de visitantes en su cabaña. El doctor traía el bastón de pasear, el que tenía un pomo de león y que solía llevar en nuestros viajesitos a los campos alrededor de Liltuna. No me dio tiempo de lavarme, pero Fanny me frotó la cara con un trapo en la penumbra del vestíbulo antes de que saliéramos para darle la bienvenida y me había hecho meter los pies mugrosos en los botines que me amarró apresuradamente. Sus movimientos eran bruscos e inquietos, y después se levantó y abrió la puerta y me llevó afuera a la luz de la tarde. El doctor tenía la chistera apretada y plegada debajo del brazo al subir la escalera.

Parecía estar de buen humor, enseguida pidió que le sirvieran el ponche de la tarde con el café en el porche. Fanny preparó mi baño y detrás de la cortina de la cocina me pasé el cepillo cuidadosamente por el cuerpo. Las ampollas habían frenado un poco su crecimiento, pero se veían deplorables cuando me quité la faja, aplastadas y con furibundas rayas rojas talladas en la piel. Mis brazos y las piernas se veían largos y peludos. Me vestí y salí al porche donde el doctor Eldh. Su cara resplandeció al verme. Dio unas palmadas en el cojín del asiento a su lado para que me sentara.

Afuera las nubes de la tarde colgaban como llamas de fuego estancadas o como raídas guatas. *¿Por qué no me toca algo hermoso?*, dijo con su ancho rostro débilmente iluminado por la cúpula celeste, asentí y me incorporé y dejé la puerta abierta para que él pudiera escuchar los tonos del piano desde donde estaba. El salón estaba en penumbra, Fanny había encendido los candelabros, pero la lámpara del techo seguía apagada. El de bucles no había hecho aún ningún ruido en la biblioteca, y el doctor no mostró

ningún impulso de llamarlo.

Me senté en el taburete, el traje marinero me quedaba estrecho, los feos vellos de mis brazos brillaron debajo de los puños demasiado cortos, cuando sonaron los últimos tonos de la pieza lo escuché llorar ahí afuera en el porche. Entonces me acerqué y me senté a su lado en la creciente oscuridad de la noche. Puse mi mano sobre su coronilla, tal como él quería. La estufa chisporroteó en el interior del salón y una lluvia de chispas se alzó cuando Fanny empujó la leña en la penumbra de la sala, brillaron saltamontes de fuego arremolinándose en torno a la rastrilla. Sentada a su lado escuché de nuevo la historia de mi Creación, y el cielo se ahondó y pude oír los campaniles corriendo bajo las escaleras del porche, el doctor parecía distraído y perdió varias veces el hilo de la historia. La vegetación del jardín alrededor del cenador era oscura y susurrante, y golondrinas giraban en el aire, y las grosellas silvestres esparcían su fragancia, y ahí fue cuando supe que el doctor ya se estaba yendo.

Cuando pienso en el doctor Eldh y el hombre que se hacía llamar maestro Valdemar, me viene la imagen de dos nubes que se forman en un cielo vacío al anochecer. Contornos de algodón rojo coralino. Cómo se pliegan y se entremezclan, hundiéndose el uno en el otro, hasta no distinguirse entre sí.

Me sentaba en la carroza con la capota desplegada, recitaba los nombres de las flores, me inclinaba hacia la mesa de nogal y hacía sumas y restas con ese ojo combado del reloj encima, como vigilándome. Era una Bendecida, y luego una Incurable.

Al siguiente día de la llegada del doctor peluquearon al maestro Valdemar. El doctor se sentó en el cenador con los utensilios de escritura y un manuscrito, en camisa, sin chaleco y con el bastón de pomo de león en la mano y el sombrero de paja en la cabeza. El maestro Valdemar se veía pálido y extenuado, le temblaba un poco la mirada, pero se dejó sacar de la cama y llevar hasta la cuesta de la parte de atrás. Luego se sentó tranquilo y dócil en la butaca del jardín a la sombra del tilo mientras Fanny iba con el barreño pequeño y un contenedor de agua. Los rubios bucles caían en la hierba detrás de él formando un pequeño cúmulo de oro brillante cuando ella le cortaba cabello en la coronilla. Los crespos más oscuros y gruesos de la barba se quedaban prendidos en los pantalones de lana donde se sugerían los filosos muslos bajo la tela.

Desde una esquina de la casa observaba todo a hurtadillas, con las manos dentro del delantal. Pájaros de verano. *Gracias queridísima ama Fanny* , dijo el maestro cuando ella le entregó el espejo de bolsillo, *usted es sin duda demasiado buena conmigo* . Después se examinó largamente el rostro mientras daba vueltas y

hacía girar el pequeño espejo, haciendo que el reflejo luminoso bailara sobre el follaje del tilo. Después se sentó al lado del doctor y bebió a sorbos el café bajo el sol en el lindero del parque. Las manzanas de verano colgaban pesadas y blancas como puños en los árboles alrededor, el doctor me dejó sentar en la hierba a su lado mientras charlaban en pleno sol. El rostro del maestro Valdemar se veía demacrado después de todos esos días somnolientos con el vino de endrinos y las noches de andar pesado y con botas dentro la biblioteca en ausencia del doctor, pero se había arreglado el bigote después del corte de cabello, se le veía la línea del arco del labio superior, y la barbilla afeitada conservaba todavía su suavidad. Los ojos de color hierba brillaban tenuemente. Intenté ver si la sombra seguía allí en algún lado, acechando desde su rostro, esa caprichosa mancha oscura de furiosa desesperación detrás de la frente lisa que lo hacía oscilar en distintos estados de ánimo y sentarse a reír a relinchos en el jardín al anochecer, o tintinear con el cinturón en el silencio nocturno bajo el serbal. *Mire la llegada de las sílfides*, dijo sonriendo cuando Hulda y Gustava se acercaron con los bollos de manzana y más café; alcancé a ver cómo Hulda le lanzó una mirada esquiva con esa cara gris antes de volver a la casa, detrás de Gustava. El doctor carraspeó e hizo tintinear la taza de café sobre la bandeja. No retiró su mirada encantada del maestro, no dio señales de llamarme a clase.

El maestro Valdemar alargó su dedo meñique mientras sostenía la taza de café, los dedos eran finos y gráciles, aunque no parecían dedos de un pianista, había algo con el meñique, o una lentitud y torpeza en el agarre. Pero quizás no importaba qué tipo de dedos tuviera el maestro Valdemar. O si en verdad estaban tan frágiles después del invierno, como le dijo al doctor. Pues el doctor se iluminaba tanto en compañía del maestro, y escuchaba los chistes y el gran discurso sobre la música, como cobrando vida mientras escuchaba. Pero al mismo tiempo llegaba la sombra, y flotaba sobre el rostro del maestro Valdemar, obedeciendo su propia lógica

impredecible.

Brusca luz, gris piedra. Salpicaduras doradas en el contorno de las nubes. Golondrinas lanzándose al aire desde los árboles con sus furiosas alas.

Las noches que siguieron, el doctor y el maestro se movieron entre el salón y los muebles de jardín, que habían sido instalados en la hierba debajo del porche, y la biblioteca. Caminando por la hierba yo podía distinguirlos ahí dentro, demarcados por la verde luz de la lámpara. El doctor hojeaba sus manuscritos mientras el maestro se recostaba en el sillón con cara pensativa y un vaso de ponche turbio apretado entre las yemas de los dedos de ambas manos, cuidadosamente, como si se tratara de un exótico colibrí.

La vigilia nocturna me mantenía aletargada durante el día, pero en la oscuridad mi visión se agudizaba. Entonces surgía esa brecha de agua de la noche, con sus fluctuaciones entre inmovilidad y fuego, y el cuarto a mi alrededor se desprendía del resto de la casa, flotando en su propio espacio, y a través de una distancia enorme y extraña escuchaba las voces del doctor y del maestro desde el piso inferior. De la oscuridad de la recámara subían figuras y caras extrañas, peludas, relucientes y tersas como el hocico de un becerro, siempre con los ojos cerrados, casi dormidos, y sus brazos me agarraban; a veces susurrándome cosas inaudibles con voces insistentes, como si me quisieran decir algo importante. Y una vez fue como si uno de esos rostros se adelantara y se destacara de entre los demás, y abrió los ojos de repente dirigiéndolos hacia mí; y supe de inmediato que era ella mirándome interrogante y confidente, pero de un modo cristalino. Dijo, con la voz de La Escualida:

«Y el que tenga el cetro apagará el fuego del dragón, y será llevado al trono de los cielos».

Ésa fue la primera instrucción.

A la nueva le gustaba sentarse debajo del tilo de la parte de atrás a contar piñas. Si nadie iba a interrumpirla podía quedarse ahí un tiempo largo con su sibilante labio partido, pasando las piñas de un lado al otro mientras las contaba en un murmullo. Regada luz, blanca como la leche. Los troncos de los olmos como pechos que se ensanchaban y comprimían al respirar con el viento de verano. Cuando yo regresaba a la casa por el lindero del parque podía escuchar el recitar de la nueva, absorta en su introversión. No era un conteo con cifras reales sino de otro tipo, que al parecer le llegaban sólo a ella, raros nombres que se le ocurrían con cada nueva piña, que ponía al lado de la otra sobre la hierba antes de empezar a contar de nuevo.

Las nubes al desplazarse sobre las copas de los pinos comprimían la luz. Fragancia de espino y querosén. Enjambres de mosquitos sobre el ganado al atardecer. En los días más calientes me acostaba en el piso de mi recámara, cerraba los ojos y dejaba que la luz pasando por los encajes de la cortina se regara en mi rostro, rosas y llamas moviéndose en todas direcciones en la habitación.

La nueva sabía vestirse sola, era hábil desplumando pollos y sabía hacerse las trenzas, pero no hablaba con nadie y cada vez que tenía oportunidad se sentaba a murmurar junto a las piñas. Parecía una niña con manos de adulta, reseca y desgastadas, la blusa le quedaba estrecha a la altura del pecho y la mugre en la línea del cabello gris pese a que Fanny la limpiaba con el cepillo en la tina dos veces: era como si se hubiera envuelto en polvo y brea y nunca más quedaría limpia. Si la nueva no hubiera sido tan eficaz en el trabajo, no se habría quedado tanto tiempo en Liltuna, pero el ordeño se hacía mejor, los corderos estaban bien alimentados y la leña estaba

mejor ordenada de lo habitual en el cobertizo. Sentadas a la mesa de la cocina Gustava y Hulda suspiraban y hacían muecas por lo feo que comía, zampándose la sopa con esa boca partida. Entonces ella me miraba con sus centelleantes ojos cafés haciéndome saber que por cierto no iba a dejar de zampar la sopa a su modo. Podía ocurrir que la nueva se encabronaba si no le salían bien las cuentas, ese fluido de momentos y objetos que nombraba en un murmullo para sí misma: si los trozos de leña no se quedaban donde ella quería o si la interrumpían en el mal momento, entonces empezaba a aullar y a patalear desesperadamente mientras palmoteaba fuerte y frenéticamente y cada vez llegaba Fanny corriendo y le daba con la caña hasta que se calmara. Luego retomaba el trabajo y las tareas. Y siempre con ese murmullo en todo cuanto hacía, como si el conteo y el orden la protegieran como una pequeña cápsula alrededor. Me sentaba a veces en la escalinata a darle leche a la gata en un plato mientras la nueva se sentaba en la cuesta con las piñas y la escuchaba un rato. La tarde se retorció por entre el ramaje, haciendo que las manchas del sol bailaran sobre el prado. Y me daba la sensación de que esa cápsula protectora, que ella en un abrir y cerrar de los ojos construía a su alrededor con el conteo y el recitar, también me protegía a mí, y que allí estaríamos ilesas.

El verano en que el maestro Valdemar estuvo en Liltuna vino el doctor de visita con más frecuencia. La débil luz entraba por los orificios del mantel de nubes, agujeros estrechos y finos como si fueran hechos por los delgados dedos de los ángeles. Cada vez que el doctor venía yo creía que me llamaría a las lecciones, pero él sólo me daba las palmaditas de siempre en la cabeza y entornaba los ojos hacía mí con una expresión cortés o indiferente al bajar de la carroza y antes de ir a sentarse con el maestro Valdemar en el salón, o afuera en las noches tibias. Hundía el cuerpo en el agua caliente de la tina grande, chillonas manchas de cielo brillaban por los

rasguños del velo de la ventana. Alboroto de golondrinas. Mi cabello había crecido, caía hasta el final de la espalda y se veía seco y quebradizo en las puntas, pero Fanny parecía no prestarle atención: ya no me cortaba el cabello como siempre lo hacía, iba apresurada de la cocina al salón con las bandejas.

Algunas veces el doctor venía con gente de visita, miembros de la Sociedad Científica y colegas de la facultad, o sea dos o tres caballeros que asomaban la cabeza por la carroza cuando el cochero saltaba del pescante y les abría la puerta. Los visitantes parpadeaban soñolientos hacia el sol como si hubiesen estado en un hoyo del inframundo o hubiesen salido de la tierra como larvas después de la lluvia. Llegaban con toda naturalidad pese a que el doctor anteriormente nunca había traído a nadie de la ciudad a excepción de las muchachas y el afinador y finalmente el maestro Valdemar, y tuve la sensación de que el contorno exterior de Liltuna estaba disolviéndose y de que los límites de la residencia se aflojaban y se mezclaban con todo lo otro que había afuera, los campos y el bosque, las haciendas que se hacían más numerosas en cuanto más se acercaban a la ciudad. Pensé que el doctor seguramente tenía algún tipo de acuerdo con los visitantes, como el que tenía con el afinador, traté imaginar el momento en que dejara de importarle proteger a Liltuna de las miradas del mundo externo, el momento en que algo se le empezara a disolver, o le aburriera, como una molesta neblina que se disipa en un claro día, común y corriente. Quizás simplemente ya no sabía qué hacer conmigo. Cuando el vino de endrino y el ponche de Fanny se terminaba en la despensa, los visitantes sacaron botellas que habían traído consigo, licores de diferentes colores que consumieron sentados en el cenador en las tardes de verano, con los densos olores de manzana y jazmín prendidos alrededor en el aire. Inmediatamente después de que se apeaban de la carroza a la llegada me miraban con gestos de interés y un ápice de algo semejante al horror, y yo me paraba en la escalinata con mi vestido de marinero y las mangas demasiado

cortas y el corpiño fuertemente atado al torso; me inquietaba que el doctor Eldh no se diera cuenta de qué mal llevaba mis vestidos y que no trajera nuevos como era su costumbre. El mal sueño me había ahuecado el rostro, lo podía ver en el pedazo de espejo de Krantz, y mis brazos y piernas que tanto habían crecido revelaban mi incurable estado de hinchazón y las orejas de perro dentro de la faja eran cada vez más difíciles de esconder.

Pero el doctor parecía no percatarse, me llamaba como si nada y me pedía tocar las melodías de las partituras con las ventanas abiertas, para que la música los alcanzara a él y a los visitantes hasta donde estaban recostados en las sillas del cenador. En una ocasión en medio de la interpretación tuve una desagradable sensación de que había olvidado como se leían las partituras y que todo lo que había aprendido en Liltuna había desaparecido de golpe, las sumas y las cifras y las letras y los nombres de las flores y todo lo que había practicado con el doctor en la biblioteca debajo del reloj de pared, y pestañee fuertemente hasta que me brotaron lágrimas de las comisuras y resbalaron por mis mejillas, y encontré de nuevo el compás y los pequeños puntos de la partitura flotaron frente a mí como siempre. Afuera en el campo retumbaba el corte de leña del hacha de Krantz. Los abetos en el lindero del bosque parecían gigantes con los hombros inclinados y las manos cortadas. El maestro Valdemar daba vueltas alrededor de los visitantes como una abeja alrededor de una flor, siempre diligente y pronto a llamar a Fanny en cuanto se acababa la bebida. Al llegar ella con la bandeja, él mismo circulaba por el salón rellenando las copas, moviéndose con los hábitos y los ademanes atentos de un anfitrión: entonces se notaba una cierta tensión detrás de los quevedos del doctor como de disgusto, pero el gesto desaparecía siempre igual de rápido como había surgido. Los visitantes dejaban los abrigos veraniegos encima de los espaldares de las sillas y echaban la cabeza hacia atrás al exhalar bocanadas de humo de sus puros, riéndose de algún comentario divertido, a veces se los veía profundamente enfrascados

en conversaciones de las que yo sólo captaba fragmentos: trataban de esas cosas que habían más allá de Liltuna, esos paisajes y costumbres y nombres que yo no conocía.

Había ocasiones en que los visitantes escuchaban intensamente y en silencio al maestro mientras él describía su tiempo en la corte y los viajes al continente o cuando lleno de emoción discernía sobre la música, ellos sonreían con las obscenidades y saboreaban el licor con un brillo especial en los ojos, nunca pude distinguir si era por incomodidad o por entusiasmo. Se apretujaban en el sofá del salón o se sentaban en las viejas y desgastadas butacas del jardín, mientras yo tomaba mi posición en el taburete frente al piano para entretenerlos, el humo se espesaba a mis espaldas pese a que las ventanas estaban abiertas de par en par a la suave noche de verano. *En este lugar el doctor ha organizado todo maravillosamente para la niña, a que sí*, dijo uno de ellos una vez, y cuando me di la vuelta para hacer la reverencia, agregó: *La señorita debe estar muy feliz de haber sido salvada de su crudo destino, ¿verdad?* Y todos me miraron, y después de un instante de reflexión dije *el doctor Eldh ha sido muy bueno conmigo por ampararme del bullicio de la ciudad y del frío y de la oscuridad de la noche, hospedándome aquí en Liltuna*. Entonces se callaron, y el silencio se hizo resbaloso y extraño mientras intercambiaban miradas nerviosas antes de explotar en carcajadas, y tras de los quevedos del doctor resurgía esa tensión, como de una inquietud salvaje o un embarazo, y mi cara ardía rara y amorfa, y lo vi tragar saliva antes de unirse al coro de las carcajadas.

Fue con esos señores, así como con las visitas del afinador y los paseos del doctor con el maestro Valdemar a lo largo de la cerca que percibí: hilos invisibles y correspondencias indescifrables que se movían en el aire, miradas y gestos que flotaban del uno al otro, como un aleteo codicioso y valentón, un enjambre de preguntas tácitas y respuestas no expresas, tangibles y esquivas a la vez. Como si hablaran un lenguaje que yo no entendía, pero al que

adapté mis movimientos, una gramática con leyes propias que, si yo por error rompía, me hacía arder el rostro y se destruía de calor: un lenguaje que memoricé, a lo largo del tiempo con el ir y el venir de los visitantes como todo lo demás que había aprendido en Liltuna. Las irregularidades del piso, los brillos de la bóveda celeste pasando de la noche a la oscuridad, los huecos que los animales dejaban en la tierra bajo los olmos.

El maestro Valdemar sonrió con los labios cerrados, la sonrisa hizo que el pulido bigote señalara hacia los lados encima de la fina línea del labio superior, dándole un aspecto gatuno. Hice una profunda reverencia y les deseé buenas noches, atravesé el salón con su mirada verde hierba picándome en la nuca, pasé por el pasillo y subí la escalera a mi recámara. La duermevela era un cobertor de piel a mi alrededor y la recámara soltó sus empalmes y flotó en la noche. El tenue cielo de julio pasó sobre el piso de madera en lentos rectángulos.

Caminaba descalza hasta el parque entre los árboles frutales, miraba los críos muertos de las urracas que habían caído del nido y se habían estrellado contra el suelo. Las cuencas de los ojos estaban vacías y algunos de los picos rotos, las alas casi indistinguibles y medio derretidas, pronto serían tierra y pasto.

Cuando el doctor y los visitantes regresaron a la ciudad nos quedamos de nuevo solos con el maestro Valdemar. Todavía no había notado la presencia de la nueva. Cuando fue por Hulda al cuarto de la servidumbre, y los frotamientos debajo del serbal recomenzaron, me puse los pantalones de sayal y me acosté en el piso de mi recámara, murmurando las palabras de Jesús para ahogar los otros ruidos. Agarré el mango de la pala, esperando la llegada de la criatura de la noche. Cuando finalmente se desprendió de la oscuridad con su rostro velloso ya casi no tenía miedo. A veces se sentaba en el rincón debajo de la ventana, o encima del armario; las

delgadas piernas se balanceaban como dos pálidas velas en la oscuridad. Me miraba con sus ojos refulgentes a través del salón o asentía con la cabeza en gesto confidente o persuasivo antes de volver a desaparecer; rauda azogue en las tinieblas.

Y la luz sesgada del amanecer se desparramó en la recámara, haciendo brillar el metal de los gastados juguetes. Desde la cocina subieron los ruidos de los movimientos de cada mañana de Fanny, preparando sus cosas junto al fogón.

Entonces retomaba para mí misma las instrucciones de La Escualida, las que me había dicho desde su rincón en la oscuridad:

Y el dragón de fuego apareció frente a la mujer con su corona de estrellas en la cabeza, que gritaba por las angustias del parto. Y la larga cola de la Bestia arrastró las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra, y se plantó delante de ella para devorar a su niño. Pero la mujer huyó al desierto, volando con sus alas de águila. Entonces el dragón fue tras ella, y arrojó por sus fauces un río para que la corriente la arrastrara. Pero la tierra ayudó a la mujer, y al niño lo esperaba un trono de ónix y jaspe, esmeralda, berilo y amatista. Y el desierto se convirtió en una llanura de oro de la que ella regresaría para estar con su niño, el que con su cetro lanzará el monstruo al lago de fuego. Y esta es la segunda muerte.

Líquidas franjas blancas en el cielo azul.

No sé por qué sentía esa urgencia de sentarme en la escalinata de la cocina para escuchar el murmullo de Bédan repitiendo sus cifras inventadas para las piñas de pino y de abeto. Por qué me obstinaba en ir, cuando ella nunca me contestaba si le preguntaba algo, y si de todos modos ella me sería arrebatada.

Aunque, de cierto modo, sí me contestaba. Como cuando sin mirarme hacía una pausa en el conteo al oírme raspar las almadreñas en la escalinata mientras me acomodaba. El movimiento levemente detenido. O cuando durante las comidas me miraba con ese brillo que significaba que no pensaba dejar de chorrearse con la comida sólo porque a Hulda y Gustava les chocaba.

Así que me sentaba cerca de ella en la parte de atrás, y su bisbiseo se elevaba al cielo y construía esa cúpula invisible, un escudo de vidrio a su alrededor. Y me imaginaba que yo también podría estar incluida en esa protección, si le hacía compañía un momento y la escuchaba decir esas cifras, dejándola murmurar.

El color nácar de las madrugadas. El rocío de la hierba de verano segundos antes de ser chupado por el calor del día.

El doctor Eldh me sacó a cuchilla de la oscuridad, después me salvó de las callejuelas y me llevó a Liltuna, siempre venía con juguetes en sus visitas: una pequeña caja de música lacada en turquesa con bailarina vestida de falda de tul, estuches de diferentes tamaños con tapas de mármol, un cuaderno forrado en terciopelo verde con candado y llave propios. Me sentaba en el parque junto al arco de puente cubierto de musgo y escribía mi nombre en la piedra con las tizas de la pizarra, me acostaba de espaldas sobre el techo oxidado

del cenador. Dejaba al sol de la tarde posarse en mis vestidos y en mis pies desnudos manchados por la tierra húmeda. No me gustaba cuando las nubes desaparecían del cielo haciéndolo vacío e inmenso encima de mí, entonces me cubría la cara con el sombrero y cerraba los ojos para dejar allá afuera todo ese espacio inabarcable. La cuerda colgaba del nudo que le pedí a Fanny hacerme, el extremo de la soga se arrastraba detrás de mí sobre la hierba como una serpiente inerte e impotente. Encontraba piedras y viejos fragmentos de porcelana en el parque y los guardaba en los estuches de mármol, buscaba rastros en la tierra de los que estuvieron aquí antes que nosotros, desenterraba pequeñas tazas de café rotas que quedaron de los picnics del pasado y de las reuniones en el cenador, todo lo convertía en tesoros y hallazgos que ordenaba en la casita de muñecas entre las mesas, las sillas y las lámparas de los acogedores y empapelados cuartitos. Me sentaba al escritorio de nogal con el doctor Eldh y las sonrisas de sus hijas, que me miraban desde el cristal ovalado de sus retratos, siempre tuve cuidado con las preguntas que le hacía.

Quizás él solamente anhelaba una oficina donde trabajar sin interrupciones, o una niña para tenerla como confidente. Aprendí los rinconcitos del parque, aprendí la correcta ortografía y a hacer reverencias cuando me acariciaba la cabeza en la escalinata al llegar de visita. Y el doctor siempre volvía, hasta que ya no volvió más.

Después de que me hubiera fugado al bosque con Bédan, el doctor se demoró en volver a Liltuna, más de dos semanas tardó. Supuse que, por castigarme, o por todo lo otro, más indefinible, una pérdida de interés, un hastío o un aburrimiento, ya había pasado bastante tiempo desde que el doctor me trajera los vestidos de seda y terciopelo para mis sesiones al piano. Quizás ya no sabía bien qué hacer conmigo.

Ese último verano que estuvo de visita en Liltuna, a menudo se

quedaba dormido temprano. Se desplomaba en el sofá del salón, hundido en un pesado sueño, por el ponche o el vino de endrinos. O se iba dando tumbos camino a su recámara, donde cerraba la puerta y no volvía a salir sino para el desayuno.

Tal vez fue cierto que el doctor no escuchase el tejón allá fuera en las noches de agosto, que aullaba como si estuviera herido de un tiro o como si se hubiese enloquecido. Como un animal atormentado, que en casos normales Krantz habría silenciado con su rifle de caza, pero que ahora, por alguna razón, lo dejó vivir, y en vez de enfrentarlo, se encerró en la cabaña de labranza. El doctor dormía, cerraba la puerta de su recámara o se adormilaba en el sofá mientras el frotamiento y la golpiza debajo del serbal recomenzaban en medio de la noche. Llegó julio. Tampoco aquella noche en que por primera vez el maestro Valdemar buscó a Bédan estaba despierto el doctor. Durmió en su cama, y no despertó: ni con el ruido de los pesados pasos del maestro Valdemar en sus chanclos, resonando en la casa, ni con el grito del tejón afuera, entre los árboles.

Ese mismo día más temprano, el doctor había estado sentado debajo del parasol en la cuesta con el maestro, para beber el té de la tarde. La sombra cruzaba el rostro del maestro, le temblaban un poco las manos a causa de la resaca cuando con sus delgados dedos se llevaba la taza humeante a los labios. Entonces pasó Bédan, cerca de la dehesa, cargando agua sobre los hombros para el ganado: y finalmente el maestro la descubrió. Yo estaba sentada en la hierba con *La Flora*, y por el rabillo del ojo vi cómo el maestro Valdemar ralentizó el movimiento con la taza al verla.

Quizás sólo se hubiera cansado de aquellos ratos nocturnos bajo el serbal. De aquel pajareo silenciado, de la grisura que se posaba inexorablemente en el rostro de Hulda. Quizás le gustaba más como fue al comienzo, ella corriendo para escaparse de él bajo la lumbre nocturna, lo cual le permitía un rato el juego de cazarla y luego atraparla. Era difícil saber qué era lo que necesitaba el maestro

Valdemar cuando la sombra lo invadía. Qué prefería y qué no, aquellas noches en que parloteaba y relinchaba y gemía para sí en el jardín, y luego iba a la biblioteca donde andaba con los chanclos dándose contra los muebles. Para después ir a por Hulda, sacarla del sofá banco y llevarla afuera hasta el serbal, empujándola por la casa, cuando la tensión por dentro se le hacía demasiado fuerte. Pero luego como que se le acabaron las ganas. Y se cansó: tal vez de la costumbre, o de la grisura, esa obediencia de Hulda que reemplazó su primer brillo de miedo, ese miedo que la hacía luchar, pero que luego se aquietó, y ella se volvió extraña, un hueco gris de nada, con la cabeza inclinada sobre las gachas. Y él se aburrió, o simplemente empezó a pensar en otras cosas, sin ningún motivo especial. Y el sol esplendía tan hermoso ahí en la cuesta, cuando Bédan pasó con la carga. Él detuvo su movimiento con la taza de té, y la vio con el verde fulgor de su mirada, allí mientras ella se esforzaba con el peso del agua. Después se llevó la taza a los labios, y bebió un gran sorbo del té.

Luego, esa noche, fue por Bédan. Y la mañana siguiente Hulda comió sus gachas con un hambre nueva. Sólo una vez miró de sesgo con una mezcla de interrogación y alivio hacia Bédan, que estaba sentada frente a ella sorbiendo ruidosamente con su labio partido, como si nada hubiese pasado.

A la hora del descanso a mediodía Bédan se sentó de nuevo en la cuesta con las piñas, como siempre. El doctor viajó y regresó en la carroza, pasó julio. Cada vez que las sombras se aglomeraban en el semblante del maestro, haciéndolo intratable e impenetrable, él partía a la ciudad donde sus hijas y los pacientes algunos días, para que el maestro pudiera estar en paz, recuperándose. Algunas veces pensé que lo que el maestro hacía para el doctor era un cierto tipo de labor, como cualquier otra labor que había que hacerse en Liltuna: el ordeño en la madrugada, el partir la leña, desplumar los pollos, el cocer la mermelada y traer agua del pozo. Quizás el maestro era realmente un gallo reluciente, un ser envidiable que se

movía con facilidad entre las criaturas de ojos nocturnos, como en la juventud del doctor. El doctor se recostaba en el sofá del salón, contemplaba al maestro con ojos resplandecientes, encantados y sumisos. Y el brillo de su mirada se convirtió en un lazo en el aire entre ellos, un nexo invisiblemente tendido entre sus cuerpos. El doctor llegaba y partía, y Hulda se comía las gachas al desayuno aliviada, con la grisura disipándose en el rostro. Y en las noches Bédan era la arrastrada, la que fue sacada del cuarto de la servidumbre y llevada hasta el lindero del bosque: yo la oía palmoteando allá abajo, y murmurando entre el palmoteo. Entonces el maestro la golpeaba dos, tres veces, y ella se quedaba callada, y más allá en la oscuridad ya sólo se oía el aullido del tejón.

Pero qué importaba eso, para una como Bédan, pues durante el día se sentaba en la cuesta con las piñas como siempre y como si nada. Y cumplía sus deberes, aunque con los moretones en el cuello y un ojo hinchado. Llegó agosto. En el matorral del parque brillaban los arándanos rojos como gotas de sangre flotando en el verdor. Por la noche yo recitaba las palabras de Jesús, pero aún así oía como arrastraban a Bédan y la empujaban por el pasillo y la llevaban hasta el parque, o como la derrumbaban en el campo. Y cada vez empezaba de nuevo con el palmoteo y el murmullo, que sólo acallaban los golpes. Yo podía verlos desde la ventana, aparecían en la neblina gris cuando el maestro la llevaba fuera del alcance del oído, para luego ser devorados por la oscura vegetación del parque, o desvanecerse en el oscuro mar del sembrado. Si aguzaba mi mirada podía vislumbrar la camisa del maestro, un vago campo de luz flotando un ápice por encima del suelo antes de sumarse a la negrura de la noche.

Las vacas se movían en la dehesa sobre la hierba quemada del verano. Cuerpos pesados flotando en la oscuridad. Ningún viento. Y la noche se convertía en una criatura vellosa que se levantaba de las sombras, con sus delgadas piernas de niña y su rostro de crío aún no nacido. Abajo en el pasillo Fanny había cerrado la puerta de su

habitación, y Krantz se mantenía en su cabaña de labranza excepto esa última noche, cuando el frotamiento se oyó más de lo normal.

Yo estaba en la oscuridad de mi recámara con la pala en la mano y los pantalones de sayal puestos. Cuando llegó el amanecer me lo quité y empujé la pala debajo de la cama. Luego bajé y me senté en la escalinata como solía, para esperar a Bédan.

En mi séptimo cumpleaños el doctor Eldh me regaló una cometa. Era roja, elaborada en un papel fino como seda y casi transparente, pegado a una cruz de palitos. En un extremo colgaba una cuerda finamente retorcida que yo sostenía fuertemente de una mano cuando iba en el carruaje con el doctor camino a la cima de la colina, donde soltaríamos la cometa al viento. El doctor estaba contento y excitado, sostenía la cometa cuidadosamente con los dedos de ambas manos y cada vez que el carruaje se sacudía la levantaba un poco sobre las rodillas para proteger el delicado papel. El cielo era azul claro ese caluroso agosto, el aire estaba quieto sobre el campo.

Todo el día corrí al lado del doctor con la cometa sin que llegara el viento. Más allá hacia la carretera estaba el cochero sentado en el pescante, donde había parqueado a la sombra de los árboles, nos observaba brincar y correr de un lado a otro en pos de una pizca de viento para que la cometa pudiera volar, yo con la cuerda en la mano y el doctor con la cometa detrás. Cada vez que una pequeña ráfaga de viento llegaba soltaba el doctor la cometa, que sólo se elevaba sobre la tierra brevemente y luego caía. El papel rojo se rasgó contra los surcos del campo y el doctor echó maldiciones. Azul infinito encima. Finalmente, el doctor partió la cruz de la cometa, dio media vuelta y atravesó el campo de regreso a Liltuna sin preocuparse por el cochero y el carruaje parqueado. Me quedé parada en la cima con las extensas colinas del verano a mis espaldas y las granjas allá abajo a la distancia, cuadradas casas color rojo óxido con las maderas de los guardacantos pintadas de blanco, las chimeneas humeantes y el ganado pastando en la dehesa como pequeños puntos desapareciendo en el paisaje amarillento. Después

de un rato, el cochero fustigó al caballo para subir donde yo estaba y me recogió. Puso la cometa a mi lado en el asiento del carruaje y un pedazo del frágil papel que quedó del último intento de vuelo. Me miró con curiosidad o lástima, antes de cerrar la puerta de un golpe. Cuando el carruaje se puso en movimiento, tomé la franja en mi mano y la extendí por la ventana. Y de repente vino el viento y me arrebató la franja de la mano, y el ala roja voló.

Era de noche cuando me llevé a Bédan, todavía estaba con dolor, la obligué a atravesar el bosque, hasta el lago. Fue después de ese atardecer en la que el hombre que se hacía llamar maestro Valdemar se levantó de repente de la silla del jardín, salió a tropezones hasta la dehesa y luego desapareció por horas. No regresó hasta que la noche de verano se extendió densa y granulosa en torno a Liltuna, regresó en busca de Bédan o de algo más que no podía entenderse. Antes de desaparecer había estado más loco que lo habitual en la biblioteca, y luego durante un largo rato había delirado en la butaca antes de levantarse, e irse directo al crepúsculo. Los bucles le brillaban con el último sol cuando vadeaba la alta hierba de los prados en dirección al bosque. Yo lo observaba desde la ventana, me había puesto los pantalones de sayal, cuando él se demoró en regresar pensé por un instante que todo ya se había acabado. Que él se había metido en algún pantano o se había caído en el lago o que se había ido de una buena vez de Liltuna. Pero entonces lo escuché llegar de nuevo, chapaleando en la grava del patio, y después retumbar contra las paredes en el pasillo camino al cuarto de la servidumbre. Abrió la puerta violentamente y entró, pero luego no salió con Bédan como solía hacer.

Tal vez fue por ese inesperado silencio del tejón que se me ocurrió bajar y esperarlo en la cocina. Yo era la Fajada, tenía la linterna encendida sobre la mesa y la pala lista en la mano, tuve que esperar mucho tiempo mientras el maestro se demoraba con Bédan dentro

del cuarto, sin importarle que Hulda y Gustava estuvieran acostadas ahí en el sofá banco, como si ya le diera lo mismo quién escuchaba o veía. A través de la pared me alcanzaba el estrépito del cuerpo de Bédan golpeándose contra los paneles de la pared, resbalando contra el muro bajo el peso del maestro. Sombras de la tenebrosidad veraniega sobre los árboles del parque. La estrepitosa carcajada de las urracas.

Entonces vi a Krantz. Apareció inesperadamente en el cuadrado de luz de la ventana derramado sobre la escalinata de la cocina. Se quedó parado en la escalinata inferior con la mano aferrada a la barandilla, como listo a correr: como si de repente se hubiese despertado allá en la cabaña, o como si hubiese estado acostado en su cama de paja acopiando valor para finalmente decidir subir a la casa para acabar con aquello. Subió algunas escalinatas, luego se detuvo y se paró otra vez, sin entrar.

Tenía una expresión titubeante, como que quería, pero dudaba, hasta que al fin no dudó más. Sino que de repente me miró a través del cristal de la ventana, con ojos filosos y desnudos, como disculpándose de algo. Un momento se detuvo ahí en la luz temblorosa de la linterna, antes de apartar la mirada y dejar caer los hombros. Se dio la vuelta en la escalinata, se retrajo de la luz, y bajó de nuevo a la cabaña. Su espalda desapareciendo debajo de los árboles.

La luz de la linterna se agitó, y la llama murió.

Cuando finalmente la puerta del cuarto de la servidumbre se abrió al pasillo y oí que el maestro regresaba a la biblioteca, los árboles nocturnos en el exterior ya estaban negros como la brea. Sonaba como si estuviera descalzo, ningún paso de chanclos pesados, y ninguna Bédan. Me quedé sentada un momento en la cocina con el palo en la mano y la luz de la linterna apagada en la mesa. Luego entré en el cuarto. Hulda y Gustava seguían acostadas en el sofá calladas con los ojos abiertos, podía ver lo blanco alrededor de los iris alumbrando desde sus rostros en la oscuridad. El aire estaba

espeso y viciado en el interior. Bédan en el rincón debajo de la ventana murmurando, una grieta de luz nocturna del exterior caía sobre su cabello desgreñado, y sobre la depresión de las sienes, estaba desnuda en la parte inferior del cuerpo. La levanté y le subí la falda, vi en la penumbra que sangraba por atrás mientras la fui sacando del bochorno del cuarto, con olor de cuerpo y horror, hasta el vestíbulo. Le pasé las botas de Fanny para que se las pusiera.

Cuando llegamos a la colina y empezamos a bajar hacia el lago murmuraba sin cesar, con su labio partido. Olor del otoño en la noche del verano tardío. Vetas plateadas por entre los olmos. Bajo el cielo se abrieron las ciénagas. Bédan tenía dificultad para caminar, se tropezaba con los montículos de piedra y se caía en los matorrales, yo golpeaba la vegetación con el palo para allanar el camino, la noche hizo que me extraviara y al comienzo no encontraba el sendero hacia el lago. Intenté pensar en las pelinegras cuando iban conmigo con sus cestas de picnic aquel verano que me llevaban sentada en la carretilla, seguimos en la tierra escabrosa y giramos hacia abajo por la pendiente del espeso bosque en dirección al agua durante un rato que parecía una eternidad. A veces era como si vislumbrara la criatura frente a nosotras, con sus delgadas piernas de niña y ese rostro confidente, un tono más claro en lo boscoso, como si nos mostrara el camino, animándonos; una vez me daba la impresión de que nos hacía señas con la mano. En la maleza un poco más abajo se oían los susurros y crujidos de los animalitos del bosque, y entre los árboles lejanos se movían las manadas de los corzos y el fétido olor de lo salvaje y de cadáveres de aves me invadió.

En un pantano se cayó Bédan, y se quedó tendida. La arrastré para que se incorporase, pero más de eso no me permitió. Sino que se quedó allí, con el pesado cuerpo abúlico mientras el murmullo recomenzó y se hizo chillón. Empecé a arrastrarla de los brazos y la apreté con todas mis fuerzas contra la espalda para hacerla mover, grité su nombre y le proferí maldiciones y cosas feas, la jalé de las

trenzas que se deshicieron y se embadurnaron de tierra. Dentro del bosque todo estaba tranquilo, ninguna descarnada criatura que saludara o mostrara el camino, sólo la huera algarabía de los pájaros y las interminables cuevas llenas de árboles; cuando busqué el palo con la mano descubrí que había desaparecido. Entonces me hundí junto a Bédan, y me quedé sentada a su lado mientras el bosque se cerró en su silencio. Bédan murmuraba como para sí misma, y pensé que ahora nos llevaría la noche para nunca más devolvernos. Pero entonces sentí el duro mango del palo raspándome el muslo, y tanteé un momento con los dedos a lo largo del pantalón empapado de pantano hasta que logré sentir el palo y lo agarré. Luego me incorporé y la golpeé con el palo una sola vez y con toda la fuerza sobre el hombro. Entonces se enmudeció de nuevo, así como siempre hacía cuando la golpeaban. Dócilmente dejó que la tomara y la alzara de las axilas. Neblina de la mañana entre los árboles cada vez más escasos hasta que finalmente pudimos ver el agua. Blancos velos sobre la superficie. El zorro en la otra orilla, antes de escapar y desaparecer entre los pinos. En el valle se tendía el ojo quieto del lago, incrustado en espadaña y juncos, como si nos mirara. Era como en el sueño, pero sin fuego.

Bédan se había hundido un poco en el musgo donde estábamos sobre la orilla del lago con las botas prestadas que yo le había anudado en la oscuridad del vestíbulo. Ahora sí estaba callada, agarrada a un joven abedul a la luz del amanecer, luchando contra el dolor. *Un poquito más*, le rogué extendiéndole la mano. Su falda tenía manchas de color rojo óxido en la parte de atrás. El cielo estaba tenso sobre el agua. Grito de colimbo. Luego la luminosidad solar atravesando la maraña de las copas de los pinos. El bosque espeso que se apoderaba de la costa en la otra orilla, como marcando un límite. Me imaginé el paisaje que se abría más allá, convirtiéndose en valles y colinas con montículos cubiertos de musgo y cabañas y granjas y senderos y vías férreas y más bosques y ríos e iglesias, y las calles en las ciudades con sus puertos abriéndose a los

mares. Estuvimos un rato sentadas en la roca junto a la orilla del todo, mientras el sol se elevaba, y la luz cortante resplandecía a nuestro alrededor sobre el rocío del musgo. Bédan se había desplomado y estaba recostada en el abedul, tenía los ojos cerrados, quizás dormía. Le quité las empantanadas botas, la falda estaba empapada de lodo. Ningún pájaro sobre el agua. Habíamos llegado. Y a pesar de ello, no habíamos llegado a ningún lado.

Luego escuchamos llegar a Krantz con la carretilla arriba por la colina. Dedicó mucho tiempo tratando de forzarme a soltar los dedos con que yo seguía agarrada a Bédan, me golpeó el dorso de las manos hasta que consiguió que la liberara. Cielo azul profundo sobre los árboles. Olor de cieno subiendo del agua quieta. Él la tomó de la cintura y la llevó cargada hasta la carretilla, su camisa de gañán se oscureció de sudor mientras la condujo todo el camino de regreso por el bosque. La humedad chorreaba de los vestidos de Bédan, su cuerpo sobresalía y colgaba al borde de la carretilla y la tierra del sendero jadeaba bajo mis pies cuando yo iba tras de Krantz. Al llegar a Liltuna vi a Hulda y Gustava en el banco debajo del porche, pelando papas. Nos miraron.

Luego Krantz me cargó escaleras arriba hasta mi recámara mientras Fanny iba detrás con la sábana apretada contra su pecho y una evasiva mirada resbalando hacia los lados: yo la observaba por encima de los hombros de Krantz, para entender.

Dejé que me quitaran la faja, solté el palo y me lo quitaron, Fanny y Hulda me lavaron todo el cuerpo con dos trapos húmedos. Me pusieron el camisón y los mamelucos, me dieron de comer sopa de avena. Era mi duodécimo cumpleaños.

Los tordos metiendo bulla en el serbal, la luz del día envolviendo los tilos. Gustava ahí junto al armario de la bacinica, detrás de mí en la recámara, diciendo mi nombre. *Cesárea*, dijo, en un tono suplicante como si quisiera consolarme o explicarme algo que de todos modos no se podía explicar, pero yo no contesté, estaba esperando a La Escualida, que regresara, no me di la vuelta.

Nevada.

Clavo la ventana de nuevo para obstruir la entrada del frío, enciendo fuego con la última leña, no salgo más. A través del terciopelo de la ventana oigo los animales dando vueltas o acercándose sigilosamente a la casa, lince o zorros, o perros escapados de las granjas de más allá de la colina. A veces estallan salvajes riñas entre ellos, se encienden y se acallan: chillidos agudos y cuerpos que se embisten entre sí, después es sólo el viento azotando las paredes externas. Duermo a lapsos cortos en medio de la vigilia, me alimento con lentitud de carne seca, en pequeñas tiras. Espero.

Rayos de luna.

Después de que nos recogieron y nos trajeron del lago, permanecí en la cama debajo de la vieja manta de lana en mi recámara durante diez y seis días esperando al doctor, que tardó mucho en llegar. Al sentir el primer carruaje rechinando en el patio, salí de la cama y enseguida vi que el doctor no había venido, sólo el cochero y un jornalero que seguramente él había enviado de la ciudad. Observé a Krantz ahí abajo en la colina con las manos metidas en los bolsillos mientras empacaban las pertenencias de Bédan detrás del pescante del cochero. Ella tenía el mismo aspecto que tenía cuando llegó, la falda lavada y la cara limpia. El carruaje se balanceaba al hacer la curva, sus trenzas colgando en la espalda debajo del borde del chal, el labio partido en el rostro levemente asimétrico. Vi que su boca se movía como si estuviera contando. La seguí con la mirada por el camino a lo largo del borde del parque y al subir la pendiente.

Cuando el carruaje alcanzó la cumbre de repente ella se dio

vuelta, desde su lugar en el pescante junto al cochero y nos miró por última vez a mí y a Liltuna. Recordé como acostumbraba a quedarse quieta de aquel modo con las piñas cuando raspé la escalinata con los pies al sentarme cerca en la parte de atrás, pensé en su mirada café cuando se chorreaba con las gachas. Ahora: el rostro un óvalo blanco dentro del mugriento chal, un borroso punto blanco encima del campo, impreciso y distante como al otro lado de un lago. Después el carruaje traspasó la cima y desapareció.

El segundo carruaje llegó al amanecer unos días más tarde, tampoco en él venía el doctor. Esta vez permanecí en la cama bajo la luz granulosa sin levantarme. Oí que el cochero arrastraba las cosas del maestro Valdemar. Partió tan rápido como había llegado, como un sueño que centellea un momento en los ojos y enseguida desaparece, supongo que ya se había recuperado, tal vez era tiempo de partir. Y ahora de nuevo estaría en la ciudad, en la villa de los Eldh cerca del fuego, hablando mientras bebía el ponche caliente y les contaría a las hijas con detalles vivos y pintorescos todo lo hermoso y maravilloso del continente, al calor de las brazas. Los largos dedos tomarían la taza de ese modo leve como una pluma y no se quemaría con el líquido caliente; el rostro estaría liso y libre de sombras después de esa prolongada recuperación en la residencia de verano del doctor. Sí, quizás no habría nada más que eso. Dos nubes resplandeciendo contra la luz del cielo un instante y deslizándose juntas antes de desaparecer, con la misma inherente levedad de todos los tiempos con que crecen las semillas en la tierra hasta convertirse en árboles.

Oí la puerta del carruaje cerrarse con un golpe y luego el sonido de las ruedas y los cascos desvaneciéndose. Todavía amanecía. Afuera en la dehesa las vacas mugían, me las imaginé levantándose de la noche sobre la hierba.

Nevada.

Cuando el doctor finalmente llegó después de diez y seis días subió las escaleras con pasos lentos hasta mi habitación. Se sentó en la butaca junto a la cama. Traía consigo un tardío regalo de cumpleaños en una pequeña caja con una cinta de oro que dejó junto a mis pies encima de la manta de lana. Al principio estaba silencioso. En mis fosas nasales todavía quedaba el olor del lago. El ratán crujía debajo de los grandes codos del doctor. Carraspeó, tardó un tanto con las palabras, las revolvía en la boca como si fueran de azúcar antes de empezar a hablarme de nuevo sobre mi Creación. Sobre La Escuálida, allá bajo la lluvia, afuera del edificio del hospital de maternidad pidiendo ayuda: luego sobre la excepcional operación, una de las primeras de tal importancia, como acostumbraba a decir. La incisión en el vientre, la hemorragia, los ojos amarillos de la muchacha que recorrían con desorientada mirada las paredes: y de cómo luego él me hizo nacer al mundo. Todavía me imagino su rostro joven frente al espejo allá en la ciudad ese día, antes de que él me rescatara de la oscuridad. Los ojos azules bajo las fuertes cejas, la barba en las mejillas un poco más poblada a lo largo de la quijada. El cielo de septiembre llegando a octubre.

Procedió como siempre cuando me hacía ese relato, hablando de tal modo que las palabras sonaran nuevas como polluelos recién nacidos, pero noté que algo sonó hueco detrás: otro tono, algo fuera de lo habitual, una estela de hastío o falsedad, como un cansancio. Su amplio rostro se iluminó un poco con la luz del exterior, que sobresalía por encima de mis pies y el pequeño regalo de cumpleaños con la cinta amarilla, mientras el doctor pensativamente hacía botar unas contra otras las yemas de los dedos. Intenté rememorar el momento en que se cansó de Liltuna, si justo antes del gran viaje cuando dejó de traerme los juguetes que yo había anotado en la lista de deseos y se había vuelto olvidadizo sobre los esquís para el invierno, o si fue por la enfermedad de mis miembros:

o si de hecho había ocurrido mucho tiempo antes, ya cuando yo era una niña pequeña de vestiditos de delantal y todavía me sentaba en la biblioteca debajo del reloj de pared para las lecciones, y que llegaba corriendo donde él en la escalinata de la entrada con los zapatitos de verano, y él me levantaba por encima de su cabeza y me hacía girar una y otra vez en el aire.

La luz gris envolvió los juguetes y el pupitre abandonado. El doctor se incorporó de la butaca, me apretó levemente los dedos de los pies a través de la vieja manta sin mirarme a los ojos, como despidiéndose a medias o de un modo distraído, antes de bajar de nuevo hasta el carruaje y partir. Ésa fue la última vez que vino a Liltuna.

Transcurrido un poco de noviembre vi desde mi ventana a Hulda y Gustava salir al crudo frío y atravesar el campo en la madrugada. Habían empacado los bultos con los que habían venido y se los habían colgado en las espaldas, caminaban inclinadas como con prisa entre los surcos del sembrado, no se dieron la vuelta. Había una estrecha franja de luz sobre las copas de los abetos cuando traspusieron la cima y desaparecieron. Estrellas en la vastedad celeste.

Después de que Hulda y Gustava se marcharon no trajeron ninguna nueva muchacha de la ciudad, quedamos sólo Krantz, Fanny y yo los últimos años. Las vacas se vendieron, dejaron dos de las rojas para el ordeño, así como algunos corderos y gallinas. Me hice más alta, me creció el cabello, usé los vestidos descartados de Fanny, las ampollas se me volvieron pesadas dentro de la blusa y las dejé colgar, empecé a recoger leña del cobertizo y reemplacé a Fanny en el cuidado de las gallinas cuando ella estaba muy cansada con sus tareas. Las pollas cacareaban en sus jaulas cuando yo entraba al gallinero, y si alguna se escapaba del degüello en la colina, yo la dejaba correr. Alas amarillo sucio que aleteaban más y

más lejos en el campo. Nunca le volví a preguntar a Fanny si había llegado algún mensaje de la ciudad, ni por el doctor Eldh, nunca le hice preguntas que la pudieran molestar, dejé que se ocupara de mi cuidado sin fastidiar hasta que ella ya no pudiera más, entonces me cuidé yo misma. Se sentaba en el porche con la chaqueta de punto sobre los hombros, parecía un cuervo famélico acurrucada ahí en el banco viendo pasar las nubes del crepúsculo mientras masticaba tabaco. En ese entonces Krantz viajaba todavía a la ciudad a comprarle la negra y fragante masa con el dinero que ella había ahorrado en la cajita de la repisa de la chimenea, yo no sabía si venía del viejo subsidio del doctor recogido de la villa de los Eldh, pero las compras eran cada vez más escasas y las bolsas venían a la mitad cuando Krantz regresaba en el carruaje. La yegua murió, el ruano quedó. Todavía veo a Krantz dentro del establo bajo la luz del exterior, cepillándola con movimientos amplios y acariciantes. Yo iba al parque a recoger frutas y las echaba en el saco de corteza de abedul que me ajustaba a la espalda, hacía la mermelada de pera cuando Fanny ya no podía y la dejaba sentada en el salón para que se comiera el dulce junto al fuego. Cuando me llegaba el sangrado mensual, simplemente lo dejaba correr a lo largo de mis muslos hasta las almadreñas, todavía trenzaba mi cabello, pero luego ya no lo hice más. Tomaba el rifle y me iba al bosque con Krantz, que me enseñó a dispararle a pequeñas aves, nunca fuimos tan lejos como hasta el lago. Me volví experta en tirar, luego iba sola al bosque y cuando regresaba de la caza con un gajo de palomas colgando del cinturón, Krantz me estaba esperando en el lindero de la dehesa, tenía puesto el viejo casquete de cuero del doctor Eldh para protegerse de la lluvia y me oteaba. Alzaba la mano para saludarme. El arco iris brillaba anacarado en el cielo sobre el techo de la casa principal cuando la grisura del cielo se dispersaba.

A veces, al regresar de mis excursiones tenía la imagen de Liltuna como una olvidada recámara infantil, el cenador parecía una casita de muñecas de la que alguien se había cansado y había

abandonado: las columnas barnizadas de blanco y el techo de cobre oxidado sobresaliendo del verdor, cuando uno se aproximaba podía ver cuán agrietada y descascarada estaba la madera y como la podredumbre se la había empezado a comer. Finalmente, uno de los lados del cenador se había desplomado, y poco tiempo después el techo de mi recámara empezó a tener goteras y me mudé definitivamente al piso de abajo junto a Fanny en la cocina. Ella se sentaba en el sillón de ratán que yo había arrastrado desde mi recámara y que instalado cerca de la estufa de la cocina, cuyas brazas movía con el rastrillo. Sus manos estaban reseca y delgadas y el tabaco le hacía un burujón en la mejilla del ahuecado y envejecido rostro.

Truenos sobre las laderas en primavera.

Dorada luz entre los chopos cuando amainaba la lluvia.

El último invierno estaba Fanny acostada en su lecho y jadeaba ruidosamente por la noches, se le veía la espalda huesuda a través del camisón y cuando le apreté la mano la tenía helada y flácida. En enero Krantz finalmente la acomodó en el trineo envuelta en varias capas de mantas y pieles para ir a la ciudad en busca de ayuda para su tos, se le veía el rostro pequeño como el de un niño asomado entre las pieles y con sus ojos afiebrados me miraba interrogativa o triste. Me había puesto su viejo abrigo de invierno, desde la escalinata de la cocina le alumbré a Krantz con la linterna para que viera en la oscuridad del amanecer, la nieve era una capa gruesa alrededor de la casa salvo esa parte que habíamos raspado entre los dos para que pudieran salir con el trineo. El paisaje brillaba de un modo extraño cuando Krantz se sentó en el pescante y espolé al ruano y el trineo partió colina arriba. Ninguna nevada. Frío feroz.

Tres semanas esperé a Fanny y a Krantz, después dejé de esperar.

Con la pala raspé la nieve del sendero al establo para ir a ordeñar las vacas que quedaban, mis manos estaban tan frías que la primera

vaca retrocedió cuando le agarré las tetas. Dejé correr la leche caliente por los dedos furiosamente enrojecidos de una de mis manos y luego por la otra. Escuché el lince afuera en la colina y luego merodeando con sigilo la casa.

Empecé a dormir en la biblioteca junto a la chimenea, dejé que entraran los gatos a la casa, degollé una de las últimas gallinas y con el abrigo puesto sentada debajo del reloj comí lentamente la carne, esperaba a La Escuálida, a que regresara de su Noche. Mantenía la cuerda anudada alrededor de la cintura justo debajo de las ampollas que ahora caían flácidas, la dejé correr tras de mí cuando subía a los campos como si fuera la cola de un animal o una serpiente, con el tiempo se volvió pegajosa de tierra húmeda y luego tesa, gris de arena.

Hacia marzo el forraje de invierno para el ganado se acabó.

Por las noches me llamaban las vacas y los últimos corderos balaban estruendosamente en el corral. Hasta que al fin fui, les abrí la puerta y los dejé trotar por el gélido campo hacia arriba a la carretera.

Pasaron un par de horas antes de que llegara gente a la colina, desde la ventana reconocí enseguida al granjero que había venido para la monta con uno de los toros sementales hace tiempo ya, yo había apagado el fuego a mis espaldas para que la chimenea no humeara. El granjero y sus jornaleros entraron con cuidado y dubitativos al patio, tocaron a la puerta de la entrada y de la cocina. Se sacudieron la nieve de la botas antes de entrar al granero, a la calandria y al gallinero y luego al establo de donde se llevaron dos corderos que habían regresado al corral a pesar de que yo los había soltado. Los ataron con el lazo que tenían en los cinturones. Luego fueron a buscar las pollas que quedaban en las jaulas del gallinero y las pusieron en los sacos de maíz que traían y los amarraron. Las pollas cacarearon y se agitaron en el interior del saco. El granjero lanzó una mirada examinadora por las ventanas de la casa principal antes de agarrar el cordero y los sacos con las gallinas, y luego él y

sus hombres se fueron. Sus gruesos abrigos cafés se hicieron más y más pequeños a medida que se alejaban por la colina hasta la cima de donde habían venido, vi los pequeños rostros rojos de frío brillando debajo de los gorros cuando se dieron la vuelta una última vez y rodearon la cresta.

Los pliegues oscuros del bosque rasgaron el cielo cuando la oscuridad de la noche envolvió de nuevo la casa.

Me dormí con el rifle de caza a mi lado y la cuerda enrollada en la cintura, dejé caer rocas en el pozo para romper el hielo, encendí la chimenea con la leña restante sin preocuparme por el humo que subía hacia el cielo blanco amarilloso por encima de la casa. Nadie volvió a Liltuna hasta finalizar la primavera.

Me sentaba en la otomana de la biblioteca envuelta en la manta de lana que había bajado de la recámara donde todo seguía intacto en su lugar, los juguetes en sus cajones y el armario de la bacinica cerrado, a excepción del sillón de ratán que le había bajado a Fanny para su último tiempo en Liltuna. Nunca más volví a subir, pero a veces oía las goteras del techo y me imaginaba que la podredumbre pronto devoraría las maderas del suelo y seguiría hacia abajo por toda la casa.

Fui a recoger paja del granero y me la puse dentro de la ropa, evité mirarme el extraño rostro al pasar por el pedazo de espejo de Krantz que seguía colgado del clavo. Corté el sillón de ratán por la mitad y lo utilicé como combustible, lancé al fuego los manuscritos del doctor uno a uno, los papeles se enroscaban en las brazas y ya no pude distinguir si era la letra del doctor o la mía la que llenaban las hojas desgastadas. El olor de tinta quemada se mezcló con el fétido olor de orines del cubo que había puesto en el rincón y el hedor de excremento y gato que empezaba a impregnar las paredes. Los gatos se habían acomodado en el piso de arriba, los escuchaba rebotar sobre el piso en las noches, quizás me evitaban o entendieron que no tenía comida para darles. Una mañana escuché a una gata dar a luz arriba, justo encima de mi cabeza, pero cuando

subí horas más tarde vi que alguna de las otras había matado a mordiscos los gatitos, que ahora estaban tirados alrededor encima de la escalera junto a la puerta abierta de la recámara.

No volví a tocar el piano, me enrollé el cabello como un látigo y lo metí dentro del viejo casquete del doctor que Krantz dejó, el cabello estaba largo, olía a sebo y mugre y a una prematura vejez. Ocasos dorados. El calor subió poco a poco de la tierra haciendo que el parque oliera a rancio y a cuerpo de recién nacido. Comía directamente de los sacos de avena, ponía las manos en copa para tomar agua del pozo, el agua estaba helada y al beberla salían lágrimas. Ya era mayo cuando llegó el carruaje de la ciudad.

Estaba en la biblioteca cuando lo oí traquetear afuera en la entrada de la residencia, no había vuelto a hacer fuego porque la leña se había terminado y el verano estaba próximo. Me paré detrás del terciopelo de la ventana. El cochero llevaba chistera y se veía magníficamente vestido sentado encima del pescante conteniendo los dos caballos plateados. Cuando bajó a abrir la puerta vi que llevaba guantes, corbata y unos zapatos sin casi nada de polvo. Dos damas en trajes veraniegos salieron al sol del mediodía, soltaron sus vestidos, abrieron las sombrillas y se arreglaron sus peinados de tirabuzón debajo de las pamelas. Entrecerraron los ojos al sol con sus rostros de blanca porcelana y deslizaron sus miradas azul claro con curiosidad sobre la casa. De inmediato las reconocí de los retratos ovales, pese a que ya no eran niñas con pequeños sombreros de verano sino mujeres adultas. Bajaron por el parque sin entrar en la casa, las voces sonaban parlanchinas y ruidosas y mientras paseaban noté que una de ellas era más gorda; inspeccionaron el cenador medio derrumbado, la descascarada cerca de la dehesa y el parque inglés que se había enmarañado por completo. Señalaron fascinadas a un corcito que corría detrás de la corza por los surcos del sembrado recubiertos de hierba. Los había

espantado el estrépito causado por el cochero cuando puso el pie en la escalera del porche y ésta se desplomó bajo su peso. La madera estaba toda podrida y el cochero tuvo que sentarse en la cuesta para frotarse el pie adolorido.

Todo el día caminaron dando vueltas mirando e inspeccionando Liltuna. Habían traído comida y refrescos y se sentaron a almorzar en los viejos muebles del jardín, tomaron papel e implementos y daban la impresión de hacer cuentas. Sentí que la boca se me hacía agua y el hambre me desgarraba el estómago. Finalmente entraron a la casa por la entrada del porche, pese a que el cochero varias veces les había desaconsejado hacerlo. A través de la ventana de la biblioteca vi como levantaron los dobladillos del vestido y se despojaron de las pamelas. Escuché como cuidadosamente andaban en sus bonitos chanclos veraniegos sobre el arqueado piso del salón. Ya había empezado el crepúsculo, yo esperaba en el interior sombrío de la biblioteca sintiendo que era la hora llegada: entonces una de ellas profirió un grito y entendí que era por el hedor y los gatos, después se precipitaron a salir por el porche de nuevo con los pañuelos presionando las narices. Con las manos enguantadas se agarraron a los brazos del cochero que las ayudó a pasar por encima del hueco de la escalera desplomada.

Me quedé inmóvil, parada junto a la ventana, viéndolas subir al carruaje, al cochero cerrar de un golpe la puerta y arriar los caballos para dar la vuelta y partir a lo largo del parque hasta la cima de la colina. Las hijas del doctor nunca más volvieron a Liltuna.

Filosa luz rojiza en el despejado cielo nocturno.

Me zampé los restos de la comida de la canasta que dejaron olvidada en la mesa del jardín, dormí con el rifle mientras los gatos rebotaban y se perseguían entre sí en el piso superior, los días de verano eran calientes y quietos. De espaldas a la luz del sol afuera de las ventanas de la biblioteca moví las manecillas del reloj en la dirección correcta, en el interior chasqueaba la maquinaria y pequeños copos de oro del estuche llovieron sobre mis manos.

De cuando en cuando algunos muchachos de las granjas entraban a hurtadillas al patio, parada detrás de la cortina de la ventana de la biblioteca los veía jugar y esconderse en las casetas y subir y colgarse de los árboles del parque debajo de los azules cielos de julio y agosto. A veces robaban los viejos fardos de paja de Krantz del granero, los cargaban en la vieja carretilla oxidada y se alejaban por el campo gritando triunfantes. Los ojos les brillaban; pelo color de ratón debajo de las gorras de verano.

Cuando la pólvora del rifle se terminó tallé un arco, arranqué una cuerda del piano y la tendí entre los extremos del palito arqueado, me puse a practicar tiro con la vieja pizarra de mis estudios que había clavado a uno de los tilos. Me volví diestra con el arco, cacé gorriones, ratones y conejos, despellejaba y desplumaba mis presas y las asaba en el fogón de leña que prendía con las cerillas de Fanny. Cielos de color cáscara de huevo. Enjambres de moscas negras. Cuando se enfriaron las noches, rasgué el terciopelo de una de las ventanas y me envolví en él. Cuando se acabaron las cerillas hice fuego con la lupa del doctor Eldh sostenida debajo del sol hasta que las astillas de madera empezaron a arder, con las lluvias del otoño pasé varios días sin comer.

En septiembre oí de nuevo el traqueteo de un carruaje arriba en la carretera y me atrincheré en la leñera delante de la mirilla que los niños de las granjas solían escarbar con los dedos y rellenar de paja en sus visitas. Esperé. Luego vi a Krantz que entró al patio caminando, no había ningún carruaje a la vista, vestía una chaqueta azul oscura con parches en los codos que nunca le había visto. Entró a la casa principal y subió las escaleras. Pude observar cómo se quedó mirando hacia afuera desde la ventana de mi recámara. Lo oí espantando los gatos. Luego salió de nuevo y cruzó por el descampado. Gritaba mi nombre. Yo estaba apoyada contra la mirilla con el aliento ardiendo en mis mejillas. Al final entró en el granero,

luego al establo y sus abandonadas cabinas y el corral abierto. Salió otra vez y se quedó quieto en la cuesta a algunos metros de donde yo estaba. Me dio la espalda y escupió un pedazo de tabaco contra la tierra, el cuadro de la espalda se veía tenso debajo de la ropa, atento a algo. Repitió mi nombre, ahora más bajito. Puse mi mano contra la puerta cerrada, la madera estaba fría y húmeda, habría podido muy fácil empujarla y hacerme notar. Entonces alguien le gritó desde el otro lado de la casa, un amigo o un cochero con el que había venido. Me quedé con la mano pegada a la madera de la puerta, no la empujé. Krantz se quedó quieto algunos instantes y luego caminó despacio por la hierba crecida en dirección a la voz de su amigo. Canto de un cuco en el atardecer. Esperé en la leñera hasta que el carruaje dejó de oírse allá en la carretera. Después salí y entré y me acosté en el nido que me había hecho en la biblioteca, al amanecer vi elevarse la ardiente rodaja solar sobre la ventana de la recámara hasta que el cuarto se bañó en rojo. Cuando las mañanas eran frías tanteaba con la mano debajo de las faldas y ponía el dedo en la pequeña bola caliente encima de la hendidura y cerraba los ojos mientras la frotaba.

Abrí con ganzúa los cajones de la mesa de nogal y reuní las cosas dejadas por el doctor Eldh, las pipas y el tabaco que estaba tan seco que se desmoronaba en pequeñas partículas negras entre mis dedos, unos quevedos agrietados, los utensilios de escritura y la tinta seca, y un par de viejos guantes de verano. En la última caja estaba el estuche de cartón con la pelvis, todavía con la etiqueta y el número 38 en uno de los costados. Puse los objetos de tal modo que los pudiera abarcar con la vista, y con la pequeña pelvis hice un collar, solté hilos de lana de la chaqueta de punto de Fanny y me la colgué en el cuello, me dejé picar de las hormigas hasta que ya no picaban. Salía y cazaba con el arco en el bosque detrás del campo que marcaba los límites de Liltuna. Nunca fui al lago a pescar. Comía de la escasa carne de conejo que asaba en la parte de atrás debajo del tilo en el fuego al aire libre. El pellejo estaba tiznado y cuando

me tocaba el rostro con el dorso de la mano después de comer se ennegrecía.

Terminó el otoño, llegó el invierno, pasaron varias primaveras.

A veces en el verano me levantaba en el sofocante aire nocturno y caminaba descalza bajo los árboles del parque con la cuerda alrededor del cuerpo debajo de la ropa, cruzaba el sembrado y rodeaba la cima de la colina acercándome a las granjas en cuyas ventanas se veían algunas velas todavía encendidas, los pájaros nocturnos hacían círculos en el aire. Pensaba en los niños que habría en el interior de las cabañas bebiendo leche caliente o riñendo con sus hermanos, y en como se dejarían espulgar los piojos y peinar y hacer trenzas, ahí dentro de los hogares con sus estufas y chimeneas mientras los perros tumbados a la entrada de las casas se quedaban mirando fijamente la oscuridad, con las cabezas apoyadas en las patitas. Zigzagueaba entre las cabañas y andaba sigilosamente a lo largo de las paredes de los establos para ver si encontraba algo comestible o de valor, me mantenía fuera del alcance de los animales guardianes y me fui haciendo más y más diestra en moverme sin ruido, siempre regresaba a Liltuna antes del amanecer.

Acerca del autor

HANNA NORDENHÖK . Nacida en Malmö, Suecia, en 1977, debutó en la escena literaria como una destacada poeta, pero en los últimos años ha llamado la atención de la crítica y de los lectores en Europa por sus oscuras e impactantes novelas. Ha recibido varios premios: *Cesárea* (2020) fue reconocida con el prestigioso Swedish Radio's Literature Prize y nominada al Premio Tidningen Vi. Asimismo, destaca su quehacer como traductora del español al sueco, entre otros, de Fernanda Melchor, Andrea Abreu y Gloria Gervitz. También escribe crítica literaria y en 2019 fue reconocida con el premio Madeleine Gustafsson, que la calificó como «una voz cada vez más necesaria en el panorama de la crítica sueca».

Caesaria © Hanna Nordenhök, publicada por primera vez por Norstedts, Sweden, en 2020.
Publicado por acuerdo con Norstedts Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency.

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Arte de portada: Estudio Land
Traducido por: Ángela García

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: junio de 2024
ISBN: 978-607-39-1373-7

Primera edición en formato epub: junio de 2024
ISBN: 978-607-39-1478-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE